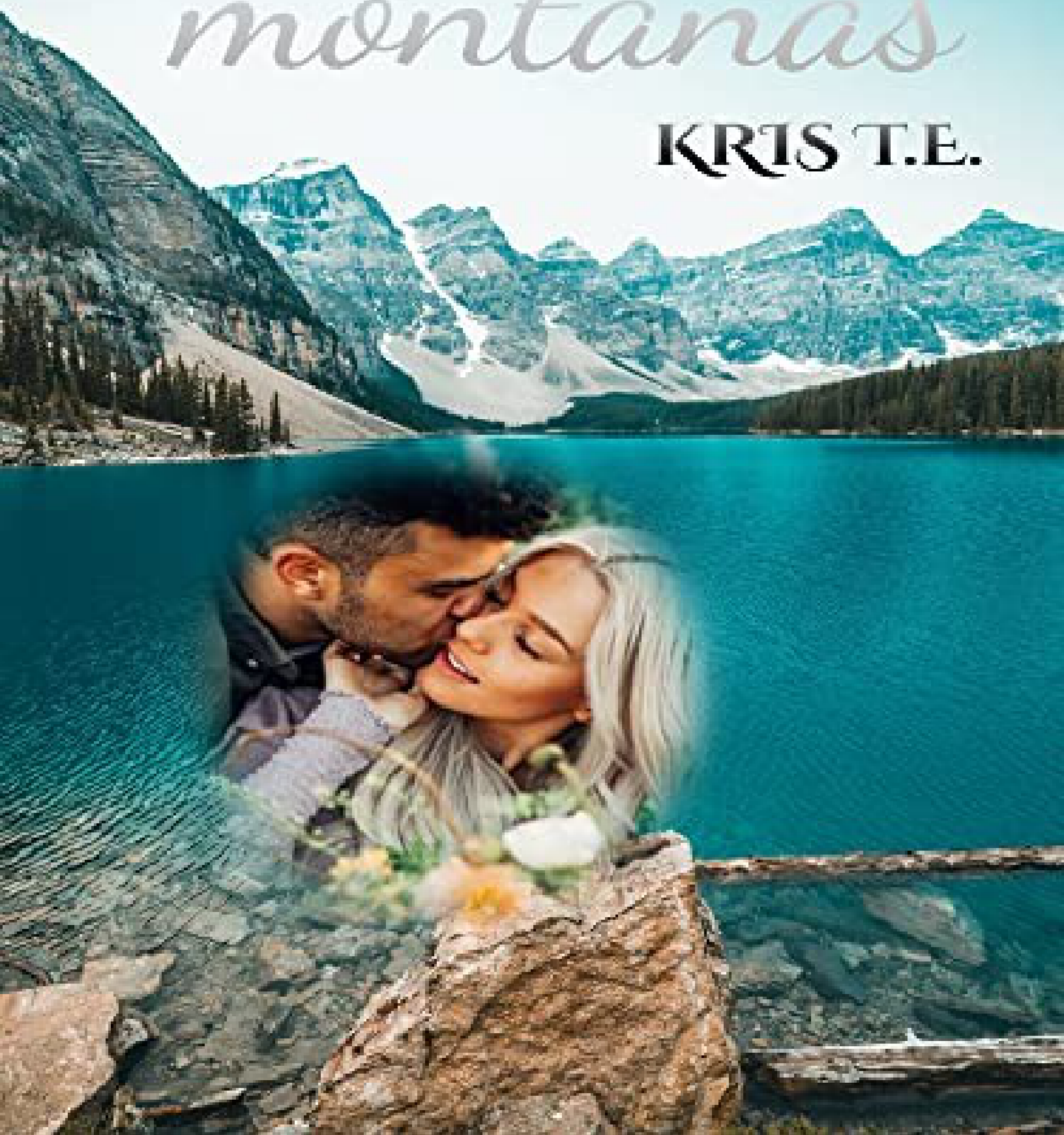

Amor en las montañas
KRIS T.E.

Amor en las montañas.

Kris T.E.

Esta novela es de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura casualidad.

Menorca 2023.

Agradecimientos

A mi guía Bea Sylva.
Gracias por toda la paciencia
y cariño que has tenido conmigo.
Sin ti, esta novela no existiría.

A mi amiga Keila.
Por tus consejos
y críticas constructivas.

A mi hijo y a mi marido.
Por aguantar mi mal humor en proceso creativo.

ARGUMENTO

Dana lleva una vida normal, trabajo, casa y amigas.

El amor no la ha tratado muy bien. Cuenta con sus amigos y está enamorada de uno de ellos, que para su mala suerte, es gay.

Su mejor amiga y casi hermana, Geli, la llama un día para que acompañen a sus padres a un pueblo perdido en las montañas de Ávila, Casillas, para ver un chalet que quieren comprar.

Ninguna de las dos quiere ir. Incluso intentan boicotear la compra. No se imaginan su vida urbanita los fines de semana en un pueblucho de la sierra.

Pero se llevarán una gran sorpresa. Nunca imaginarían que encontrarían el amor en las montañas.

Capítulo 1

Dana se acababa de despertar. El sol entraba directamente por la ventana y no pudo evitar taparse los ojos con la almohada. Le dolía tanto la cabeza que se la sujetó con ambas manos en un intento de calmar aquellas punzadas en las sienes. Eso le pasaba por mezclar la bebida.

Dios, cómo me duele la cabeza —se dijo a sí misma con una mueca de dolor.

La noche anterior acudió a la discoteca Joy Eslava, en pleno centro de Madrid, su lugar favorito para acabar una noche. Siempre se reunía con un grupo de amigos gays. Se sentía a gusto con ellos, alejada de los "indeseables", como ella llamaba a los hombres que tan solo buscaban pasar una buena noche de sexo y luego, si te he visto, no me acuerdo.

Cuando llegó, se fue al rincón de siempre, al fondo de la pista, donde se encontró con su amigo Luis. Se abrazó a él como un pulpo.

El novio de Luis, César, no la miraba con buenos ojos. Eran una pareja muy dispar. Mientras Luis con su sonrisa iluminaba a todo el mundo alrededor, César era sombra, siempre con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Luis no era muy alto, sin embargo, su cuerpo estaba bien formado debido a las horas de gimnasio. César, por el contrario, era bastante alto y un poco barrigón.

Solamente había cruzado dos palabras con él, y estas fueron bastante toscas. Con Luis, sin embargo, tenía una conexión especial. Él era abogado y muy inteligente, por lo que disfrutaba con su compañía.

—César está celoso de ti. Dice que siempre que llegas, me absorbes y no me separo de ti. Ya le he explicado que me encanta tu compañía y sobre todo bailar –susurró al oído.

—Lástima que no te gusten las mujeres. Me encantas, ya lo sabes. Tiene mucha suerte César. Pero sigo pensando que es una pena, menudo desperdicio de hombre.

Luis soltó una carcajada. Le gustaba aquella locuela.

Aunque ella habitualmente bebía Beeffeter, su ginebra favorita con tónica, Luis le entregó un coctel nuevo a base de whisky, que su amigo, el camarero, había preparado especialmente para él.

—Sabes Dana, si me gustaran las mujeres, sin lugar a dudas, me enamoraría de ti.

Ella lo estaba. Locamente enamorada de él, aunque sabía que no tenía nada que hacer. Congeniaban en todo. Podían pasarse horas hablando de cualquier tema, y además gozaban de la misma música disco. Y no solo disco, cualquier ritmo latino los impulsaba a cogerse de las manos y bailar.

Esa noche Luis poseía un brillo especial en los ojos. Tenía la sensación de que algo diferente iba a suceder. Ese coctel nuevo fue la bomba. Dana vio cómo César tomó a su novio de la mano y lo llevó lejos de ella ¡Qué fastidio!

El dolor ya era tan intenso que decidió regresar a su casa y no le quedó más remedio que irse por su cuenta. Y ahí estaba, mirándose al espejo… se pasó las manos restregándose las mejillas y estirando los párpados.

¡Cielo Santo! Pero mira esta cara —exclamó espantada de su aspecto.

El rímel de sus ojos estaba corrido y su pelo totalmente alborotado. Se pasó las manos por la cabeza intentando sujetar esos rizos rebeldes que no parecían querer obedecer y se rebelaban. Vencida por ellos, se miró por última vez y salió del baño.

Necesito un café ya, voy a morir... —resopló.

Conectó la cafetera, colocó una cápsula y esperó a que la luz verde estuviera encendida. Puso la taza y apretó el botón. El sonido que hacía la cafetera era demasiado intenso para su dolorida cabeza. El aroma a café impregnó sus fosas nasales, haciendo que su cerebro comenzara a espabilar.

En ese momento sonó su teléfono móvil.

—Diga melón.

Una voz al otro lado de la línea soltó una carcajada.

—Nena, vaya noche, parece que aún te dura… ¡Cómo que: *diga melón*!

— Calla, tengo la cabeza que me va a reventar. Voy a buscar un ibuprofeno para que me calme los martillazos que siento.

Geli, su amiga, soltó de nuevo una carcajada.

—Yo estoy cómo tú. Agárrate. Mi padre me ha dicho que hoy tenemos que ir con ellos a un pueblo perdido por la montaña.

—¿Quéee?

—Me han dicho que se van a comprar un chalet de esos que están haciendo para ampliar el pueblo, y quieren saber nuestra opinión.

Geli era como una hermana. Siempre habían estado juntas desde el colegio. Los padres de ella eran una pareja muy peculiar.

Su padre, bajito y muy delgado. Su madre bien entradita en carnes y grande. Pero se querían mucho y además consideraban a Dana cómo una hija más.

—¿Y tiene que ser hoy? ¿En serio? ¿Dónde vamos?

—A un pueblo que se llama Casillas. Hay cómo tres horas de viaje.

—Pero, ¿qué se nos ha perdido a nosotras en ese pueblo, Casillas?

—Nada. Además, ya sabes que mis padres van a querer que vayamos con ellos todos los fines de semana… Vamos a ver cómo salimos de esta.

—Pues más vale que pienses en algo. Ahora mismo yo no puedo...

—Bueno, vístete y vente a casa. Nos esperan para salir.

—Vale —respondió Dana y soltó un resoplido —Qué pesadilla. Nos vemos en 30 minutos.

Dana colgó y miró el teléfono.

Increíble. ¿Justo hoy? —gruñó meneando la cabeza.

El dolor de cabeza no ayudaba en nada. No le apetecía ir a ver un chalet en un lugar perdido en las montañas.

Fue al baño y abrió el cajón donde tenía las pastillas. Sacó un ibuprofeno y se dirigió a la cocina. Tomó la taza de café, se metió la pastilla en la boca y dio un sorbo. Luego fue a su habitación, abrió el armario y eligió unos pantalones vaqueros y una camiseta de algodón. Cogería una chaqueta por si hacía frío.

En primavera, nunca se sabe—susurró para sí misma.

Se metió en la ducha deseando que el agua caliente acariciara su cuerpo.

El calor hizo que su sangre se calentara y empezó a sentir un cosquilleo. Acarició sus pechos con la esponja. Sus pezones se endurecieron con el roce, haciéndola soltar un gemido de placer. Su otra mano se deslizó entre los muslos. Sus dedos empezaron a acariciar su clítoris mientras no dejaba de jadear con el placer que se estaba proporcionando.

Se acordó que tenía allí el consolador a prueba de agua y no dudó un segundo en conectarlo. Ya con el sonido se excitó un poquito más. Con una mano en el pecho, pellizcando el pezón y con el consolador en la otra mano, empezó un juego erótico. Introdujo el consolador en su vagina haciéndola sentir oleadas de placer. Estaba tan caliente que no tardó mucho en llegar al orgasmo.

Apagó el consolador, lo enjuagó con el agua de la ducha y lo volvió a colocar en su sitio.

No está mal, pero… Necesito un hombre con urgencia —se dijo para sí misma.

Una vez que se secó con la toalla, se vistió, cogió su pelo rebelde en una coleta y se puso un poco de brillo en los labios. Aún tenía el rubor del orgasmo en sus mejillas. La casa de los padres de Geli estaba a 10 minutos de la suya. Podía ir andando. La caminata le vendría muy bien para terminar de despejarse.

Cuando llegó al portal, la estaban esperando. Geli tenía un aspecto fantástico. No entendía cómo podía estar así de bien después de la noche que pasaron. Se acercó a Angelines, la madre de Geli, le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Vaya cara que tienes, cariño. Me parece que anoche os lo pasasteis demasiado bien. Supongo que habéis salido a bailar y Geli te ha arrastrado hasta altas horas de la mañana.—Angelines terminó la frase con un guiño de ojos.

—Bueno, ha sido una noche especial, aunque ya sabes que para seguir el ritmo a tu hija hay que tener mucho aguante...

—Ja, ahora me vas a decir que tú eres una blanca paloma —respondió Geli poniéndose las manos en las caderas.

—Bueno, niñas, dejaremos vuestras aventuras para otro momento. José nos está esperando en el coche para irnos—dijo Angelines con una sonrisa en los labios.

Mientras andaban del portal al parking, donde se encontraba el coche, Dana preguntó:

—Angelines, ¿qué es eso de un chalet en un pueblo perdido en la montaña? —preguntó arrugando la frente.

—Nada, hija. A José le han hablado de la construcción de unos chalets y piensa que nos vendrá bien tener un lugar en la montaña para alejarnos de la ciudad y descansar.

—¿Pero tenía que ser tan lejos? ¿No podía ser aquí cerquita, en la sierra de Madrid? Ese pueblo, Casillas, me suena a que está muy lejos.

En ese momento, José, el padre de Geli, asomó la cabeza por la ventanilla del coche y dijo:

—Pues está en Ávila, a dos horas en coche. Subid. Podréis dormir durante el camino y descansar.

—Buenos días, José —saludó Dana regalándole una sonrisa.

Se acercó para darle un beso en la mejilla. José le brindó una expresión de cariño. Quería mucho a Dana y tenía que admitir que por ella había dejado pasar algunas locuras de su hija. Subieron todos y arrancó.

Pusieron marcha dirección Ávila, saliendo de Madrid por la M—30, para enlazar con la M—40. Llegaron a Villaviciosa de Odón, Brunete, Navas del Rey, siguiendo por la M—501 destino, Casillas. Total 97 kilómetros. Ambas recostaron sus cabezas en el asiento y se quedaron dormidas.

Capítulo 2

El sonido ronroneante del coche era como una nana para ellas. El viaje resultó demasiado corto, querían seguir durmiendo un poco más, acurrucadas en el asiento trasero del coche. Dana abrió los ojos cuando escuchó a Angelines decir que estaban en el pueblo.

Lo hizo con dificultad y se deslumbró con la intensa luz del sol que procedía del exterior. Dándole un codazo a su amiga dijo:

—Geli, mira, este pueblo es demasiado pueblo, ¿no crees? Más rústico no puede ser. ¿Qué hacemos nosotras aquí? Las casas se ven muy antiguas, de piedra. Las calles están sin asfaltar y mira ! Las vacas andan sueltas por las calles! Además, se ve muy pequeño, aquí no hay nada de nada —puso cara de angustia –Bueno, ahí se ven unas casas un poco más modernas y en buen estado, menos mal...

—Calla, que no te escuchen mis padres. A ver, plan: cuando nos enseñen la casa, tenemos que encontrar todos los defectos del mundo. Ponte las pilas. Tenemos que quitarles la idea de comprar algo en este pueblecito.

Dana miraba por la ventanilla del coche. El paisaje era maravilloso. El pueblo estaba rodeado de montaña por todos los costados, con grandes bosques de castaños y pinos.

También pudo divisar un río que pasaba cerca del pueblo. Bajó la ventanilla y absorbió el olor. Olía a campo y a vaca.

El coche comenzó a subir por una cuesta medio asfaltada entre árboles. Estaban saliendo prácticamente del pueblo. Un poco más arriba, en la ladera de la montaña, se veía una hilera de chalets de nueva construcción. El paraje parecía perfecto para perderse de la ciudad y descansar.

Según subían, giró la cabeza para mirar por el cristal trasero y se percató que no era tan pequeño, a decir verdad, no era justo que lo compararan con una gran ciudad.

Pero a pesar de eso, Dana seguía pensando lo mismo, ese lugar no era para ellas. Necesitaban estar en el centro de la ciudad. Ir de copas, conocer gente diferente cada fin de semana y esperar a que algún día conocieran al hombre perfecto que se convirtiera en el amor de su vida.

La vida sentimental de ambas estaba en off. A cada hombre que se les acercaba, le sacaban defectos. Ninguno era bueno.

Cuando paró el coche, vieron a un hombre que esperaba en la puerta de uno de los chalets. En cuanto José bajó del vehículo, se acercó con una gran sonrisa a estrecharle la mano.

—Buenos días. Me llamo Félix. Espero que hayan tenido un buen viaje. Por favor, vengan a conocer la casa.

Geli y Dana se miraron con una sonrisa de complicidad.

—Venga, Dana, vamos a reventar la venta. Ni loca vengo yo aquí —dijo Geli agarrando la mano de su amiga y tirando de ella.

—De acuerdo, manos a la obra. "Misión boicot" en marcha –murmuró bajando la voz y riéndose.

Subieron por las escaleras detrás de José y Angelines. Cuando llegaron a la puerta y antes de que Félix la abriera, Geli comenzó el boicot:

—Mamá, ¿te has dado cuenta de la altura de las escaleras? Dentro de unos años no serán muy prácticas para ti.

Dana ahogó una sonrisa.

—Geli, ¿me estás llamando vieja? —preguntó Angelines con un tono enfadado.

—No, mamá, cómo se te ocurre. Lo digo porque tus rodillas están un poco fastidiadas… — respondió intentando parecer seria.

—Bueno, yo no las veo tan exageradas como dices. De aquí a muuuchooos años ya veremos.

—Vale mamá, luego no digas que no te lo advertí.

Félix ya estaba dentro de la casa esperando a que entraran. No miró con buena cara a Geli. Dana recorrió la primera estancia al entrar. Era el salón. Este se veía muy espacioso, con grandes ventanales que daban a las montañas. Entonces Geli la miró haciéndole señales con la cabeza para que dijera algo.

—Es bonito el lugar y el chalet se ve grande, pero veo unas pequeñas grietas por la pared. Y eso que es nuevo. No quiero ni pensar lo que ocurrirá cuando pase más tiempo —comentó Dana intentando parecer lo más seria posible.

Estas dos infelices me van a reventar la venta —pensó Félix dirigiéndolas una mirada de pocos amigos.

—Bueno, cómo en toda construcción cuando se termina, suelen

salir pequeños desperfectos debidos a la dilatación de los materiales. Es la consecuencia del cambio de temperaturas. Pero no se preocupen. Todos serán subsanados sin coste para ustedes.

A ver con qué van a salir estas, ahora —Félix casi las fulmina con la mirada.

—¿Podemos ir a la parte de arriba? Supongo que estarán las habitaciones —preguntó José.

—Sí, por supuesto. Disponen de tres habitaciones y dos cuartos de baño. —Félix los acompañó por las escaleras.

Las chicas se dieron cuenta de que a su padre no le estaba gustando nada el comportamiento que tenían. Una de sus miradas y a ellas se les helaba la sangre. Subieron calladas y entraron en la que sería su futura habitación.

—Dana, ¿has visto la mirada de mi padre? ¿Qué hacemos? Si decimos algo más en contra de la casa no le gustará y nos llevaremos una buena reprimenda.

—Creo que ya debemos callar. Tus padres están convencidos en comprar esta casa, así que no nos queda de otra...

Dana en esos momentos recibió una llamada. Se alejó del grupo para poder hablar.

—¿Hola? —saludó extrañada al no reconocer el número de teléfono que aparecía en la pantalla.

—Hola, preciosa, soy Toni.

Dio un respingo y se puso seria. Geli la miró preocupada al ver su reacción.

—¿Qué quieres Toni?

—Vaya contestación, esperaba un tono más cariñoso. Te echo de menos.

—Pues yo a ti no. Te voy a colgar. Estamos mirando una casa.

—¿Quién está mirando una casa contigo?

—Eso no te importa. Adiós.

Colgó enfadada. Toni era un medio novio que tuvo. Y decía medio novio porque prácticamente solo se veían en la discoteca donde trabajaba de DJ. Por una parte, estaba genial tener un novio así. Entraban gratis en la discoteca, ponían la música que ellas querían y

los demás no se acercaban con babosadas. Pero, por otra parte, apenas tenían intimidad para ellos. Siempre rodeados de gente.

En una ocasión le dijo que pasaría el fin de semana con unas amigas en un pueblo de la sierra de Madrid, ya que eran las fiestas. Toni la amenazó con que, si iba y le dejaba solo, cuando volviera, ya no querría saber nada de ella.

Ella tenía mucho genio y no se dejaba pisotear. Se fue a las fiestas del pueblo y cuando regresó el domingo, fue a la discoteca a buscarlo. Todos los camareros la saludaron y Santi, con el que más confianza tenía, le dijo:

—Al final te fuiste y no sabes el mal humor que se gasta. Cuidado que ahí tienes a la "lapa". No se despega de él. Ha estado todos los días rondándole.

Dana miró hacia la cabina y allí estaba la "lapa". Una chica más bien menuda y delgada. Sin mucho atractivo.

Intentaba llamar la atención poniéndose ropa muy atrevida y mucho maquillaje. Todos los fines de semana se presentaba en la discoteca esperando que algún chico se fijara. Se pegaba a ellos, de ahí el mote "lapa". Pero estos se separaban mirándose y riéndose de ella. A Dana, en el fondo, le daba pena. En realidad, ni siquiera sabía su nombre. Nunca se detuvo a hablar para conocerla.

Esta miraba a Toni con ojos de carnero degollado intentando en vano llamar su atención. Él, ni la miraba. Santi le tendió una copa. Esta la cogió, le dio las gracias y se dirigió hacia la cabina.

—Hola, bombón, ya estoy aquí —saludó con una gran sonrisa en los labios.

Toni estaba con los cascos puestos en la cabeza escuchando la próxima canción que iba a poner. Al escuchar a Dana se giró. En su cara se reflejaba enfado. Miró a su alrededor y divisó a la "lapa". La cogió de un brazo y la atrajo hacia él. Miró a Dana con una sonrisa desafiante y entonces la besó. Ella no daba crédito a lo que veía. Ahí estaba él, dándole un morreo a la "lapa", metiéndole la lengua hasta la campanilla.

Sin moverse de donde estaba, seguía sujetando la copa, apretándola con los dedos tan fuerte, que casi la rompe. Cuando terminó aquel beso, Toni se separó bruscamente de la "lapa" y miró a Dana.

—Eso para que veas lo que pasa cuando no estás a mi lado – espetó

Toni.

—Ven, cariño. ¿Estás enfadado? ¿No será porque me marché con mis amigas? No te enfades… Te he visto muy acalorado con la "lapa" y me gustaría aliviarte.

Toni emitió una sonrisa triunfal. Dana se acercó más a él con una sonrisa sensual, girando la cabeza hacia un lado y apartando el pelo con la mano, moviendo las caderas sinuosamente y sin apartar los ojos de él. Le acarició el rostro, se acercó un poco más. Estaban casi pegados. Bajó una mano hasta la cintura de Toni, agarrando el cinturón. Seguía con la mirada fija en sus ojos.

—Yo pensaba… —habló susurrándole al oído.

—¿Qué estás pensando, traviesilla?

—¡En esto!

De pronto abrió más la cinturilla del pantalón y derramó el contenido de la copa dentro. Él soltó un alarido al sentir el frío de los hielos en sus testículos.

—¡Estás loca!

—Sí, loca por pensar que eras especial, cabrón de mierda.

Dana se giró con la cabeza levantada, orgullosa por lo que había hecho y levantando el dedo corazón. Se despidió de Santi y se marchó. Esa era la historia de Toni. No había vuelto a verle ni a saber nada de él.

Capítulo 3

—Ha sido un placer. Espero que disfruten mucho de la casa. Cualquier cosa que necesiten, no tienen nada más que llamar. Señoritas... —se despidió Félix con una sonrisa mordaz dirigida a las chicas.

—Bueno, pues ya está hecho. La semana que viene vendremos para traer algunas cosas y pasar el fin de semana. Chicas, os lo vais a pasar muy bien aquí — José estaba muy feliz.

—Mamá, ¿para qué querías que viniéramos? Según me dijiste, querías saber nuestra opinión. Y, sin embargo, la venta ya estaba hecha. No te entiendo.

—Hija, queríamos que vinierais para que conocierais el pueblo y así no os pillara de sorpresa —contestó Angelines.

Se miraron rendidas. Al final la compra ya se había pactado antes de que llegaran allí.

—Geli, ¿por qué no te lo piensas mejor y te vienes a vivir conmigo? Así podríamos tener excusas para no venir. — preguntó cuando consiguió estar a solas con ella.

—Sabes que ahora no es buen momento. Mi trabajo es temporal y no sé cuánto me va a durar. Creo que vamos a tener que aguantarnos —contestó Geli poniendo morritos.

—Entonces a lo hecho pecho. Daremos una vuelta por el pueblo. Igual no está tan mal.

—Niñas, ir a dar una vuelta mientras nosotros seguimos viendo la casa y lo que necesitamos traer el próximo fin de semana —dijo Angelines.

Comenzaron a bajar por la cuesta empinada por la que hacía unos momentos atrás subieron en coche. El sol era deslumbrante y ellas no llevaban sus gafas de sol, por lo que apenas veían por donde caminaban.

—¿Quién te ha llamado que has puesto cara de funeral? —preguntó de repente Geli.

—¿Te lo puedes creer? Toni. El miserable de Toni —respondió con cara de enfado.

—¡No jorobes! Tendrá morro el tío. Con lo que te hizo —dijo

parando en seco y poniendo los brazos en jarras.

—Ya te digo. El muy cretino dice ahora que me echa de menos y tiene la poca vergüenza de llamarme preciosa, como si no hubiera pasado nada.

—Olvídate de él. No merece la pena. Hay más peces en el río. —dijo agarrando su brazo y propinándole un beso muy cariñoso en la mejilla —Además, eres una mujer maravillosa, guapa, inteligente, cariñosa...

Dana la miró con ternura. Y es que Geli era más que su amiga. Siempre estuvo con ella en los momentos más difíciles de su vida.

Cuando su padre murió, cuando su madre lo pasó mal para sacar a sus hijos adelante y cuando tuvo algún que otro desengaño amoroso.

—¿Dónde vamos? —preguntó Geli ofreciéndole una sonrisa.

—No sé, intentemos encontrar el centro del pueblo. Únicamente espero que luego sepamos regresar. Busquemos un punto de referencia para la vuelta —respondió mirando a su alrededor.

Vieron una especie de almacén que tenía una puerta grande de color rojo.

—Este será nuestro punto. Está en mitad de la cuesta y sabemos que la dirección del chalet es hacia arriba. No he visto ninguna bifurcación, con lo cual no tendremos pérdida — Dana miraba en todas las direcciones.

—Perfecto, ahora a la aventura de descubrir si hay algo interesante y divertido –Geli arrastró a su amiga con su peculiar alegría.

Ambas siguieron andando por una calle estrecha con casas no muy altas. El suelo estaba asfaltado de una manera muy pobre. En algunos tramos se podía ver cómo se había disuelto dejando paso a la tierra.

Había casas de piedra, muy pequeñas, con unas puertas de madera antigua sin tratar, blanquecinas y astilladas por el sol y las inclemencias. Se notaba el paso del tiempo. Algunas se utilizaban cómo almacenes y otras estaban abandonadas.

Las que estaban habitadas, tenían pequeños balcones que sobresalían, con vigas de madera que al mirarlas no daban el aspecto de tener mucha seguridad.

Según se iban adentrando en el pueblo, las casas mejoraban. Las edificaciones eran más modernas y estaban muy cuidadas.

En los balcones se veían macetas llenas de flores de diversos colores y el asfalto estaba mucho mejor. Llegaron a lo que ellas suponían era el centro del pueblo. Aparte de la iglesia y del ayuntamiento, pudieron ver una taberna y un bar.

—Vaya, aquí siguen la tradición española. Por lo menos dos bares, aunque el pueblo sea chiquito —dijo Geli.

Ambas rieron a la vez. Se dirigieron hacia la taberna que tenía un aspecto más actual que el bar típico de pueblo, donde estaba la mayoría de la población masculina, jugando a las cartas y fumando.

Cuando abrieron la puerta de la taberna se encontraron con un lugar bastante agradable. Botellas de vino distribuidas por las paredes en pequeños habitáculos. Las paredes estaban cubiertas por tablones de madera tratados y lacados.

El techo tenía vigas muy antiguas, pero en buen estado. Las mesas eran barriles y el olor que desprendía el local era a vino añejo. Un grupo de chicos jóvenes se encontraban en la barra y se quedaron mirando fijamente a las dos chicas.

—Mira, hay gente joven en el pueblo. Pero no me gusta que nos miren de esa manera tan... inquisitiva —susurró Dana para que nadie la escuchara.

—Normal, somos la novedad y a saber cómo son las chicas aquí —respondió Geli.

Se acercaron a la barra y pidieron dos copas de vino blanco frío. El camarero se las quedó mirando con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, mi nombre es Sebas. Aparte de ser el dueño de la taberna, también soy el alcalde. No os conozco, por lo que supongo que sois turistas ¿venís de la capital? —preguntó el joven que se acababa de presentar.

—Hola, mi nombre es Dana y ella es mi amiga Geli. Acabamos de llegar. Muy suspicaces tus deducciones. Sus padres han comprado uno de los chalets que hay en la parte alta del pueblo. Encantada de conocerte.

Sebas se acercó a ella y le dio dos besos en la mejilla. A continuación, hizo lo mismo con Geli, pero le dirigió una mirada diferente.

—Y dime Sebas, ¿Qué hay de interesante para hacer en este pueblo? —preguntó Geli sonriendo.

—Depende de lo que entiendas por interesante —la sonrisa de Sebas se agrandó mirando a Geli con ojos picarones.

—¿Puedes servirnos esas dos copas de vino, por favor? —cortó Dana al ver que su amiga también le dirigía a Sebas la misma sonrisa picarona.

—Lo siento, ahora mismo las preparo. Sentaos en una mesa y las acerco.

Dana, al girarse, se dio de frente con un chico cuya intensa mirada de ojos color miel la atravesó. Se quedó sin aliento. No podía moverse ni dejar de mirarlo. Ese hombre la impresionó de verdad. La mirada de él la atravesó haciéndola sentir fuego en su interior.

Quería gustarle, pero no se sintió segura de sí misma. Sabía que atraía a los hombres: atractiva, de mediana estatura, cuerpo generoso en curvas, bien formado debido al deporte. Cabello rizado hasta debajo de los hombros, ojos de color avellana rodeados por unas impresionantes pestañas y una piel blanca con pequitas. Al único hombre al que quería gustar en esos momentos era a él.

Su amiga Geli, todo lo contrario. Estatura baja, delgada, pelo y piel morena con unos grandes ojos oscuros. Irradiaba siempre una personalidad tan grande y segura, que atraía a los hombres, cómo la miel a las moscas.

—Lo siento, no me he presentado, me llamo Mario. Soy amigo de Sebas —se presentó con una voz medio ronca.

—Hola, soy Dana.

Ella le ofreció una gran sonrisa y acercó su cara a la de él para darle dos besos.

—¿Te apetece sentarte con nosotras?

Mario le devolvió la sonrisa haciendo un gesto con la mano para que pasaran delante de él. Se acercó a una silla y la apartó para que Dana se sentara.

—Uhhh qué amable — río Geli al ver el gesto de Mario.

—Lo cortés no quita lo valiente. Con una dama así, es fácil ser caballeroso.

A Dana se le pusieron las mejillas coloradas. Hacía mucho tiempo que un hombre no se comportaba de una manera tan gentil. Daba igual que aquel gesto se catalogase cómo “chapado a la antigua”. En el

fondo le gustaba.

—Eres muy amable. Deja que te invite a una copa de vino —no podía dejar de mirarlo y no le apetecía que se separara de ella.

Entonces Sebas acercó una silla a su lado y se sentó.

—¿De dónde venís? —preguntó Mario sin despegar su mirada de los ojos de Dana.

—Somos de Madrid —respondió Geli, que no había perdido detalle de aquellas miradas.

—Capitalistas, entonces –río Mario.

—¿Capitalistas? Ja, ja, ja, tenemos lo justo para vivir —respondió con desparpajo Geli.

Dana le dio un codazo disimulado en las costillas a su amiga.

—¿No ves que nos está tomando el pelo? —susurró al oído de Geli – Capital, capitalistas.

Geli entonces emitió una carcajada sonora.

—Además de guapo, gracioso –comentó entre risa y risa.

Ante la carcajada contagiosa de Geli no pudieron evitar reírse con ella. Dana no paraba de observar a Mario. Era un poco más alto que ella, de cabello negro, ojos color miel, tez morena. Su cuerpo bien torneado. Se fijó en su pecho, fuerte, musculoso. Sus bíceps bien formados. Ni delgados ni en extremo abultados. Tenía que hacer esfuerzos para no tocarlos y abalanzarse encima de él.

Ay, madre, cambio consolador por este hombre a la de ya —fue el pensamiento principal de Dana mientras lo miraba fijamente. Esperaba que nadie notara la excitación que tenía.

Sin embargo, su amiga la conocía muy bien y se percató de todo. Le dio un golpecito por debajo de la mesa para que desviara su atención hacia ella.

—Deja de mirarlo así. A este paso te voy a tener que poner un barreño para recoger las babas — comentó acercándose a su oído.

—¿Tanto se me nota? —preguntó sin poder evitar sonrojarse.

—Lo noto yo que te conozco como la palma de mi mano. Ahora, disimula un poco. Aunque te entiendo, el tío está cómo un tren — sonrió Geli mientras miraba a Mario que se preguntaba que estarían cuchicheando.

—Bueno Mario, si eres amigo de Sebas, supongo que vivirás aquí, en Casillas —preguntó Dana.

—Pues sí. Nací y crecí en estos maravillosos campos –contestó mostrándole una sonrisa.

—¿Y a qué te dedicas? No parece que haya muchas alternativas de trabajo por aquí, aparte de los bares y por supuesto, el alcalde.

Sebas en esos momentos se acercó a la mesa incorporándose a la conversación.

—Pues aquí, nuestro amigo Mario, es uno de los mayorales de la región. Tiene una de las ganaderías vacunas más importantes. Además de ser el dueño de la hospedería.

—No exageres, amigo, no es para tanto —espetó Mario dándole un codazo en el hombro.

—Vaya, qué interesante. La verdad es que no conozco nada del mundo de las ganaderías. Me encantaría que algún día me hablaras sobre ello —dijo Dana.

—Y tú, ¿a qué te dedicas, Dana? —preguntó Mario.

—Yo trabajo para una compañía conocida de petróleo, en la sección de calidad de lubricantes, como ayudante de perito industrial. —respondió ella.

—Vaya, no parece muy emocionante, suena a monótono —indicó Mario.

—Y no te quito la razón. Pero es lo que me da de comer y paga los gastos todos los meses.

Entre tanto, Sebas y Geli se habían separado de ellos sentándose en la barra.

—Vaya, vaya, parece que Mario ha encontrado por fin a una mujer que le gusta. El pobre no lo ha pasado muy bien —anotó poniendo un gesto de tristeza.

—¿Y eso? ¿Qué le pasó? —preguntó Geli intrigada.

—Tenía una novia, la quería muchísimo. Ella vivía en Toledo. Se veían cuando venía aquí o Mario se escapaba a la ciudad. Pero él se cansó de tantas idas y venidas. Por otro lado, ella parecía que cada vez se alejaba más. Un día, Mario compró un anillo y aprovechando las llaves que se dejó en una de las visitas, se presentó en Toledo sin avisar. Fue un duro golpe cuando entró en la casa pensando que iba a

darle una sorpresa. Pero la sorpresa se la llevó él. Se encontró a su novia en la cama con otro hombre.

—Joder, qué putada. Pobre. Es que hay cada zorra suelta por ahí…

—Eso fue hace dos años. Desde entonces no se ha vuelto a acercar a ninguna mujer. Verle hablar tan animadamente con tu amiga me llena de felicidad. Espero que no sea una zorra de esas que dices que andan sueltas —y entonces la miró con un gesto burlón.

—Oye, mi amiga no es para nada una zorra. Al contrario, la pobre tampoco ha tenido mucha suerte en el amor. Yo espero que ese Mario no sea un cabroncete que se quiera reír de ella y romperle el corazón, pues por lo que veo en su mirada, esta se está pillando de tu amigo.

Dana se sentía feliz con Mario. Conversaban de forma fluida. Parecía que se conocieran de toda la vida. Geli se acercó a la mesa.

—Será mejor que nos marchemos. Seguro que mis padres ya habrán terminado de examinar la casa y estarán esperando a que lleguemos para marcharnos. Mario ha sido un placer conocerte. El próximo fin de semana vendremos de nuevo y podemos vernos por aquí — matizó regalándole una dulce sonrisa de complicidad.

—Tienes razón, será mejor que nos marchemos. Mario, Sebas, de verdad me ha gustado conoceros. Espero que nos veamos pronto.

—Espera —insistió Mario de pronto, cogiendo el brazo de Dana. —Me gustaría llevaros a la casa. ¿Dónde está?

—Pues la verdad es que desconozco el nombre de la calle. Hemos salido sin fijarnos. Lo único que sabemos es que está en la zona de arriba, en los chalets nuevos que han construido —informó Geli.

—Ya sé dónde es. Venid conmigo, os llevo —insistió Mario muy animado.

Salieron de la taberna los tres caminando y se dirigieron al coche. Era un todoterreno marca Toyota. Dana pensó que debido a su trabajo en el campo era el coche ideal. Se sentó en la parte delantera junto a él. Durante el trayecto ninguno de los dos podía dejar de mirarse a los ojos. Cuando llegaron a la casa, Angelines y José estaban esperando impacientes. Se extrañaron mucho cuando vieron a las chicas salir de un coche.

—Dana, Geli, ¿estáis bien? —preguntó Angelines preocupada.

—Perfectamente, mamá. Deja que te presente a Mario. Acabamos de conocernos en el pueblo.

—Encantado de conocerla, señora.

—Un gusto hijo. Pero llámame Angelines. ¿Eres del pueblo?

—Sí. Acabo de conocer a estas encantadoras chicas y me han comentado que han comprado uno de estos chalets. Bienvenidos a Casillas y espero verlos de nuevo pronto por aquí. – Mario volvió la mirada hacia Dana en el momento que lo decía.

—No te quepa la menor duda, el próximo fin de semana estaremos por aquí. Y ahora, si nos disculpas, mi marido está nervioso por volver a Madrid. No quiere que nos pille un atasco.

—Entonces me despido. Que tengan un buen viaje.

En ese momento cogió la mano de Dana y le plantó un beso suave. Ella de nuevo se puso colorada y le dio un beso en la mejilla.

—Hasta pronto, Mario.

—Hasta pronto, Dana.

Capítulo 4

De vuelta a Madrid, iban todos muy callados. Dana no paraba de pensar en Mario y se acariciaba la mano donde él había plantado un beso. Geli no dejaba de observar sus gestos. Estaba convencida de que su amiga se había enamorado de aquel apuesto mayoral.

Por su parte, no es que se hubiera enamorado de Sebas, pero tenía que admitir que le había gustado. Un chico con pelo castaño, un poco largo. Alto y delgado, pero tampoco escuálido.

Era el tipo de hombre que le gustaba a Geli. Además, por lo poco que había hablado con él, compartían el mismo interés por saborear la vida.

Geli cogió la mano de su amiga. Ella se giró y la miró con una sonrisa. No hacían falta las palabras. Con tal solo mirarse ya sabían la una de la otra lo que querían decir.

Tardaron más de tres horas en llegar, pues a pesar de los esfuerzos de José por no pillar un atasco, este fue inevitable a la entrada de Madrid. Dejaron a Dana en la puerta de su casa y se despidieron. Ella subió las escaleras, introdujo la llave en la puerta y entró.

En el contestador parpadeaba una lucecita. Tenía mensajes. Dejó el bolso en el sofá, se quitó la chaquetilla y abrió la nevera. Estaba muy cansada y tenía hambre. Se hizo un sándwich con lo poco que le quedaba, se sirvió una copa de vino y se sentó en el sofá.

Pulsó el botón del contestador y se preparó a escuchar los mensajes.

Mensaje número uno, recibido hoy a las 13:00 horas —al finalizar se escuchó el pitido acostumbrado.

—Hija, ya te vale, no te acuerdas de tu madre para nada. ¿Dónde te has metido? Por favor, llama para saber que estás bien. Besos.

Dana sonrió por aquel mensaje.

Mi madre, pobre, la verdad es que últimamente la tengo abandonada, pero ya te llamaré mañana —murmuró pasando al siguiente mensaje.

Mensaje número dos, recibido hoy a las 14:00 horas.

—Loca, ¿estás ahí? ¿Qué pasó anoche? Te vi muy acaramelada con Luis. Ten cuidado con César, ya sabes que no soporta que estés a su

lado. Además, no quiero que te rompan el corazón. Llámame porfis. Un besazo. Tu Lola.

Uuuuu loca dice, no sé quién está más chiflada. También la llamo mañana — soltó una carcajada.

Mensaje número tres, recibido hoy a las 18:00 horas.

—Preciosa, ¿aún no has regresado? No sé con quién estabas hoy viendo una casa, pero no me ha gustado nada. Por favor, queda conmigo y hablemos. Dame otra oportunidad. Estoy muy arrepentido de lo que hice. No dejes que algo tan bonito como lo que teníamos se acabe por una estupidez. Llámame por favor.

Pues claro que te voy a llamar. Para mandarte de nuevo a la mierda —gritó Dana sacando toda la rabia que se había acumulado mientras escuchaba el mensaje.

Se levantó de un brinco del sofá con la copa de vino en la mano, terminó de apurar lo que quedaba y la dejó en el fregadero. Se dio un baño, se puso su pijama favorito de Victoria Secret y se metió en la cama. Lo que de verdad le apetecía era soñar con Mario.

Al día siguiente sonó el despertador a las 6 de la mañana. Hora de ir a trabajar. Se levantó malhumorada porque no había conseguido soñar con Mario, tenía el mensaje de Toni grabado en la sesera. Después de tomarse un buen café y una tostada, terminó de arreglarse con un traje de falda y chaqueta. Se puso los zapatos de tacón, cogió el bolso y salió a la calle.

Su empresa se encontraba en la Avenida de América. Para ello tenía que tomar la línea número 4 del metro de Madrid.

Se tardaba 30 minutos en llegar. Cómo todas las mañanas, el vagón del metro iba atestado de gente. A penas había espacio para poder moverse. Llegó a su parada y fue un alivio poder salir. Notó que el aire volvía a sus pulmones.

Anduvo rápido por los pasillos para dirigirse a la salida. Hoy lunes, el cielo estaba nublado, pero no le importaba, parecía que iba a llover. Entonces le llegó ese olor de cuando comienza a llover y huele a campo, a tierra mojada. Mario apareció en sus pensamientos. Se preguntó que estaría haciendo en esos momentos y si pensaría en ella también.

—Buenos días, Dana –saludó el portero.

—Buenos días, Joaquín, ¿cómo has pasado el fin de semana? —preguntó con mucho cariño.

—Muy bien, gracias. Espero que el tuyo también.

—Ha sido fantástico. Hasta he respirado aire puro de las montañas — Una gran sonrisa asomó de oreja a oreja.

Pasó el día mirando la pantalla del ordenador, hastiada de hacer siempre lo mismo.

Paró para comer en la cafetería del edificio, volvió a su mesa de nuevo deseando que las horas pasaran rápido. Cuando por fin llegó la hora de salir, llamó a Geli.

—Hola, ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Pues tenía pensado pasar por tu casa, abrir una botella de vino y que me contaras qué pasó ayer — dijo con un tono burlón.

—Ok, nos vemos en una hora. Un besito.

Colgó el teléfono y se dispuso a marcharse cuando en la puerta del edificio se encontró a Toni.

—No, por favooorrr, ahora no tengo ganas de hablar contigo – contestó poniéndole una mano en el pecho para apartarlo.

—Venga, preciosa, hablemos.

—Te he dicho que no, hoy no. He quedado.

—¿Con quién?

—No creo que eso te importe. Adiós Toni. Ya te llamaré cuando tenga ganas de hablar contigo.

Y dicho esto, se alejó deprisa en dirección al metro. Una vez llegó a su casa, se quitó los zapatos de tacón haciéndolos volar por el aire, se desabrochó la chaqueta y la dejó en el respaldo de la silla. Se fue a la habitación, se quitó la camisa, la falda y las medias. El pijama de Victoria Secret la estaba esperando. Al cabo de 5 minutos sonó el telefonillo. Lo descolgó. Era Geli.

—Sube, te estoy esperando.

Abrió la puerta y se dirigió a la cocina. Geli entró y fue directa a ella para abrazarla.

—¡Qué ganas tenía de verte! Ayer apenas pudimos hablar. Cuéntame, me tienes en ascuas.

—Me encantó, que quieres que te diga. Tengo ganas de volver a verlo.

—No hace falta que lo digas, se te nota en la cara. Nunca te había visto así, ni siquiera con el estúpido de Toni. De Luis no hablo porque es tu amor platónico.

—¿Viste sus ojos? ¿Su mirada? ¿Y ese cuerpo? Ummm, para comérselo.

—Ja, ja, ja, lo vi. Tranqui, no es mi tipo. Me gustó Sebas.

—Desde luego, tú y yo no vamos a pelearnos nunca por los hombres.

Ambas rieron a carcajadas. Dana sirvió dos copas de vino y le ofreció una.

—Sebas me contó una historia muy triste de Mario. Para resumir, tenía una novia y el día que la iba a pedir que se casara con él, la encontró en la cama con otro.

—¿Qué me dices? Ayyyy pobre. Desde luego esa tipa no tenía las neuronas en su sitio. ¿Quién puede despreciar a un hombre así?

—Sebas me dijo que fue hace dos años y que hasta ahora no se había acercado a ninguna mujer, que tú eras la primera.

—¿De veras? —en el rostro de Dana se dibujó una amplia sonrisa de satisfacción. —Pues por mi parte no pienso despreciarle. Pienso aprovecharlo centímetro a centímetro.

De nuevo rieron a pierna suelta animadas por el vino.

—¿Y qué me dices de Sebas? ¿Te gusta realmente?

—No te voy a mentir. Me agrada y el poco tiempo que estuve con él, me gustó, me encantó. Sentí mariposillas en el estómago y todo.

—Guauuu, quien nos lo iba a decir. Al final puede que encontremos a nuestros hombres en ese pueblo al que no queríamos ir.

—No se lo digas a mis padres. Después de la “misión boicot” mi padre me mira con cara de pocos amigos y apenas me habló cuando llegamos a casa.

—No te preocupes, ya se le pasará cuando vea que estamos más que dispuestas a acompañarlos.

De nuevo soltaron unas carcajadas que se escucharon en todo el edificio.

—¿Te quedas a dormir?

—Vale, deja que avise a mi madre para que no se preocupe.

Capítulo 5

Los días pasaban lentos. Nunca hubiera imaginado que se sentiría llena de ansiedad, nerviosa y con la mente ausente, sin disfrutar de todo lo que la rodeaba. Y todo por un hombre al que acababa de conocer.

El miércoles por la mañana se levantó excitada. El sueño parecía tan real... Estaba paseando por un camino rodeado de árboles, piedras con musgo y lleno de vegetación. Un río bajaba a su derecha con aguas cristalinas. El sonido le transmitía paz. Con los ojos cerrados se deleitaba del aroma del campo y los rayos del sol que descansaban sobre su cara.

Notó una presencia detrás de ella, pero no sentía miedo. Una mano se apoyó en su hombro, no se giró. Empezó a sentir unos labios acariciando su cuello. Unos brazos se enredaron alrededor de su cintura, haciendo que oleadas de calor bajaran por su vientre. Las manos se introdujeron por debajo de la camiseta y comenzaron a acariciar su vientre mientras subían delicadamente hasta sus pechos.

El placer inundó todo su cuerpo. Deseaba más, exigía más. Los labios seguían besando su cuello y mordisqueando el lóbulo de la oreja. No podía moverse. El cuerpo del extraño estaba pegado al de ella. Podía notar su erección. Comenzó un baile lujurioso restregando su trasero contra el pene erecto. Las manos pellizcaban sus pezones provocando gritos de placer.

Una de las manos abandonó el pezón y bajó por su vientre, entrando bajo sus pantalones e introduciéndose en sus bragas.

Sus dedos acariciaban el clítoris. Espasmos de placer casi provocaron que perdiera el equilibrio. Los dedos se introdujeron dentro de ella. La boca en su cuello comenzó a dar pequeños mordiscos.

Los movimientos de los dedos eran cada vez más rápidos. Entran y salen de su vagina, haciéndola empapar.

No puede ver a ese amante misterioso, pero el orgasmo llega salvaje. Echa su cabeza hacia atrás para apoyarse sobre él. Su pene sigue duro. Estaba disfrutando con su placer.

En el momento que intenta darse la vuelta para poder ver su cara, suena el despertador. Excitada y frustrada, se levanta de la cama. El primer pensamiento que le viene a la cabeza es Mario. Lo que más desea es que ese sueño se convierta en realidad con él.

El único consuelo que tiene es que es jueves. Mañana viernes partirán para Casillas y podrá encontrarse con él. No sabe cómo lo hará, pero debe conquistarle. Cuando está vestida y preparándose un café, suena el teléfono móvil.

—Hola, Geli, has madrugado. ¿Tienes turno de mañana?

—Hola amigochis. No, no tengo que volver hasta el martes. Me han dado un par de días libres. Mi madre quiere saber si mañana podemos ir con tu coche también, para poder llevar más cosas a la casa.

—Por supuesto, dile a “mami” que no hay problema. ¿Te pasas esta noche por casa? Necesito una amiga que me escuche…

—No me digas más. Prepara el vino y me cuentas. Supongo que se trata de Mario, ¿o me equivoco?

—¿Cómo sabes…?

—Vamos, corazón, no me puedes esconder nada.

Geli le mandó un beso sonoro a través del teléfono. Aprovechó y marcó el número de su madre. Como siempre, respondió de inmediato.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Pues bien, hija desnaturalizada. Desde el domingo que te llamé mira a qué horas me llamas tú.

—Mamá, no te enfades. La verdad es que he tenido unos días bastante ajetreados. No te he contado, los padres de Geli se han comprado un chalet en un pueblo de Ávila, en plena montaña.

—¡Qué bien! Me alegro mucho por ellos y supongo que ahora iréis a ayudarlos. Intenta descansar tú también, te noto un poco acelerada y tristona.

–No mami, no me pasa nada en especial. Ya sabes, el trabajo y también el idiota de Toni. Ha vuelto a llamar y pretende hacer que no ha pasado nada.

—Será maricón el tío. Ni se te ocurra volver a escucharle y mucho menos confiar en él.

—Tranquila mamá. Ni se me ha pasado por la mente. Tengo que dejarte, ya se me hace tarde para ir a trabajar. Un besazo. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero hija. Hablamos cuando vuelvas. Porque eso de que vengas a verme es una utopía.

—No exageres. Te llamo pronto. Te quiero. Adiós…

Colgó, cogió el bolso y la chaqueta y se dispuso a salir cuando sonó de nuevo el teléfono.

—¿Dígame?

—Mala amiga.

Era Lola. No le había devuelto la llamada.

—Hola loquis, me pillas saliendo de casa para ir a trabajar. Ya llego tarde. Tengo ganas de verte y contarte muchas cosas. Ven esta tarde a casa. Estará Geli y tomaremos unas copas de vino.

—Okis amore. Nos vemos esta tarde.

—Chao.

Por fin salió a la calle y se dirigió al metro. Lo mismo de siempre. Los vagones repletos de gente apiñada. Media hora sintiéndose cómo una sardina en lata. Entró al edificio, saludó a su amigo el conserje, sonrió a los que conocía. Una vez en su escritorio, sentía que su vida estaba vacía. La monotonía la mataría algún día.

No veía la hora de la salida y en su mente solamente estaba Mario. Cuando por fin dieron las cinco, se puso el abrigo y salió del edificio. De nuevo el metro y la angustia de sentirse como una sardina. Recordó que no tenía nada para comer. Pararía en el supermercado de la esquina de su calle antes de subir a casa. Decidió comprar un par de botellas de vino, un poco de paté, una tabla de quesos y panecillos con arándanos.

Justo cuando va a llegar al portal, una mano la retiene por el brazo.

—Dana, me gustaría que habláramos.

—¡Toni! De verdad que eres un pesado. ¿Cómo tengo que decirte "pírate de mi vida, no quiero verte"?

—Por favor, escúchame. Necesito que vayamos a hablar a un lugar tranquilo.

—No, ni lo sueñes. Ahora vete, he quedado con Loli y Geli. Déjame en paz y no vuelvas a molestar.

Aceleró el paso para alejarse lo más rápido posible. Encontró las llaves del portal y subió las escaleras.

Cuando llegó a casa su cuerpo estaba temblando por el encuentro con Toni. Tenía ganas de golpear algo, de sacar toda la rabia. Encendió el aparato de música para aliviar la tensión. No quería estar tan alterada cuando llegasen sus amigas. Buscó entre sus canciones favoritas y eligió una de Fangoria,*"A quién le importa"*. Subió el volumen y se puso a cantar y a bailar.

Estaba tan metida en la canción que apenas pudo escuchar el telefonillo. Geli y Loli insistieron y al fin Dana apagó la música y descolgó.

—¿Quién es?

—El lobo feroz, no te fastidia, abre de una vez. Ya me contarás qué estabas haciendo para tardar tanto en abrir – contesta Geli enfadada.

Se escuchó el sonido de la puerta al abrirse y ambas subieron las escaleras. Abrió la puerta un poco acalorada por haber estado bailando y cantando.

—¿Molestamos? ¿Estás con alguien? Te veo un poco sudorosa — comentó Loli riéndose y mirando por toda la habitación para ver si había alguien.

—No, estaba cantando y bailando. Toni se ha presentado en el portal. El muy pesado. Es que me saca de quicio. He subido corriendo las escaleras, estaba muy alterada y necesitaba relajarme, sacar toda la rabia que tengo dentro.

—¿Para qué ha venido el muy imbécil? Hay que fastidiarse. No puede ser más rastrero – pregunta Geli poniendo los ojos en blanco.

—Insiste en hablar conmigo para arreglar las cosas, pero de eso nada, monada. Lo quiero bien lejos de mi vida.

Las chicas dejan los bolsos encima de la mesa del comedor y se acomodan en el sofá. Mientras tanto, Dana pone en la mesita de centro las copas, una botella de vino, el paté con la tabla de quesos y los panecillos de arándanos.

—Qué buena pinta tiene esto. Y con el hambre que tengo… — comenta Geli frotándose las manos.

—Bueno, no te vayas por la tangente. ¿Qué pasó en Joy Eslava con Luis? Os vi muy acaramelados antes de que viniese el energúmeno de César. Qué asco de tío, ni vive ni deja vivir –espetó Loli.

—No pasó nada. La verdad es que estaba un poco extraño, más cariñoso de lo habitual. Por un momento pensé que sí iba a ocurrir

algo, que se me haría el milagrito. Su mirada, la forma en la que me abrazaba, pero cómo dices, tuvo que venir César. En fin, no pasa nada. Ya tengo asumido que ese amor es algo imposible.

—Además, está Mario… —agregó Geli con retintín.

—¿Mario? ¿Quién es Mario? ¿Qué me he perdido? —pregunta Loli muy sorprendida.

—Para resumir. Mis padres han comprado un chalet en un pueblo perdido en la nada. Allí conocimos a unos chicos y a Dana le impactó Mario. Con decirte que tenía que ir recogiendo la baba que se le caía.

Loli y Geli se rieron a pierna suelta. Dana puso cara de pocos amigos y dijo.

—No te pases, tampoco fue para tanto. Es verdad que el chico me gusta, y mucho. Pero solo nos hemos visto una vez y de refilón. Aunque es cierto que me gustaría conocerle más a fondo.

—Uyyy qué morbo, un pueblerino. Tiene que estar muy bueno para que tú te hayas pillado así —comenta Loli cruzando las piernas sobre el sofá. — Cuéntame más, no seas mala.

—El chico es mayoral, posee tierras y ganado, aparte de ser el propietario de la hospedería del pueblo. Está buenísimo y a él también se le cae la baba con Dana. Mañana regresamos para ayudar a mis padres y hemos quedado para vernos – Geli resume la situación.

—Pero no te calles, cuéntale que te ha gustado Sebas, el dueño de la taberna y alcalde de Casillas —dijo mirando fijamente a Geli.

—¿A sí? Qué callado te lo tenías Geli.

—Bueno, me agrada el chico, no está mal. Puede que surja algo entre nosotros. El tiempo lo dirá.

—¿Cuándo puedo ir con vosotras? Igual encuentro también uno para mí.

Las tres soltaron una carcajada. Loli era una loca de la vida y nunca se había querido comprometer con ningún hombre. Aquel comentario no sabían si tomárselo en serio.

—No te preocupes, cuando mis padres hayan arreglado todo, iremos juntas un fin de semana.

—Vale —sollozó Loli poniendo cara de tristeza, aunque se notaba que era fingida. —Pero me tenéis que contar con pelos y señales lo que pase el fin de semana.

Las tres se quedaron charlando animosamente un rato más. Luego se despidieron, se hacía tarde. Dana recogió la mesa, puso las copas y los platos en el lavavajillas y se fue al baño.

Se desmaquilló pasando el algodón por sus ojos y labios. No dejaba de pensar en Mario. Lo que más le apetecía era meterse en la cama y dormir hasta que llegara la hora de ir a Casillas.

Capítulo 6

Por fin, es viernes por la tarde —celebró Dana con entusiasmo.

Se dirigió donde tenía aparcado el coche, metió la pequeña maleta que había preparado para pasar el fin de semana y arrancó el coche.

Cuando llegó al parking de la casa de Geli, todos estaban preparados para salir. Saludó y preguntó:

—¿Queréis que meta algo en el coche?

—Sí, hija. Esas bolsas que hay al lado de las ruedas, ya no caben. Por favor, ponlas en tu maletero —dispuso Angelines con tono cansado.

—Por supuesto, ahora mismo.

Cargó las bolsas y le preguntó a Geli.

—Vienes conmigo ¿verdad?

—Pues claro, tenemos que hablar durante el viaje —musitó guiñando el ojo.

Angelines no se percató de la conversación, ya que estaba nerviosa por si se olvidaba algo.

—Nosotras vamos saliendo ya. Pondremos el GPS para no perdernos. Os esperamos allí.

Ambas subieron al coche y Dana arrancó. Estaba impaciente por llegar. Pusieron música de Nickelback. Adoraban a Chad Kroeger.

Cantaban a grito pelado la canción "Hero". Ya a mitad de camino, Geli bajó la música y preguntó:

—¿Tienes algún plan para conquistar a Mario?

—No, ninguno. Voy a dejar que las cosas fluyan sin más. Que pase lo que tenga que pasar. No quiero forzar nada y más cuando me has contado el desengaño amoroso que tuvo hace dos años.

—Tienes razón, porque si vas a cuello con él, puede que se asuste y no quiera saber nada de ti.

—¿Y tú, tienes pensado algo con Sebas?

—Me da la sensación que no tengo que hacer nada, que él solito va a venir, ya lo verás.

Se rieron del comentario. Conociendo a Geli sabía que sería así. Su personalidad impulsiva, alegre y vivaz, atraía los hombres.

—¿Cuánto queda para llegar? Mira el GPS a ver si nos indica lo que falta.

Geli miró la pantalla.

—Solo nos queda media hora, yujuuu. Dentro de poco estaremos allí.

Cuando llegaron ya estaba anocheciendo. Estaba claro que esa noche no saldrían a ningún sitio. Tenían que ayudar a descargar las bolsas del coche, subirlas al chalet y acomodar los enseres que llevaban.

Estaban cansadas del día que habían tenido, por lo que cenarían y se irían a dormir.

Se despertaron con el cantar de los pájaros. Ese sonido no era habitual para ellas. Tardaron en levantarse de la cama, ya que estaban demasiado cómodas y remolonearon más de lo habitual.

Más tarde, bajaron al salón con el pijama puesto. Olía a café y tostadas recién echas. El estómago empezó a protestar. Se sentaron en la mesa y degustaron el maravilloso desayuno.

—¿Qué tenéis pensado hacer hoy? —preguntó José que también estaba sentado a la mesa tomando un café y leyendo el periódico.

—No sé papá. De momento desayunar, luego nos cambiaremos y seguro que saldremos a dar una vuelta por el pueblo.

—Eso está bien. Pero no os demoréis mucho y venir a la hora de comer.

Subieron corriendo las escaleras, se ducharon, se cambiaron y se arreglaron delante del espejo, atusando el pelo y poniendo brillo de labios.

—Genial, estamos fantásticas. Aquí están las "capitalistas" dispuestas para todo.

Dana río excitada ante la posibilidad de encontrarse con Mario. Se miró de nuevo en el espejo para ver su aspecto. Masajeó los rizos para darse un poco de volumen, giró la cabeza a ambos lados para comprobar que todo estaba perfecto.

Caminaron por la cuesta en dirección al pueblo, charlando animadas e imaginando las diversas posibilidades de encuentro. Nada

podía salir mal. El día era perfecto. El sol brillaba y la temperatura adecuada para la primavera, 22 grados.

Llegaron a la plaza y se encaminaron a la bodega. Al entrar percibieron el aroma a vino añejo. En la barra no había mucha gente. Encontraron a Sebas secando vasos.

Como música de fondo estaba sonando Loquillo y los Trogloditas “La mataré”. Se movía al ritmo de la música, lo que hizo que ambas rieran.

—¡Capitalistas! Qué alegría veros de nuevo —saludó Sebas sonriendo con mucha alegría y dirigiendo una mirada profunda a Geli.

—Buenos días, señor alcalde. Veo que estás muy animado esta mañana —Geli le devolvió la sonrisa. No podía disimular la atracción que sentía por él.

—Buenos días, Sebas. Me gusta la canción que está sonando. ¿Cómo estás? —preguntó Dana mirando alrededor para ver si veía a Mario.

—Muy bien chicas. ¿Os apetece tomar algo? Tengo un vino fantástico que me ha llegado esta semana.

—Venga, que sean dos copas de ese fantástico vino —respondió Geli sentándose en una de las sillas que estaban frente a la barra.

—Estás muy solo, ¿suele estar así de animado? —preguntó Dana ante la expectativa de saber dónde se encontraba Mario.

—Los sábados por la mañana suele estar tranquilo. La gente trabaja hasta mediodía. Pero pasaros esta tarde a partir de las siete y ya veréis cómo está esto.

—Aparte de venir a la taberna a tomar vino ¿Qué se puede hacer después? —preguntó Geli sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Más tarde nos vamos a la discoteca —informó Sebas.

—¿Discoteca? —preguntaron al unísono las chicas.

—Sí, “capitalistas” aquí también tenemos discoteca, ¿qué os habéis creído? – respondió Sebas a carcajadas.

—Estoy deseando ver esa “discoteca”. Espero que no sea un cuarto con luces en el techo y una bola de cristalitos girando —el tono de Geli sonaba a sorna.

—Bueno, no es una de esas discotecas que hay en la capital, pero

tampoco es un cuchitril. Esta noche lo vais a averiguar. Quedamos aquí si queréis a las 8. Podemos ir a cenar algo al Bar La Rana. Luego venir aquí a tomar unas copitas y a la disco.

—Me encanta el plan. Trato hecho —dijo Geli alargando la mano cómo para cerrar un trato.

Sebas alargó su mano y atrapó la suya. La sujetó suavemente y con la otra mano la cubrió, como si de un bocadillo se tratara. La acarició suavemente mientras la miraba a los ojos.

Geli no hizo ningún intento por apartarla, al contrario, la mantuvo acariciando con sus dedos la palma de Sebas. Dana fue testigo y no pudo evitar sentir un latigazo de envidia. Le hubiera gustado que Mario también estuviera allí acariciando su mano.

Siguieron conversando animadamente cuando entró Mario por la puerta.

—Eh, Mario, mira quien ha venido —Sebas lanzó una mirada de complicidad a su amigo.

—Hola, chicas, que gusto teneros de nuevo por aquí —saludó lanzando a Dana una mirada profunda y seductora.

Se acercó a Geli y le dio dos besos en la mejilla. Cuando se acercó a Dana, la agarró por la cintura y la atrajo hacia él.

Se tomó un momento para mirarla a los ojos. A continuación, posó sus labios lentamente en las mejillas. Dana casi se desmaya del gusto.

Si me pongo así por dos besos, no quiero ni pensar lo que pasará si me acaricia y me besa en la boca —pensó Dana excitada.

—Hola, Mario, un gusto verte de nuevo —dijo Dana sin romper el momento.

—Hemos planeado una salida para esta noche. Quedamos aquí a las 8, tomamos unas cervezas y luego vamos a cenar a La Rana. Volvemos aquí para tomar unas copitas y terminamos yendo a la disco, ¿te parece bien el plan? —contó Sebas a su amigo.

—Me parece perfecto —respondió Mario sin dejar la cintura de Dana. —Yo tengo que ir un momento a la hospedería para arreglar unos temas. Complicaciones con unos clientes —guiña el ojo a Dana. —Prometo que estaré aquí a tiempo.

Seguía cogido a su cintura, no tenía ganas de separarse. Dana tampoco tenía la intención de separar su cuerpo del suyo. Le dio un

beso suave y lento en la mejilla.

—Nos vemos más tarde.

—Claro, aquí estaremos a las 8. Espero que puedas solucionar los problemas.

Mario salió de la taberna y ella lo siguió con la mirada. Giró para encontrarse de nuevo con Geli y Sebas. Ellos estaban de pie, apoyados en la barra, mirándola y lanzando besitos al aire.

—Vale ya, ¿no? — Dana no pudo contener una sonrisa en su cara.

—Aquí hay tomate – dijo Geli moviendo los dedos rápidamente unos contra otros.

Dana le dio un golpecito en el brazo para que se callara.

—¿Te gusta mi amigo Mario? —preguntó Sebas.

—Sí, no lo voy a negar.

—Pues tú también le gustas a él. Y mucho.

Dana se sonrojó. Se sentía cómo una adolescente.

—Sebas, tenemos que irnos a casa. Mi madre ya tendrá la comida lista y se enfada cuando no llegamos a tiempo. Nos vemos esta noche —Geli se incorporó para darle un beso en la mejilla, acercándose a los labios, casi rozándolos.

—Nos vemos luego — Sebas se despidió guiñándola un ojo.

Ambas subieron por la cuesta, ilusionadas con la noche que tenían por delante. Llegaron al chalet y su madre ya tenía la mesa puesta y todo preparado para comer.

—¿Qué tal os ha ido por el pueblo?

—Muy bien, mamá. Hemos quedado esta noche con Mario, ¿te acuerdas de que te lo presentamos? Y con Sebas, que es el alcalde.

—Me alegro mucho. Me encanta que hayáis hecho amistades. Ahora vamos a comer.

Dos horas antes de las 8 comenzaron a arreglarse. Se ducharon y con el secador intentaron peinarse lo mejor posible. Dana no tenía tantos problemas. Su pelo rizado no admitía muchas variedades.

—¿Rosa pálido o rojo putón? —preguntó Geli mostrando las dos barras de labios.

—Rojo putón no, tía. Es nuestra primera cita y no sabemos dónde nos van a llevar. Ponte el rosa pálido. Además, vamos con vaqueros.

—Vale, dejo el rojo putón para otra ocasión.

—Estoy muy nerviosa, nunca me había gustado tanto un hombre. Además, cada vez que me toca, mojo las bragas.

Geli soltó una risa desenfrenada.

—Para el carro y espera un poco. Recuerda que él viene de un desengaño amoroso y no sabemos si quiere algo en serio o no. Para echar un quiqui que busque a otra.

—Qué bruta eres a veces —comentó Dana sin poder contener la risa.

—Sí, sí, bruta, pero sabes que llevo razón.

—Dejemos que la noche nos lleve. Llevo toda la semana imaginando escenas pornográficas con él. No puedo evitarlo. En parte estoy acojonada.

—No te hagas dramas, será lo que tenga que ser.

Saliendo del baño, Geli le propinó un pellizco en el culo que causó un grito de Dana más bien nervioso.

Decidieron no coger el coche, ya que seguramente beberían bastante esa noche y no conocían muy bien el pueblo.

—Adiós mamá. Intentaremos no llegar tarde. Papá, no te preocupes, estaremos bien.

—Contigo nunca se sabe. Dana, tú eres más cabal. Cuida de esta loca. Pasadlo bien —dijo su padre sentado en el sofá mientras veía un programa en la televisión de esos donde hay que adivinar lo que quiere decir el presentador.

—No te preocupes, José. Yo cuido de ella.

Y entre risas salieron a la calle. Bajaron por la cuesta. Llegaban diez minutos tarde. Llegaron a la plaza y entraron en la bodega.

Capítulo 7

—¡Capitalistas! Por fin llegáis. Ya pensábamos que no vendríais y nos dabais plantón.

Sebas salió de detrás de la barra para acercarse a ellas. Mario esperaba sentado en una de las butacas de la barra.

Dana pensó que estaba guapísimo. Llevaba una camiseta negra que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Unos pantalones vaqueros medio desteñidos que le sentaban fenomenal. Se acercó a Dana para saludar.

Sujétate las bragas, Dana, está para comérselo —consideró, sin poder evitar en esta ocasión, ponerle las manos en los brazos y acariciarlos.

Mario aceptó con gusto esas pequeñas caricias. Sujetándola por la cintura la llevó hasta la barra. Geli ya estaba allí, charlando animosamente con Sebas, que en esta ocasión estaba al otro lado.

—No tienes que trabajar, ¿verdad? —preguntó Geli un poco preocupada.

—No. Para los fines de semana contrato gente. Me tienes solo para ti.

—Fantástico, eso me gusta —contestó pasando un dedo por su mejilla.

—¿Quieres una cerveza, un vino, un Martini…?

—Un vino, por favor. El que nos diste el otro día que te acababa de llegar estaba buenísimo.

—Fidel, pon dos copas de vino por aquí.

Dana y Mario se acercaron a la barra. Él tenía su mano agarrada para no separarla de su lado. Ella estaba encantada con su tacto y con la sensación de protección que ese simple gesto le proporcionaba, por lo que no hizo nada por evitarlo.

—Mario, estimado amigo —expresó con una sonrisa, mientras se abalanzó con sus manos. —Dana, estás preciosa. Tomaremos unos vinos antes de ir a cenar.

Ella le agradeció el cumplido. Cogió la copa y brindaron por ellos. Tomó un trago y degustó el sabor suave y afrutado de la uva joven. Percibió unos pequeños matices a madera, pero no era una entendida

de vinos. Lo que sí sabía es que entraba solo. Debía tener cuidado para que no se le subiera pronto a la cabeza.

Cuando terminaron la copa, la dejaron sobre la barra. Mario cogió su mano de nuevo y tiró suavemente para poder salir del local. Geli y Sebas los seguían de cerca. Salieron a la calle y el aire frío y fresco inundó sus pulmones.

—Madre mía, ¿siempre se pone así la taberna por las noches? —preguntó Geli.

—Los viernes y sábados se llena. La gente necesita distraerse después de una dura jornada de trabajo.

—Increíble, nunca hubiera imaginado tanta gente… ¿El restaurante está lejos?

—No, está aquí al lado. Recuerda que estamos en un pueblo. Aquí todo está cerca —río Sebas.

—Gracioso —y mientras se lo decía le daba pequeños pellizcos por el cuerpo.

Sebas daba saltitos debido a las cosquillas, mientras reía e intentaba zafarse de las manos de Geli. De pronto la sujetó con sus brazos aprisionando los de ella por la espalda. Reía feliz por aquel juego.

Mario y Dana miraban riendo cómo se divertían, parecían niños. Una punzada de envidia recorrió a Dana. No podía quejarse. Mario no se despegaba de ella y aprovechaba cualquier momento para rozarla. Bien la espalda, el brazo, los hombros… Y cada vez que lo hacía, a ella se le erizaba la piel.

Llegaron pronto al bar “La Rana”. No era muy grande, pero se veía acogedor. En un lateral del local, en la parte superior, de pared a pared, tenían una hilera llena de botellas antiguas de diversos tipos: vinos, coñac, whisky...

En el menú se podía leer la comida que servían, típica de la región. Se sentaron en una mesa para cuatro. Mario, de nuevo, hizo alarde de su galantería. Separó la silla de Dana para que se sentara y después lo hizo él. Geli y Sebas se miraron y no pudieron evitar soltar una carcajada.

—Mario, pareces del siglo pasado —increpó Sebas.

— Me gusta —expresó Dana mirando a Mario. —No dejes de hacerlo por mí —le dedicó una sonrisa cautivadora.

—Tus deseos son órdenes —repuso agarrando su mano y llevándosela a la boca.

Se tomó unos segundos, mientras la miraba a los ojos. Abrió la boca y la fue cerrando lentamente, acariciando con sus labios la piel. Aquel gesto, aquel roce, hizo que Dana se pusiera a mil. Con la mano libre empezó a darse aire.

—¿Qué os apetece cenar? —interrumpió Sebas.

—No sé… ¿Qué nos aconsejas? —preguntó Geli ojeando la carta con la mirada perdida. No podía concentrarse viendo cómo el ambiente se estaba caldeando entre su amiga y Mario.

—Yo empezaría pidiendo una ración de patatas revolconas o Meneás. Se trata de un plato a base de patata cocida triturada con un tenedor y aliñada con ajo y pimentón rojo —informó Sebas.

—Suena sabroso —expresó Geli relamiéndose la boca.

Sebas se le acercó un poco y le susurró al oído.

—Morena mía, no vuelvas a hacer eso con la lengua o no respondo de mí —aclaró mirándola a los ojos y tocando su pierna por encima de la rodilla.

—Después podríamos tomar un chuletón de Ávila, si os gusta la carne buena —continuó Mario.

—Y de postre Yemas de Santa Teresa. Un postre delicioso a base de yemas, huevo, azúcar y limón —terminó de aclarar Sebas.

—Madrecita, ¿Toda esa comida? —exclamó Geli abriendo los ojos de par en par.

–Luego lo quemaremos en la discoteca —guiñó Sebas el ojo a las chicas —No os tendréis que preocupar por la línea.

—Eso si podemos movernos, me voy a sentir cómo un globo. – Geli hizo la mímica como si de un globo se tratara.

La cena resultó amena, congeniaban bastante bien, a pesar de vivir en diferentes ambientes. Acabada la cena, los chicos quisieron invitar, impidiendo que ellas pagaran. Las chicas protestaron y Sebas dijo:

—A la primera copa en la disco, invitáis vosotras —sonrió terminando de poner el dinero sobre la mesa y levantándose de la silla.

—Señoritas, nos vamos. – Mario se levantó y retiró la silla de Dana para que pudiera salir.

Cuando caminaban por la calle, Mario agarró de nuevo la mano de Dana. Mientras tanto, Sebas y Geli jugueteaban y terminaron paseando abrazados el uno al otro. Llegaron a la entrada de la discoteca "El mirador". Se trataba de una casa en el pueblo. Nada que ver con las discotecas de Madrid, que son grandes espacios, incluso de varias plantas. Para entrar subieron por unas pequeñas escaleras de piedra.

Al entrar tuvieron la sensación de viajar en el tiempo. Una discoteca de las de toda la vida. Tenía una pequeña pista en el centro con diversas luces de colores en el techo.

Alrededor de la pista encontrabas asientos largos con pequeñas mesas para poder poner las copas. Todo oscuro, con mucha intimidad.

Al fondo de la discoteca se encontraba la barra para pedir las bebidas. Eran las 11 de la noche y no se veía mucha gente.

Sonaba música disco de los años 70—80—90. Boney M, Risk James, Michael Jackson, Gloria Gaynor, Abba y otros cantantes que no reconocían.

Ya en la barra, se acercaron dos chicos. Saludaron efusivamente a Mario y a Sebas.

—Vaya, que bien acompañados os veo, ¿Quiénes son estas hermosuras? —preguntó uno de ellos.

—Hugo, Dani, os presento a Dana y a Geli. Vienen de Madrid. Han comprado un chalet recientemente en la parte alta del pueblo —explicó Mario pasando un brazo alrededor de los hombros de Dana.

—Un placer, hermosuras. Ya veo que aquí el mayoral y el alcalde os han acaparado para ellos solitos —bromeó Hugo mirando a sus amigos.

—A esta, ni te acerques —puntualizó Mario riéndose, pero aferrando fuerte los hombros a Dana.

—Ahhh, nooo, a esta tampoco, es mía. —decretó mirando fijamente a Geli a los ojos, agarrándola por la cintura y pegándola a su cuerpo.

—Entendido, pero sí puedo hablar con ellas o bailar. ¿O también estoy vetado? —preguntó burlón Dani.

—Si ellas te lo permiten…

—Vamos, ni que estuviéramos en la época de las cavernas. Vamos Hugo, Dani, echémonos un bailecito.

Geli se dirigió a la pista arrastrando a un asombrado Hugo. Dani se marchó a la parte de los reservados. Bailaron como desenfrenados demostrando lo bien que lo estaban pasando. Dana seguía en la barra. Se agarró al hombro de Mario pegando su cuerpo contra él.

—¿Qué te apetece tomar? – preguntó Mario al oído y acercando su mejilla a la cara de Dana.

—Mi bebida favorita, Beffetter con tónica, por favor.

—Chica de ideas claras. Pero ¿sabías que un gin-tonic equivale a tomarte 4 terrones de azúcar?

—Venga ya, es digestiva y diurética —exclamó.

—La ginebra sí, pero no la tónica —dijo riéndose a carcajadas.

—Da igual, después del atracón que nos hemos dado en la cena…

—Tendremos que hacer algo para bajar esas calorías.

Dana se puso colorada. Gracias a que el local no tenía mucha luz, Mario no pudo verla. Sebas, pensando que estaba de sujeta—velas, es decir, el que sobra allí, se lanzó a la pista para incorporarse al baile con Hugo y Geli.

—¿Te apetece bailar? —preguntó Mario.

—Sí, por favor. En Madrid siempre vamos a una discoteca de moda, Joy Eslava. Tengo un amigo, Luis, con el que me encanta bailar.

—¿Luis? ¿Es un amigo con derecho a roce? —Mario se puso a la defensiva.

—Ja, ja, ja, nooo, mi amigo es gay y tiene un novio muy celoso.

—¿Tienes algún pretendiente con el que tenga que luchar por ti?

—No, ninguno en estos momentos.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso de tus labios.

Dana cada vez se iba acalorando más y más. Para evitar lanzarse encima de él, lo arrastró a la pista de baile. Allí disfrutaron bailando, aunque la música no fuera muy actual. No echaba de menos Madrid.

Bebió la copa muy rápido. Entre el calor producido por el baile y el calor interior que la quemaba cada vez que se acercaba Mario, la bebida fresquita era cómo un bálsamo. Mario salió de la pista y al cabo de un rato llegó con otro gin-tonic que ofreció a Dana.

—¿Quieres emborracharme? —preguntó ella con una sonrisa sensual.

—No, quiero verte contenta, desinhibida.

—Cuidado, cuando me pongo contentilla soy muy, muy, pero que muy cariñosa…—le tocó la cara con la mano bajando un dedo de forma sensual a sus labios. —Me encantan tus labios. Bueno, me gusta todo de ti. Desde tu pelo negro a tus ojos color miel y tu cuerpo…

—Si sigues así te voy a coger cómo un saco de patatas y te voy a sacar de aquí, ten cuidado – respondió Mario con la voz ronca.

—Pues hazlo.

Mario se acercó a Sebas y le dijo algo al oído. Este asintió con la cabeza y dirigió una sonrisa cómplice a Dana. Geli los miró y comprendió al momento lo que estaba pasando. Cogió a su amiga de la mano y la sacó de la pista.

—¿Te has vuelto loca?

—Loca me vuelve él. No puedo más amiga. Necesito tocarlo, besarlo, llenarme de él. Es un deseo que no puedo controlar.

—Sí que te ha dado fuerte. En fin, tienes que regresar aquí para irnos juntas a casa. Te doy dos horas como mucho.

—Gracias, amiga.

Mario se puso detrás de Dana abrazándola por la cintura y haciéndola caminar a la puerta. Ella se apoyaba contra él. Sentía su calor y su erección. La boca de él acariciaba su cuello. La respiración de ella se empezaba a entrecortar.

—¿Dónde vamos? —preguntó Dana.

—A mi casa.

—¿Está muy lejos?

—Un poco apartada. Vamos en mi coche.

Abrió la puerta del acompañante para que pudiera subir. Cuando ella iba a entrar, la giró. Se acercó y acarició sus labios con los suyos. Dana agarró su cabeza y lo atrajo tirando de él. Sus labios se juntaron una y otra vez, mientras sus lenguas se enredaban en un juego que les abrasaba. Mario se separó un segundo, la miró a los ojos y soltó un gruñido de pasión. No tardó en volver a besarla, pero esta vez el beso fue más tranquilo, más profundo.

—Me apasionan y me encienden tus besos. Vámonos.

Subió al coche y antes de arrancar volvió a besar los labios que tanto le encendían. Dana puso su mano en la pierna y empezó a acariciarle. A medida que subía su mano, notaba cómo Mario se tensaba.

Puso su mano en la erección que se evidenciaba a través del pantalón. Mario cerró por un momento los ojos y echó la cabeza hacia atrás. De su garganta salían gruñidos de pasión. Cogió la mano de Dana y la retiró.

—Para, si no quieres que te tumbe en el asiento y te haga el amor aquí mismo.

—Umm, no estaría mal, pero prefiero ir a tu casa. No quiero que nos tachen de exhibicionistas.

Mario soltó una carcajada por el comentario. Arrancó el coche y condujo lo más rápido que pudo. Entraron por un camino de tierra bordeado por Nogales y Olmos. Al fondo estaba la casa. Su construcción era de piedra, pero bien cuidada. Era de una sola planta, con grandes ventanales que daban al jardín. La puerta de madera era antigua, con grabados de flores. La habían restaurado dándole el esplendor que tuvo algún día.

Mario aparcó el coche a la entrada de la casa. Se bajó y abrió la puerta del acompañante para que Dana pudiera bajar. Le tendió la mano para ayudarla. Bajó con una sonrisa en los labios y no pudo evitar rodear su cuello con los brazos. Él agarró su cintura y la atrajo a su cuerpo.

Volvieron a besarse con pasión, casi con desesperación, saboreando sus bocas. Las manos de ella bajaron por su espalda. Pudo sentir los músculos tensos. Él se apartó un momento.

—Vamos, entremos, estaremos más cómodos.

Cogidos de la mano entraron en la casa. Mario encendió la luz y Dana se quedó perpleja. Estaba decorada con un estilo moderno, con gusto y sin desentonar con el ambiente rústico del lugar. Las paredes de piedra estaban tratadas para darles un tono blanquecino. El techo de madera oscura, con vigas que atravesaban de lado a lado. Las luces estaban integradas con la madera.

En un lado de la pared una enorme chimenea, apagada, pues no hacía frío. Unos sofás de color blanco roto rodeaban una mesa de centro. Bajo esta, una alfombra de colores marrones claros y oscuros.

Diversas plantas se distribuían por la estancia. La cocina integrada en el salón, con una barra americana y taburetes para poder sentarse.

Grandes ventanales rodeaban el resto de las paredes que daban a los jardines de la casa. Pudo percibir pequeñas luces que alumbraban un camino y al final de este, una piscina.

—¿Te gusta? —preguntó Mario.

—Me encanta. No me imaginé que sería así cuando he visto la casa por fuera.

—Un día de estos te contaré la historia de esta casa. Ahora me interesa más la que comienza entre nosotros.

Capítulo 8

Cogiéndola de la mano fueron a la cocina. Ella se sentó en uno de los taburetes y Mario pasó al otro lado.

—¿Te apetece tomar algo? Tengo vino, ginebra, whisky, licor de café y Amaretto.

—Amaretto, me encanta, con un poco de hielo si tienes.

—Por supuesto —afirmó sonriendo.

—Tienes una cocina espectacular. No te falta ningún detalle. ¿Sabes cocinar?

—La verdad, apenas la he usado. Paso mucho tiempo fuera de casa, por el trabajo. Almuerzo en restaurantes y por las noches llego muy cansado y como cualquier cosa que tenga en la nevera.

—¿Y quién se encarga de la limpieza de la casa?

—Viene una señora, María, tres veces por semana. Se encarga de todo, hasta de hacer la compra.

Mario sirvió dos copas de Amaretto y cogiéndola de la mano la llevó al salón. Se sentaron en uno de los sofás.

—Me encantas Dana, eres hermosa, sexi…

Le quitó la copa de la mano y la dejó sobre la mesa. En ese momento se inclinó sobre ella.

Comenzó a acariciar sus mejillas con besos suaves mientras sus manos bajaban por su cuello para terminar en sus pechos. Sus labios ahora en el cuello, mordisqueando y lamiendo el lóbulo de la oreja.

Pequeños pellizcos en los pezones produjeron que Dana se mojara de la excitación. Mario levantó la camiseta y se la pasó por encima de la cabeza. Llevaba un sujetador de encaje que dejaba ver sus pezones. Bajó la cabeza y comenzó a lamer y morder suavemente por encima del encaje.

Dana cerró los ojos, abrumada por la sensación. Solamente podía pensar en sus dedos deslizándose dentro de las bragas para masturbarla.

—Dana —su voz sonaba ronca. —¿Tienes idea de lo mucho que te deseo?

—¿De verdad? —replicó con la voz baja a causa del deseo. —Pues ni te imaginas lo que yo te deseo a ti.

Mario se quitó la camiseta dejando su pecho perfecto al desnudo. Los pantalones vaqueros cubrían sus piernas musculosas y se percibía la dureza de su pene. Dana pensó que era el hombre más sexi que había visto en su vida.

—Tócate para mí —susurró mientras le quitaba el sujetador y sus manos acariciaban los pechos. Sus dedos pellizcaron los pezones.

Dana comenzó a jadear y a mover las caderas, pensando que ya no podía más, que de un momento a otro estallaría en un orgasmo frenético.

—Acaricia tu clítoris —ordenó

—Mario…

Él posó las manos sobre las caderas y le bajó los pantalones. Los deslizó por sus piernas hasta que logró quitárselos. Ella introdujo su mano en las bragas. De pronto, Mario sujetó su mano y se la llevó a la boca, lamiendo sus dedos. Se los metió uno a uno, succionándolos.

—Mario, por favor, te necesito. Quiero que me folles —se notaba la desesperación en su voz.

—Espera un poco más, me encanta ver cómo te excitas para mí.

Con los ojos encendidos de pasión la miró e introdujo los dedos en su vagina. Él no deja de acariciar sus pechos. Dana arquea la espalda y desliza la otra mano por el pecho de él. Estremecimientos de placer se apoderan de Dana.

—Así, cariño, córrete para mí —susurra mientras ella llega al clímax.

El pene de Mario estaba rígido y pensaba que, de seguir así, no duraría mucho, no tardaría en correrse. Tomó los dedos que ella había introducido en su vagina y los lamió de nuevo para saborear su pasión. Se tumbó encima de ella y comenzó a devorar su boca. Dana introdujo la mano entre ellos, poniéndola en su dura erección.

Desabrochó los pantalones e introdujo la mano entre ellos.

Un sonido como de campanas la sacó de la nube en la que se encontraba. Ambos se detuvieron bruscamente. El sonido del timbre los sacó del frenesí sexual.

—No puede ser. ¿Quién llama a esta hora? —gruñe Mario sin

despegarse de Dana.

De nuevo vuelve a sonar el timbre de la puerta.

—Mario, igual es algo importante. Parece que insisten mucho.

Él se levantó cabreado, colocándose la camiseta de nuevo. Se abrochó el pantalón. Se giró y miró a Dana.

—Cúbrete, amor, voy a ver quién viene a estas horas a molestar.

Ella tomó el sujetador, se lo puso al igual que la camiseta y los pantalones.

Otra vez suena el timbre de la puerta.

Mario se pone frenético con el sonido. Cuando se cercioró de que Dana estaba vestida y sentada en el sofá, abrió la puerta.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó Mario incrédulo.

—Hola, mi amor. ¿Me has echado de menos?

Por la puerta apareció una mujer guapa, alta, rubia y bien vestida. Entró en la casa sin ser invitada. Cuando vio a Dana sentada en el sofá y a Mario con el torso desnudo, se paró en seco.

—¿Interrumpo algo? —preguntó con cinismo.

—Pues sí, interrumpes. ¿Qué demonios haces aquí? —gruñó Mario.

—Pensé que me echarías de menos, Mario, ¿en serio? ¿Te olvidaste de mí? ¿Tan pronto me has sustituido por una fulana? —comenzó a decir la mujer.

Sorprendida de su presencia, Dana se preguntaba quién sería aquella mujer y por qué estaba en la casa. No entendía por qué le hablaba así a Mario. En esos momentos empezó a preguntarse si hacía bien estando allí a solas con él. Realmente no sabía mucho de su vida.

—Mario, prefiero esperar fuera, así puedes hablar tranquilamente con esta "señora".

Y antes de que Mario pudiera decir nada, abrió una de las cristaleras y salió al jardín. No quería cerrar de nuevo, ya que quería escuchar lo que pasaba. Quería saber qué terreno estaba pisando.

—Lidia, vete de mi casa ahora mismo. No te voy a permitir que insultes a Dana. Después de lo que me hiciste, ¿cómo tienes la poca vergüenza de presentarte aquí?

—Yo si te echo de menos, Mario. Aquello fue una estupidez. Cometí el mayor error de mi vida.

—Tendrás cara dura. Hace dos años de esto. Si de verdad te hubieras arrepentido, al día siguiente te habrías presentado pidiendo perdón. Pero ¿sabes una cosa? Jamás te perdonaré. Y ahora, desaparece de aquí y de mi vida.

Lidia no se movió ni un palmo. Seguía mirando a Mario. Se acercó a él aprovechando la situación y poniendo sus manos en el pecho desnudo.

—No me toques Lidia, ten un poco de dignidad. Y ahora dime la verdad, ¿para qué has venido?

—Ya te lo he dicho, te echo de menos y te sigo amando. Vamos a tomarlo de esta manera: yo cometí el error de acostarme con aquel estúpido y tú te has desquitado acostándote con esa furcia.

Mario la agarró del brazo y la empujó hasta la salida.

—Te lo he advertido. No insultes a Dana, no la llegas ni a la suela de los zapatos. No te cruces de nuevo conmigo. Con ella tampoco. Si lo vuelves a hacer, te juro que voy a dejar de ser un caballero.

—Espera, es importante que me escuches. Desde que saliste aquel día por la puerta, después de verme con…

—¿Verte con? Dirás acostándote con. Me da igual lo que tengas que decir. Vete de mi casa.

—Mario, lo estoy pasando mal. Me quedé embarazada, y el padre no quiso saber nada. Lo perdí, tuve un aborto espontáneo. Ahora no tengo trabajo ni dinero. Y de verdad, nunca te he olvidado y sé que algo queda entre nosotros, algo muy fuerte.

Dana escuchaba todo desde el jardín. Descubrió que aquella mujer era la ex, la capulla que le puso los cuernos. Ahora que la vida la estaba tratando mal, intentaba una reconciliación con Mario.

—En serio que eres increíble. Lo mejor que me pasó fue descubrirte en la cama con otro. Gracias. ¿Pero qué clase de mujer eres?

—Mario, por favor, dame otra oportunidad, nosotros nos quisimos mucho…

—¡No! Yo te quise, tú te reíste de mí. Ahora comprendo que estabas conmigo por mi dinero, por la vida cómoda que podía darte.

La sacó a la calle de un empujón y cerró la puerta de golpe. Salió al

jardín y se acercó a Dana. Ella lo miraba incrédula por lo que acababa de ocurrir. La estrechó entre sus brazos.

—Perdona por el mal momento que has pasado. De verdad que no doy crédito a lo que ha hecho esta estúpida.

Mientras la abrazaba, iba depositando besos de ternura sobre su pelo.

—¿Estás bien? —preguntó ella—Mario, si quieres contarme algo…

—Estoy bien. No hay mucho que contar. Hombre enamorado encuentra a novia con otro en la cama. Fin de la historia. Eso fue hace 2 años y no he vuelto a estar con otra mujer. Hasta que apareciste tú.

Sonriendo se acercó a su boca para besarla de nuevo. Pero Dana le separó.

—Mario, se ha hecho tarde y Geli me está esperando en la discoteca para irnos a casa.

Mario acercó la boca a su mano y la besó.

—¿Estás bien? Espero que no te alejes de mí por lo que ha pasado con Lidia.

—Apenas nos conocemos, no sé casi nada de tu pasado. Quizás debería conocerte un poco mejor…

—Dana, no te alejes de mí. Pregunta lo que quieras. No tengo ningún secreto, ninguna historia que ocultar.

—Está bien, sigamos juntos. Es la única manera de conocernos.

—Gracias, amor.

Salieron de la casa y se dirigieron a la discoteca. Allí estaba Geli, muy apasionada con Sebas. Ellos tampoco habían perdido el tiempo.

—Geli, ya estamos aquí —indicó Dana.

—Holaaaa, que pronto. ¿Todo bien?

—Sí, luego te cuento —dijo al oído. —Mejor que nos vayamos. Tus padres se preocuparán si no llegamos.

—Ayyy, sí, que mi padre se pone muy intenso. Sebas, corazón, nos tenemos que marchar.

—Qué lástima. Pero podemos vernos mañana para tomar el vermut antes de que os marchéis a Madrid.

—Por mí vale, supongo que Dana también quiere ¿verdad?

—Claro, no me lo perdería por nada del mundo —contestó cogiendo la mano de Mario y apretándola contra la suya.

—Os llevo a casa, es tarde y no quiero que andéis solas por ahí.

—No creo que nos salga un violador por el camino, ¿no? —bromeó Geli.

—No es por los violadores. La gente suelta el ganado. Las vacas y los toros andan sueltos cerca de donde estáis vosotras.

—¡Llévanos! Es una gran idea.

Todos rieron ante la contestación de Geli. Se subieron al coche y en dos minutos llegaron a casa. Geli salió del coche, se despidió de Mario y subió las escaleras.

—Nos vemos mañana, cariño. Sobre las 11 en la taberna. Quiero enseñarte algo.

—De acuerdo, nos vemos mañana, estoy impaciente.

Con un beso se despidió de Mario para acudir al lado de Geli.

Capítulo 9

—Empieza a contar ahora mismo que ha pasado esta noche.

—Pues no sé por dónde empezar. Ha comenzado muy bien, más que muy bien. Me ha llevado a su casa, tendrías que verla. Bueno, únicamente he conocido el salón, la cocina y un trocito de jardín.

—Déjate ahora de interiorismos, quiero la parte en la que os coméis a besos y… ¿Pasó?

—Calla, que te sigo contando. Ni te imaginas cómo besa. Pues cuando estábamos en lo mejor, no voy a entrar en detalles, pero he tenido uno de los mejores orgasmos de mi vida masturbándome…

—¿Perdona? ¿Masturbándote? Pero, ¿Dónde estaba él?

—Tocándome y excitándome para que me corriera. ¡Qué me corriera para él!

—¡Qué fuerte! En la primera cita. Pero sigue, que pasó después.

—El juego seguía, ahora le tocaba el turno a él. Comencé a tocarle, no veas cómo estaba, y en ese momento, suena el timbre de la puerta.

—¿Qué? ¡No puede ser!

—Sí, si puede ser. Y ni te imaginas quien era…

—Venga, sorpréndeme.

—Su ex.

—Venga ya, ¿esa que le puso los cuernos o ha aparecido otra?

—La misma, la zorra que le puso los cuernos. La caradura se presenta preguntando si no la ha echado de menos.

—¿Y te vio?

—Claro que me vio. Cuando entró sin ser invitada, miró a Mario que tenía el torso desnudo y luego a mí en el sofá. Me insultó y Mario me defendió.

—¿Tú no la dijiste nada? Conociéndote la dijiste de todo menos bonita.

—No, salí al jardín para que hablaran. Claro, que no cerré la puerta para escuchar la conversación.

—¿Y qué más pasó?

Dana explicó todo lo que había dicho Lidia. Geli abrió la boca.

—¿Y qué dijo o hizo Mario?

—La agarró por el brazo y la amenazó con que si se volvía a acercar a nosotros dejaría de ser un caballero.

—Qué mal rollo. Lo siento.

—Lo que ha pasado ha hecho que me entren dudas. ¿Y si vuelve a aparecer? ¿Y si Mario aún siente algo por ella? No sé, igual debo ir más despacio.

—Dana, sé que lo has pasado mal, que no has tenido buenas experiencias. Pero sabes que yo soy de las que opinan que la vida te da cosas y hay que cogerlas y gozarlas. Lo que pase mañana ya se afrontará. Mi consejo, disfrútalo.

—Me gusta tanto… no quiero perderlo. Pero cuenta tú, te estabas dando el lote con Sebas.

—Hum, me gusta más de lo que pensaba. Es híper—mega cariñoso, además de muy masculino. Te digo lo mismo: como besa. Me derrito. Lo único que nosotros no llegamos a tanto. Dentro de la disco no se puede hacer mucho.

—No te preocupes, para la próxima verás cómo pasa algo.

—¿Y qué piensas, que sientes ahora respecto a Mario?

—Nunca un hombre me ha puesto tan caliente. Con Toni jamás pasó nada de nada, quitando besos y magreos que nunca pasaban de eso.

—¿Y con Ángel?

—Ángel… Mi primer amor y el chico con el que perdí la virginidad. Eso fue una relación entre vainilla, fresa y nata, pero nada de chocolate.

—¿Nada de chocolate? UFF, eso quiere decir, soso, soso.

—Más o menos. Éramos muy jóvenes los dos. Ángel tampoco era muy fogoso que digamos. Nos llevábamos bien, nos gustaba ir al cine, de vez en cuando al teatro y algún concierto.

—¿Y qué me dices de José? Con él duraste mucho tiempo. También derramaste muchas lágrimas. Recuerdo que a veces me llamabas y estabas inconsolable. Te trataba muy mal. Pensaba que para aguantar

todo eso, el tío tenía que follar muy bien.

—No lo hacía mal. Le gustaba a cualquier hora y en cualquier lugar. Pero después de lo que he sentido esta noche, lo de José era muy mecánico. Toma y daca, toma y daca. No se preocupaba mucho si yo gozaba o terminaba teniendo un orgasmo.

—La verdad, me alegré mucho cuando decidiste cortar esa relación. Era muy tóxica para ti. El mamarracho no te dejaba quedar conmigo. Qué estúpido. Te tenía enjaulada.

—¿Te acuerdas el numerito que me montó con mi compañero de trabajo? En mi vida he pasado tanta vergüenza. Y todo porque contestó él cuando llamó al portero automático.

—Además, lo conocía de aquel día que se hizo la barbacoa con todos los del trabajo. También conoció a su mujer y a su hija.

—Ya ves, le expliqué que fuimos todos a tomar algo cuando acabó el trabajo para celebrar que empezaban las vacaciones. Él vive en Leganés y su mujer no llegaba hasta más tarde a casa. Me dijo que siguiéramos hablando hasta que llegara la hora de coger el tren en Atocha. No entiendo que tiene eso de malo, pero parecía que había cometido un crimen.

—Paranoias del subnormal ese. Como te dije, qué bien que lo dejaste.

—Ese episodio de mi vida está ya olvidado. Al igual que Toni. Quien nos lo iba a decir. Al final, en este pueblo apartado de todo, al que no queríamos venir ni por asomo, vamos a encontrar a nuestra media naranja.

—Bueno, bueno, no exageres, de momento es un gajo de la naranja.

Las dos comenzaron a reír. En ese momento se escuchó la voz de Angelines.

—Callaos ya, así no hay quien duerma.

Las dos se callaron de golpe ahogando la risa mientras se metían en la cama.

Capítulo 10

Cuando se despertaron las chicas, el reloj marcaba las 10 de la mañana.

—Geli, ¡son las 10! Hemos quedado a las 11. Rápido, levántate.

Cómo un rayo, salieron de la cama. Fueron corriendo a la ducha empujándose por quien entraba primero. La habitación era un caos. Sacaron toda la ropa que tenían en el armario, decidiendo lo que se pondrían para la cita.

Se arreglaron deprisa y corriendo. No se pararon a recoger el desmadre que habían formado. Bajaron las escaleras y saludaron.

—Papá, mamá, se nos han pegado las sábanas. ¿Por qué no has llamado a la puerta para despertarnos?

—Hija, hoy es domingo y anoche llegasteis muy tarde. ¿Qué hora era?

—Las menos cuarto.

—Las menos cuarto de qué.

—Pues eso, las menos cuarto de una hora.

—Déjala, Angelines, cuando se pone así no hay quien la aguante.

Dana y Geli se miraron y giraron la cara para ocultar la sonrisa que aparecía en sus rostros.

—No me tomes el pelo Geli. Dana, ¿sabes a qué hora llegasteis?

—Pues no llevaba reloj y se lo pregunté a Geli, me dijo que eran las menos cuarto.

—Vale, las dos tomándome el pelo.

No se pudieron contener y comenzaron a reír como locas. Se sirvieron un café y tomaron las tostadas que estaban preparadas. Dana untó generosamente la suya con mantequilla y mermelada de fresa. Geli hizo lo mismo. En esos momentos, por lo que menos se preocupaban era por mantener la línea.

—Que no te tomamos el pelo, Angelines. Lo que ocurre es que no sabemos la hora. Nosotras contestamos así cuando estamos en una situación parecida.

—Venga mami, sabes que te quiero mucho. No es que te tome el

pelo. Nos gusta que entres en nuestra dinámica. Sé que a veces nuestro sentido de humor es nefasto. Pero que le vamos a hacer, tu hija, que soy yo, es así.

Angelines tomó su cabeza y le propinó un beso.

—¿Qué tenéis pensado hacer hoy?

—Nos tenemos que ir ya. Hemos quedado a las 11. Nos van a enseñar, no sé qué. Ya te lo contaré cuando volvamos. Tenemos prisa. Chao papá. Besos, mamá.

Se limpiaron la boca de los restos de la mermelada. En el espejo que había en la entrada echaron un último vistazo a su aspecto.

Salieron a la calle. Esta vez sí llevaban las gafas de sol. El día estaba deslumbrante.

Bajaron la cuesta con la expectativa de lo que pasaría. Después de lo ocurrido la noche anterior, debatían cómo se iban a comportar.

—¿Qué hacemos? ¿Los besamos cuando nos encontremos? ¿Nos quedamos quietas y esperamos a ver lo que hacen ellos? —preguntó Geli.

—Me apetece abrazarlo, comérmelo a besos. Pero me da corte hacerlo. ¿Y si no quiere que todo el mundo nos vea? ¿Y si al final se da cuenta de que quiere volver con Lidia?

—Después de lo que pasó anoche no creo. Tranquilízate Dana, dudo mucho que quiera volver con ella. Además, ya le escuchaste. La echó de su vida, igual que tú echaste a Toni de la tuya.

Dana se tranquilizó ante aquel comentario. Tenía razón.

—Lo he decidido. Me gusta demasiado. Voy a por todas con él y que sea lo que Dios quiera. Luego no te quejes, si sale mal, por tener que consolarme.

—Tranquila, para eso están las amigas.

Y abrazadas siguieron caminando hasta llegar a la bodega.

Capítulo 11

—Hola, mi capitalista —Sebas se acercó a Geli y le propinó un beso en la boca.

Geli se abrazó a él respondiéndole con el mismo entusiasmo. Dana no encontraba a Mario. Empezó a ponerse nerviosa pensando que no iría a la cita. Pensó que su ex se había presentado de nuevo en la casa y ahora estaba con ella.

De pronto un brazo la rodeó. Ella giró la cabeza y allí estaba él. Se quedó deslumbrada con su presencia. Vestía una camiseta blanca de manga corta marcando sus músculos. La piel morena curtida por el sol. Llevaba unos vaqueros desgastados que Dana pensó le sentaban a las mil maravillas y como calzado, unas deportivas.

! Dios!, qué pectorales, que ganas de tocarlos —pensó con cara de boba.

—Buenos días, cariño, ¿cómo has pasado la noche? —preguntó Mario mientras le daba un beso.

—Bien, pensando en nosotros y con ganas de volver a estar juntos.

—Pronto, pronto volveremos a estar juntos.

—Buenos días, Mario, vaya nochecita, ehhh, ya me ha contado la aparición estelar de tu ex —dijo Geli dándole un golpecito en el pecho.

—Mejor no hablemos de eso. No quiero amargarme el día —dijo Mario besando de nuevo a Dana —Os quiero llevar a conocer la hospedería. Avisad que hoy no vais a comer.

—Vale, llamo a mi madre.

—La hospedería es un viejo negocio familiar. Mis abuelos recuperaron la casa, después de la guerra civil en 1947. Trabajaron muy duro para poder restaurarla. El pueblo no estaba en muy buenas condiciones. Para que os hagáis una idea, el Ayuntamiento servía como escuela, juzgado y cárcel. Quisieron crear un espacio para los viajeros donde se pudieran sentir cómo en casa. Luego mis padres continuaron con el negocio. Y ahora me encargo yo.

—¡Qué interesante! Tengo ganas de visitarla.

—Os invito a comer allí, así podemos estar más tiempo juntos antes de marcharos a Madrid. Por cierto, Dana, dame tu número de teléfono, por favor.

Se lo pidió con una sonrisa que hizo temblar las piernas de Dana.

—Pues claro, déjame tu teléfono que te lo pongo en contactos.

—Toma, pero pon el bueno, no el que les das a los moscones.

Eso arrancó una sonrisa a Dana.

—Ya he avisado en casa. No podemos llegar muy tarde. Mi padre no quiere encontrarse con una retención en la carretera —interrumpió Geli.

—Listo, ya he dejado la taberna a buen recaudo —comentó Sebas.

—Vámonos, está cerca. Iremos dando un paseo.

Mientras caminaban por las calles empedradas, Mario iba indicando los lugares más emblemáticos. Llegaron al edificio y Dana lo observó con verdadero interés.

Miró la fachada de piedra con los balcones de madera pintados en color ocre. En cada balcón había una barandilla de hierro forjado, antiguas, que han sabido aguantar el paso del tiempo.

Empujaron una puerta de madera muy bien cuidada, barnizada en un tono cereza. En el interior, la recepción no era muy grande, pero sí acogedora. En estantes podían verse objetos antiguos: máquinas de escribir, utensilios del campo y otros que Dana no sabía muy bien cómo identificarlos.

Estaban solos en la recepción. Los clientes habían salido para conocer los alrededores de la comarca. Entonces Mario dijo.

—No es muy grande. Solamente dispone de 7 habitaciones. 4 de ellas tienen baño privado. Otra tiene un jacuzzi.

Al decir esto miró a Dana y le guiñó un ojo. Se acercó a ella y le susurró:

—Me muero de ganas por probarlo contigo.

Ella se abrazó a él, le mordió el lóbulo y le susurró:

—Estoy deseando meterme en esa bañera, los dos desnudos, poder tocarte…

—Calla, mira cómo me estás poniendo.

Dana bajó la vista hasta la entrepierna. Era evidente su erección. Con disimulo se puso delante, dándole la espalda y pegándose todo lo que podía. Se frotaba contra su erección.

Él la abrazó para pegarse más a su culo. Su respiración empezó a entrecortarse. Cada vez se excitaban más.

—Mario, el sitio es alucinante. Has hecho un buen trabajo con la restauración. Me encanta—comentó Sebas ajeno a lo que estaba pasando.

Dana y Mario esperaban que nadie notara lo calientes que estaban. Pero Geli miró a su amiga entrecerrando los ojos y arrugando la frente.

—Dana, me acompañas al baño —dijo tirando de ella.

Cuando consiguieron encontrar la puerta, la empujó para que entrara.

—¿Te has vuelto majara? Casi te lo follas en medio de la recepción.

—UFF, es que me pongo a 100 cada vez que se acerca a mí y pierdo el control. ¿Tanto se notaba?

—Nooo, qué va. Menudo restriegue que te has dado. Y tenías que ver la cara que ponía él. Disfrutar, lo que se dice disfrutar, lo estaba haciendo y con ganas.

—¡Qué vergüenza! Espero que no lo haya visto mucha gente. Por favor, no permitas que vuelva a pasar. Yo no me controlo.

—Descuida, no me voy a despegar de ti.

Salieron del baño y volvieron a reunirse con los chicos.

—Siento no poder enseñaros las habitaciones —dijo Mario disimulando detrás de la recepción la erección que abultaba sus pantalones. —Podéis ir a dar una vuelta por el jardín mientras yo resuelvo un asunto. Esperadme en la terraza. Tomaremos algo.

Los tres salieron por la puerta que daba al jardín. Sebas se acercó a Dana.

—¿Qué le estás haciendo a mi amigo? Parece un crío y está más salido que un clavo.

—Ya quisiera yo hacerle algo… Pero para tu consuelo, no pienses que quiero jugar con él, yo me siento igual.

Sebas sonrió por la respuesta.

—Lo único que te pido es que no le hagas daño. Esa bruja de Lidia lo dejó hecho polvo. Es un buen tipo, ya lo conocerás a fondo.

A fondo, eso es lo que quiero —pensó Dana.

Llegaron a la zona de la terraza, un lugar agradable con vistas a la montaña. Bajo un cenador de madera habían dispuesto unas mesas con sillas. Se sentaron los tres y esperaron a que llegara Mario.

—Ya estoy aquí, disculpad. Pero un cliente ha tenido problemas con el aire acondicionado. Ya está solucionado. ¿Qué os apetece tomar?

—Yo quiero una cerveza bien fresquita —apuntó Sebas.

—Yo quiero un Martini blanco con una aceituna –puntualizó Geli.

—Para mí, una copa de vino blanco fresquito —pidió Dana.

—De acuerdo, voy a pedirlo en el restaurante y ahora vuelvo.

Se marchó por el mismo sitio. Al cabo de unos minutos, regresó con una bandeja portando las bebidas.

—Aquí están. He reservado una mesa en el comedor. Dentro de media hora podemos entrar.

—Estupendo, tengo mucha hambre —expresó Geli tocándose el estómago.

Al cabo de media hora se sentaron en una mesa que había sido especialmente preparada para ellos. Se dispuso una tabla con jamón serrano recién cortado, patatas revolconas y quesos variados.

—He pedido que nos preparen un buen asado. Espero que os guste.

—Me comería una vaca entera —exageró Geli.

—Mi niña, no sé dónde metes la comida. Te mantienes en forma y estás muy bien. —bromeó Sebas mirándola de arriba abajo.

—Bueno, una hace lo que puede… —repuso moviendo las pestañas a gran velocidad en un gesto de coquetería.

Sebas agarró su cara y le dio un beso. Se notaba que había química entre los dos. Sirvieron la mesa y degustaron el fabuloso asado. De postre, unas yemas de Santa Teresa. Luego tomaron café y un licorcito para hacer la digestión.

—Estamos muy bien aquí, pero tenemos que marcharnos. Mis padres se pondrán nerviosos —dijo Geli con cara de preocupación.

—Claro, no hay problema. Yo os llevo.

Geli se despidió apasionadamente de Sebas, prometiendo que lo vería el siguiente fin de semana. Montaron en el coche y llegaron a la

casa. Geli salió y se despidió de Mario.

—Cuida a mi amiga, no la hagas daño, si no te las verás conmigo —dijo intentando aparentar ser una matona.

—Eso está hecho.

Dana también bajó del coche y Mario la arrinconó apoyando sus brazos en la carrocería.

—No sabes lo que me cuesta dejarte ir. Me encantaría que te quedaras conmigo. ¿Por qué no lo haces? —preguntó Mario mientras la besaba.

—No puedo, tengo que ir a trabajar. No me lo pongas más difícil. —dijo Dana apoyando la cabeza en sus hombros.

—Está bien, entonces, ¿no tengo ninguna manera de convencerte? —siguió besándola cada vez más apasionadamente.

—No puedo, de verdad. Nos vemos el próximo fin de semana. Ya veré la manera de pasarlo contigo. Me inventaré algo con los padres de Geli.

—Está bien, tendré que soportar pasar la semana sin ti. Por lo menos podré llamarte, ¿verdad?

—Claro, me voy a sentir triste si no lo haces.

—Que tengas buen viaje, conduce con cuidado.

Entonces la besó apasionadamente, sujetándola por la cadera y atrayéndola hacia él.

Capítulo 12

Madrid amanecía el lunes por la mañana con el cielo de color plomizo. Dana se levantó feliz por lo que había pasado el fin de semana. Quería olvidar el episodio con Lidia. Si no lo hacía se volvería loca. Se sentía como una adolescente de 16 años. Tomó un café cortado y después de vestirse salió de casa.

El metro ya no le parecía tan agobiante como otros días. Llevaba puesta una sonrisa permanente. Salió en su parada, Avenida de América, cruzó los pasillos para salir a la calle y llegó al edificio de oficinas.

—Buenos días, Joaquín, ¿no hace un día maravilloso? —preguntó feliz.

—Vaya, estás muy contenta hoy, ¿ha pasado algo especial?

—Puede… solo te voy a decir que estoy pletórica, feliz, el amor ha llegado a mi vida.

—Pues no lo sueltes, cielo, mira que los hombres buenos están escasos.

—Te aseguro que voy a hacer todo lo posible para no soltarlo. Voy a trabajar. Pasa un buen día.

Subió por el ascensor y entró en la sala donde estaba su mesa. Su compañero Pablo se acercó a ella.

—Hoy se te ve radiante. Hacía mucho tiempo que no tenías esa cara de felicidad, ¿a quién tenemos que darle las gracias?

—No exageres…

—No exagero, llevas una temporada que vienes a trabajar triste, de mal humor.

—Bueno, pues esa Dana se fue. Esta nueva Dana es diferente. Los aires de la montaña me sientan muy bien.

—Bueno, ya me dirás donde se respira ese aire que te cambia la vida.

Y sonriendo, Pablo se marchó a su mesa. Su teléfono móvil da un timbrazo. Mensaje. Dana mira el teléfono. Es Geli.

- Hola, amiga ¿Cómo estás?

- Bien Geli, trabajando, ¿alguna novedad?

- No, quería saber cómo llegaste y si te encuentras bien.

- Estoy bien, deseando ver a Mario. Lo he pensado. Voy a por todas. Se me va a hacer eterna la semana.

- De eso quería hablarte, ¿voy esta tarde a tu casa?

- Sí, ¿pasa algo?

- Luego te cuento. Besis.

- Besis.

Al dejar el teléfono no pudo evitar preguntarse qué pasaría. Normalmente, Geli no escribiría un mensaje si no fuera por algo importante. Odiaba escribir con el teclado tan pequeño.

Llegó la hora de salir y fue a casa. Se desvistió y se puso un chándal. Entró en la cocina, abrió la nevera y sacó dos huevos. De la despensa cogió una lata de atún.

Los batió y los mezcló con el contenido de la lata. Cuando la sartén se calentó, echó la mezcla y se hizo una tortilla francesa. Cortó unos tomates en rodajas, un poco de queso fresco, aceite y sal. Ya tenía la cena lista. Cuando estaba terminando, sonó el telefonillo.

—¿Sí?

—Abre, soy yo.

Geli subió por las escaleras. Entró en el piso de Dana y la abrazó.

—¿Qué ocurre?

—La abuela ha fallecido. Mis padres se tienen que marchar a Galicia para arreglar el entierro. No volverán hasta la semana que viene.

—¿Y tú, cómo estás? Lo siento mucho. Sé que estabas muy unida a ella. Aunque no estaba aquí con vosotros, siempre la llamabas.

—Estoy hecha polvo. Ya sé que es ley de vida, que todos tenemos que morir. No somos eternos... ¿Te acuerdas la última vez que estuvo aquí? Lo que nos reímos con ella.

—Sí, sí, lo recuerdo. Nos dijo que nosotras no deberíamos permitir que un hombre nos tocara. Decía la muy ladina que a ella su marido nunca la vio desnuda y que no hacía nada. Y entonces, ¿de dónde salieron los 11 hijos que tuvo?

—Recuerdo aquel día —Geli rio con ganas — Ella erre que erre, que su marido nunca la tocó. No quiero ni imaginar cómo consiguió quedarse embarazada y nada menos que 11 veces.

—Lo siento de verdad, amiga —entonces se puso a su lado en el sofá y la abrazó.

Geli lloraba sobre su hombro. Al cabo de cinco minutos se separó, enjuagó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Ya está. Siempre estará en mi corazón.

—Pues eso, siempre te quedarán todos los buenos momentos que pasaste con ella.

—¿Me invitas a una copa de vino?

—Claro, ahora mismo te la pongo.

—¿Qué hacemos el fin de semana? ¿Vamos a Joy? Me apetece mucho ver a Sebas, pero mis padres se llevan las llaves. No quieren que vayamos solas. No entiendo por qué.

—Yo quería ver a Mario, pero tendrá que ser otro fin de semana. No te preocupes, salimos a bailar un rato, así saludo a Luis, hace tiempo que no nos vemos.

—De acuerdo, el viernes podemos hacer una cena en tu casa y llamamos a Loli. Seguro que nos alegra la noche.

—Perfecto, ¿Llamas tú o aviso yo?

—Yo, así le pregunto por su trabajo. Me dijo que quizás había un puesto libre. Me gustaría echar un curriculum. El trabajo que tengo ahora de sustituta en el hospital se va a acabar. No tengo plaza fija y no estoy en la bolsa de trabajo.

—Si me entero de algo en mi empresa te lo digo, aunque yo mandaría el curriculum por si acaso.

—Lo haré, sería genial que trabajáramos juntas, ¿verdad?

—No sé si trabajaríamos o estaríamos todo el día de palique.

Siguieron hablando una hora más. Geli se despidió y Dana se fue a dormir. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, recibió una llamada:

—¿Hola?

—Hola, cariño.

El pulso de Dana se aceleró. Era Mario. Esa voz la llevaba grabada en el corazón.

—Hola, cielo, ¿cómo estás?

—Echándote de menos. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo, pero tengo una mala noticia.

—No me asustes. ¿Qué ocurre?

—La abuela de Geli ha fallecido y sus padres se han ido a Galicia. Se han llevado las llaves y no quieren que vayamos solas a Casillas.

—Entonces ven tú a mi casa. Estaremos los dos solos.

—Tentador, muy tentador, pero he quedado con mis amigas para animar a Geli. El viernes tenemos cena en mi casa y el sábado vamos a bailar a Joy Eslava, la discoteca de la que te hablé.

—Lo siento por Geli, dale mis condolencias. Pero no sé si podré resistir otra semana más sin verte.

—¿Crees que es fácil para mí? Necesito verte. Te has metido en mi piel. Necesito que vuelvas a besarme, abrazarme, acariciarme…

—No sigas… mira que voy a Madrid.

—¿En serio? ¿Vendrías?

—Si pudiera, sí. Pero vienen a revisar el ganado para certificarlo. Hay una feria y quiero presentar a mis reses. No me gustaría estar lejos de aquí por si surge algún problema.

—Qué lástima, pero espero que tengas mucha suerte y vaya todo bien. ¿Qué haces ahora?

—Estoy en casa. He tenido que estar de guardia en la hospedería y he venido a descansar un poco. Lo que ocurre es que estás en mi mente, hasta cuando duermo. Me muero por acariciar tu cuerpo, por olerte, por sentirte.

—Mira que me lo estás poniendo difícil, Mario. Estoy en la oficina y oyéndote hablar, estoy mojando las bragas.

—Me encantaría meterte los dedos y sentir tu humedad y luego follarte. Follarte duro durante toda la noche.

Dana empezó a moverse inquieta en la silla. Estaba rodeada de gente y la palpitación en su vagina era insoportable. Apretó las piernas y un pequeño espasmo la atravesó.

—Calla, estoy en la oficina y estoy caliente. Ni siquiera puedo tocarme.

—Está bien, me callo, pero cuando llegues a tu casa quiero que te toques pensando en mí, en todo lo que vamos a hacer.

—De eso puedes estar seguro.

—¿Me contarás cómo te tocas?, ¿cómo te acaricias el clítoris y te metes los dedos pensando en mí? Me gustaría escuchar tus gritos cuando llegues al orgasmo, igual que en mi casa.

—Me pensaré eso de llamarte… —dijo con una voz sensual.

—Estaré esperando. Dana, me estoy enamorando de ti.

Capítulo 13

Ya es viernes. Las chicas estarían en su casa a las 8. Abrió la nevera para ver lo que podía preparar, pero no se le ocurrió nada. Llamaría para pedir unas pizzas cuando llegaran.

Sonó el telefonillo y lo descolgó. Eran ellas.

—Holaaaa que bien que estáis aquí. Tenía muchas ganas de veros —las abrazó y las besó en las mejillas.

—¿Cómo estás? No he sabido nada de ti desde el martes pasado. Es el momento de que me pongas al día —solicitó Loli con su habitual desenvoltura.

—Un poco tristona. Echo de menos a Mario y no podremos vernos este fin de semana.

—¿Y por qué no viene a Madrid?

—Hay una feria de ganado, por lo visto, y va a presentar sus reses. No quiere estar lejos por si surge algún imprevisto.

—No se acaba el mundo por eso, así aprovechamos y hacemos una salida de chicas. Con esto de marcharos a la montaña, casi no nos vemos.

—Mañana nos vamos a Joy a echar unos bailecitos y así nos desquitamos.

—¿Dime Dana? ¿Tan en chochada estás de este Mario?

—Ni te lo imaginas. La muy descarada se restregó en medio de la hospedería como una perra en celo —explicó Geli riéndose a carcajadas.

—¿En serio? Dana, estás muy mal.

—Si tuvieras a un hombre como Mario al lado, ya verías cómo pierdes el norte. Reconozco que se me fue la olla, pero nena, me pone caliente, caliente.

—Tengo unas ganas locas de conocerlo, tiene que ser un monumento para que tú pierdas los papeles.

—Te lo presentaré, pero ni se te ocurra intentar algo con él porque te saco los ojos.

—Tranqui, ni se me ocurriría, los novios de mis amigas son

intocables. Geli ¿y tú qué?

—Mi Sebas de maravilla. Te digo lo mismo que Dana. ¡Te saco los ojos!

—! Joder cómo estáis las dos!

—¿Cómo quedamos para mañana? Podríamos arreglarnos aquí, en casa y salir para Joy.

—Genial, me gusta el plan. Yo traigo una botellita de whisky. Dana, ¿tienes hielos y Coca Cola?

—Sí, no te preocupes. También tengo ginebra y tónica. ¿Sabes lo que me dijo Mario? Que una tónica equivale a 4 terrones de azúcar.

—Vaya con Mario. Pero da igual, porque nosotras quemamos todo en la pista —Loli se subió encima del sofá moviéndose de una forma desenfrenada.

—Pon música, vamos a darle al esqueleto —pide Geli animándose más por momentos.

Dana fue al equipo de música y seleccionó una canción de Mónica Naranjo, "Desátame", para ir entrando en calor.

Bailaron y cantaron. Cuando acabó, querían más. La siguiente canción que sonó era una de Huecco "Pa Mi Guerrera"

Al término de la canción cayeron rendidas al sofá. Ya se estaba haciendo tarde y quedaron para el día siguiente.

El sábado por la mañana, Dana salió a desayunar a una cafetería muy famosa, Los Pinchitos, estaba cerca de su casa, bajando por la calle Esparteros. Recordaba que de niña siempre iba con sus padres a comer chocolate con churros.

Cuando terminó, salió y miró al cielo. Estaba despejado y la temperatura era muy agradable. No tenía mucho que hacer, así que se dirigió a la Plaza Mayor. Le gustaba sentarse para ver a la gente pasar, y a las palomas revoloteando por la estatua de Carlos III.

Siguió andando y fue al mercado "San Miguel". Antiguamente, era un mercado de verdad. Recordaba cuando iba con su madre a comprar la comida de la semana.

Entró recorriendo los pasillos. Era uno de los principales mercados gastronómicos. A veces compraba comida para llevar. Otras, la consumía allí mismo. En alguna ocasión, se tomó una cerveza sentada en la barra de los pequeños bares.

Le gustaba aspirar el aroma de los diferentes alimentos. Algunos de ellos la trasladaban a otros países. Compró algo de comida para llevar y caminó hacia su casa. Cuando llegó a la puerta, levantó la vista y se encontró con Toni.

—Otra vez tú, mira que eres pesado, tío. ¡No quiero verte! —enfatizó—. Ya no estoy segura, no sé si estás sordo o eres realmente imbécil.

—Dana, escúchame, he venido a darte la última oportunidad para que vuelvas conmigo. Ya no me voy a rebajar más.

—Pero de verdad que eres imbécil, certificado. Vamos a ver si te grabas esto en esa cabeza llena de aserrín. ¡Que-paso-de-ti! ¿Entiendes? No quiero volver a verte, no quiero que me llames ni que me escribas.

—¿Es tu última palabra?

—SÍ. La última, la penúltima, la primera… desaparece de mi vida.

Toni se dio la vuelta y se marchó. Dana no podía dar crédito. No podía creer cómo había estado saliendo con un chico tan estúpido y engreído.

Llegó a casa, fue a la cocina y puso en un plato la comida. Encendió la televisión. Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y se puso a buscar un canal que le gustara.

Se emocionó cuando encontró una reposición de la película "Cyrano de Bergerac". Cada vez que la veía no podía dejar de llorar.

Cuando terminó, decidió dormir un rato para poder aguantar toda la noche. Presentía que con Loli y Geli sería movidita.

De repente la despertó el teléfono.

—¿Dígame? —preguntó con voz somnolienta. Era Mario.

—Hola, amor, ¿te he despertado?

—Estaba durmiendo un rato, esta noche tengo que estar bien despierta para seguir el ritmo de "Las locas"

—¿Quieres que cuelgue?

—No, no, quédate conmigo.

—¿Qué llevas puesto?

—Mi pijama preferido de Victoria Secret. No es muy sensual, pero es cómodo.

—¿Dónde vas esta noche?

—Vamos a Joy Eslava, creo que te lo comenté. Es nuestro sitio favorito.

—Pero ¿vais a ir tarde?

—Normalmente, llegamos sobre las once u once y media.

—Me encantaría estar allí contigo.

—Sería una pasada que estuvieras.

—¿Qué harías conmigo si me presentara?

—Lo primero, comerte a besos.

—¿Y lo segundo?

—Bailar contigo y luego llevarte a los reservados que hay en la primera planta —sonrió mordiéndose los labios.

—¿Sabes que dicen que si deseas algo con muchas ganas al final se cumple?

—¿En serio? Pues yo voy a estar cada segundo deseando que estés aquí conmigo.

—Cuidado con lo que pides, igual se cumple.

—Ojalá.

—Tengo que dejarte, cariño, tengo algo muy importante que hacer. Te mando un beso. Hablamos.

Y colgó. Dana miró la pantalla del teléfono. Se quedó parada con la despedida tan fría de Mario.

Capítulo 14

A las nueve llegaron las chicas. Colocaron un disco de los años 80-90, recordando la música de la discoteca de Casillas. Añoraban a sus chicos. Se prepararon unas copas y abrieron las bolsas sacando la ropa que traían.

Después de debatir durante un buen rato, Loli decidió ponerse una falda corta de cuero negro con un top también en color negro, adornado con pedrería. Geli, por el contrario, eligió un mono en color rojo.

No tenía mangas, dejaba los brazos al aire. En la cintura un cinturón ancho con pedrería de color negro azabache.

Dana eligió un vestido color negro, ajustado por la zona del pecho, por encima de las rodillas y un poco de vuelo. La espalda abierta. Las mangas tenían una abertura de arriba abajo, dejando los brazos al aire según el movimiento de la tela. Se puso medias con liguero, se sentía más cómoda y más sexi. Para esa ocasión eligió unos zapatos de Manolo Blahnik. El tacón no era muy alto. Necesitaba un calzado cómodo para bailar toda la noche.

Geli se pasó el rizador para dar un poco de volumen a su pelo. Loli llevaba el pelo corto, por un lado, de la cabeza y el flequillo caía por el otro. Se pasó la plancha para que quedara bien liso.

Dana se levantó el pelo por los lados, sujetándolo en la parte de arriba de la cabeza con unas horquillas. Estas eran unas mariposas con las alas abiertas, en color plateado y con circonitas.

—Hoy sí que me pongo el rojo putón —concretó Geli abriendo la barra de labios.

—Hoy vamos todas con rojo putón —puntualizó Loli.

Se pasaron la barra de labios. Después se echaron perfume “Olympea” de Paco Rabanne. Cogieron el bolso y salieron a la calle. Mientras caminaban, un grupo de chicos empezaron a silbar y a lanzarlas piropos.

Entraron por la puerta de la discoteca. El portero, que ya las conocía, saludó de una forma efusiva.

—Chicas, cuanto tiempo sin veros. Me alegro mucho que estéis aquí.

—Hola, nos hemos dispersado un poco, pero estamos de vuelta —

dijo Loli lanzando un beso al aire.

Subieron unas pequeñas escaleras y entraron en el foro. Ya comenzaba a llegar gente. Atravesaron la pista y se dirigieron al fondo, a su rincón. Y entonces Dana vio a Luis.

—Amore, estaba preocupado, hace dos semanas que no te veo —expresa, Luis, agarrándola y atrayéndola a él.

—Hola, qué gusto verte. Hemos estado un poco ocupadas con los padres de Geli. Es una larga historia, ya te la contaré.

Luis levantó el brazo de Dana y la hizo girar cómo a una bailarina.

—Estás preciosa. Además, veo un brillo especial en tus ojos. ¿Ha pasado algo que yo no sepa?

—Bueno, algo hay, lo que puedo decirte es que el aire de las montañas me sienta de maravilla. Por cierto, ¿no veo a César? ¿Dónde está?

—Lo hemos dejado. Estaba harto de tanta manipulación. No me dejaba vivir. Ya no eran las peleas cada vez que hablaba contigo o me ponía a bailar. Cada vez que acudía al gimnasio, estaba él vigilando que no se acercara nadie. En la oficina, llamando cada 30 minutos para controlar. Te digo, un sin vivir.

—Entonces, ¿te doy el pésame o la enhorabuena?

—La enhorabuena, por supuesto. Y hay que celebrarlo. ¿Sabes que es lo mejor de esta noche?

–¿Qué?

—Que eres solo para mí.

—Siempre he sido solo para ti —río Dana dándole un golpecito con el puño en el bíceps.

—Pero yo nunca he sido para ti y esta noche lo puedo ser.

—Creí que no te gustaban las mujeres.

—Y no me gustan. Pero tú eres diferente. Podría probar experiencias nuevas.

A Dana se le paró el corazón. No creía lo que estaba escuchando. Tanto tiempo deseando que se fijara en ella como mujer y, justo ahora que se había enamorado de Mario, Luis quería algo con ella.

—Luis. ¿Cuánto bebiste?

—Esta es mi primera copa. Ven, acompáñame a la barra, te invito a una.

Los dos se acercaron agarrados de las manos. Dana giró la cabeza para ver a sus amigas.

Paradas, observaban lo que estaba pasando. Dana le hizo un gesto a Geli que ella supo interpretar. Estaba diciendo: S.O.S.

—¿Qué está pasando Geli? —preguntó Loli.

—No sé muy bien, pero Dana necesita nuestra ayuda.

Las dos salieron corriendo en su dirección.

—Hola, Luis, cuanto tiempo sin verte, ¿cómo estás? —preguntó Geli dándole un abrazo.

—Geli, qué alegría verte. Te comunico que esta noche voy a raptar a tu amiga.

—De eso nada, monada. Dana viene con nosotras y con nosotras se queda.

—Hace mucho que no hablo con ella. Merezco una noche para mí, ¿no estás de acuerdo? —Luis le hizo un gesto cómo queriendo decir: "aquí sobras"

–Ni lo sueñes. Llevamos planeando esta salida desde hace días. Si quieres, te puedes unir a nosotras.

—Luis, pide un Beffetter con tónica, por favor. Por cierto, no vuelvo a probar el coctel que preparó tu amigo. Acabé con un dolor de cabeza… —reprochó Dana intentando disimular su desconcierto.

—Lo que quieras, princesa. Esta noche estoy para cumplir tus deseos.

Las tres se miraron boquiabiertas. No podían creer lo que estaban escuchando. Luis intentando ligar con Dana. Tenían que poner remedio.

—Dana, coge la copa y vamos a la pista —dijo Geli tirando de ella.

—Pero, ¿qué le pasa a este? —preguntó Loli, estupefacta por la situación.

—Me ha dicho que ha cortado con César y le apetece tener experiencias nuevas. Y resulta que yo soy su experimento.

—De eso nada, ya no porque estás con Mario. ¡Qué se vaya a

experimentar al zoo!

—Qué bruta eres cuando quieres, Geli —indicó Loli.

—No quiero perder su amistad. Desde que estoy con Mario no quiero estar con otro. No sé cómo rechazarlo sin hacerle daño y sin perderlo como amigo.

—Nosotras te echaremos un cable. Cuando veamos que se pone meloso, ! Zasca!, amigas al rescate —decretó Geli.

Las tres fueron a la pista, seguidas de Luis. Comenzó a sonar la canción "Vivir mi vida" de Marc Anthony. Luis agarró la mano de Dana y se puso a bailar. Cada vez que daba un giro, él la acercaba demasiado a su cuerpo. En una vuelta notó que Luis estaba empalmado.

Tierra, trágame —pensó Dana.

Sus amigas vieron lo que estaba pasando. Enseguida acudieron al rescate metiéndose entre los dos y apartando a Dana de Luis.

—Gracias —cuchicheó Dana al oído de Geli.

—No sé cómo te vas a librar esta noche, pero va a por todas.

Geli levantó la vista para mirar por la espalda de Dana. Se le abrió la boca.

—¿Qué ocurre? Parece que has visto un fantasma —preguntó Dana.

—No, un fantasma, no, precisamente.

Dana notó una presencia detrás de ella y comenzó a sentir un cosquilleo. Pensó que no podía ser, ese cosquilleo solamente lo producía Mario. Se dio la vuelta y allí estaba, más guapo que nunca.

Se había cortado el pelo, dejándolo casi rapado por los lados, pero con una pequeña cresta superior. Vestía con unos vaqueros oscuros, zapatos Martinelli color negro y una camisa Hugo Boss color negro.

Mario la agarró por la cintura.

—Estás deliciosa. Qué guapa, nunca te había visto con un vestido.

—Tú sí que estás guapo. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido? ¿No tenías que estar en esa feria de ganado?

—Te responderé una a una todas las preguntas. Tranquila. ¿Qué hago aquí? No soportaba ni un minuto más sin verte. ¿Cómo he

venido? En coche. ¿La feria del ganado? Era una excusa para darte una sorpresa. ¿Te ha gustado?

—¿Qué si me ha gustado? En un rato te demostraré lo que me ha gustado. Pero quiero preguntarte algo. Sin que te ofendas y sin parecer una interesada...

—Pregunta, cielo.

—Me hablas de ganadería, de la hospedería, que tienes un coche… ¿Eres rico?

Mario soltó una carcajada.

—Depende de lo que llames rico. Tengo dinero, no me puedo quejar. Gano bastante con la ganadería. La hospedería deja rendimiento, pero no mucho. Entre las dos cosas se puede decir que vivo bastante bien. No te tienes que preocupar por mi futuro.

Mario la estrechaba en sus brazos, dándole un beso, entrelazando su lengua a la suya. Posesivo, caliente.

—¡Mario! —saludó Geli muy efusivamente —Qué alegría verte aquí. ¿Has venido solo? —miraba a los lados para ver si veía a Sebas.

—Hola, Geli, Sebas no ha venido. No podía dejar la taberna sola. La persona que suele ir se ha puesto enfermo.

—Dale un saludo de mi parte cuando lo veas, que del beso y del achuchón ya me encargaré yo.

—Hola, me llamo Loli. También soy amiga de Dana y Geli. Vaya, qué razón tenían, estas… —Geli la cogió del brazo para retirarla antes de que dijera más cosas.

—Encantado Loli. Espero que vayas un día de estos por Casillas. —saludó Mario.

—Que no te quepa la menor duda, sobre todo si hay más papitos cómo tú —Loli, le echó una mirada descarada a Mario.

Loli se acercó a Dana y le dijo al oído.

—No me extraña que estés enchochada… está buenísimo…

Dana le dio un pellizco en el brazo para que se callara, pero le dedicó una sonrisa de complicidad. En ese momento Luis se acercó a la pareja.

—Hola, me llamo Luis, soy amigo de Dana. ¿Quién eres? —mirando a su amiga añadió —Qué callado te lo tenías, no me habías

dicho que estabas con un chico tan guapo.

—Luis, te presento a Mario. Él es…

—Su novio, soy su novio —y le estrechó la mano.

—No me diste tiempo. Quería hablar contigo. Le conocí en Casillas, el pueblo donde han comprado el chalet los padres de Geli.

—¿Quieres tomar una copa, Mario? Yo invito —solicitó Luis sin dejar de admirar su cuerpo de arriba abajo con una mirada descarada.

—Gracias, me tomaré una, lo mismo que está bebiendo Dana.

Mario rodeó su cara con las manos y la besó. Luis se fue a por las bebidas ante la situación, no sin dejar de mirarlos con envidia. Dana estaba segura de que sentía celos de Mario, aunque también tenía celos de ella.

—De verdad, aún no me creo que estés aquí.

Mario rio. Atrajo a Dana hasta pegarla contra su cuerpo. La besó vorazmente mientras con una mano acariciaba la espalda que estaba descubierta por el vestido. La otra mano se posó en el culo.

—No me gustaría dar el espectáculo aquí, me conoce mucha gente. Si me sigues besando y tocando así, no llegaré al privado.

Mario sonrió y separó las manos.

—Mejor vamos a tomar esa copa. No soy muy buen bailarín, pero haré lo que pueda.

Luis llegó con la copa de Mario. Intentó mantener una conversación con él para averiguar más cosas, pero la música estaba demasiado alta.

Dana bailó con Luis y con Mario. Geli y Loli se unieron al grupo. Se lo estaban pasando de lo lindo. Mario se marchó y regresó con otra ronda de copas. La noche se estaba poniendo caliente entre el alcohol, las miradas y las caricias furtivas.

Al cabo de un rato, Dana le susurró a Geli algo al oído. Ella asintió con la cabeza, sonrió y le habló al oído a Loli. Ella también sonrió y levantó el dedo gordo en señal de Ok.

Entonces Dana cogió la mano de Mario y lo llevó por un lateral de la pista.

Al fondo había unas escaleras que subían a la parte superior de la discoteca. Una vez allí, vieron unos reservados con unas cortinas para

guardar la intimidad. Entraron en uno de ellos.

Inmediatamente, Mario se sentó y Dana se puso a horcajadas encima de él. Comenzó un baile de besos desenfrenados. Ella se separó para admirarlo. Empezó a desabrochar los botones de la camisa. Separó la tela y admiró sus pectorales.

—Déjame que toque, llevo deseándolo desde que te conocí.

Pasó una mano lentamente por su pecho, dibujando con el dedo pequeños círculos en sus pezones. Mario echó la cabeza atrás, soltando un pequeño gemido.

Dana bajó la cabeza y con la lengua saboreó su piel. Se movió lentamente sobre su erección. Mario clavó sus manos en las caderas para ayudarla en el movimiento.

—Más dulce de lo que imaginaba —expresó relamiéndose los labios.

Mario atrajo su cabeza para devorar de nuevo su boca. Dana se levantó para admirar su cuerpo. Se acercó lentamente, le desabrochó los pantalones y tiró de ellos para bajarlos. Llevaba un bóxer de Calvin Clair en color gris marengo. Metió la mano entre ellos y sintió su pene duro. Empezó acariciando la punta. Pensó en lo suave que era.

Comenzó a bajarle el bóxer, liberando su pene, que suplicaba por salir. Pasó su lengua por el interior de los muslos, provocando en él un latigazo. Agarró su pene y movió lentamente la mano de arriba a abajo.

Con la otra mano cogió los testículos y los acarició suavemente. Bajó la cabeza y comenzó a lamerlos sin dejar de subir y bajar la mano. Dejó de lamer los testículos y se introdujo el pene en la boca. Con movimientos circulares saboreaba cada centímetro.

—¿Te gusta así? ¿Más rápido? ¿Más despacio? —preguntó sin dejar de masturbarle.

—Me estás volviendo loco —gruñó Mario, apenas sin respiración.

Ella cogió de nuevo los testículos con la mano sin dejar de lamer su pene. Tiraba suavemente de ellos. Deslizó uno de los dedos para acariciar el perineo. Mario soltó un grito de placer.

—Para, no quiero correrme ya. Quiero follarte. Espera que coja un preservativo.

—No hace falta, llevo un diu —susurró al oído.

Cogiéndola de las caderas, la montó sobre él. Subió el vestido y se fijó en las ligas de las medias.

—Sexi, muy sexi y solo para mí.

Deslizó el tanga a un lado, frotando su clítoris. Ella comenzó a moverse excitada, caliente. Mario introdujo un dedo en su vagina.

—Qué mojada estás, ¿te gusta?

Dana no pudo contestar. Echó la cabeza hacia atrás, empujando con movimientos rápidos sobre la mano de Mario. Él introdujo otro dedo.

—Más, necesito más —gritó Dana.

Mario sacó los dedos, la levantó un poco e introdujo su pene, despacio. Ella estaba tan mojada que entró sin dificultad.

Los dos soltaron un grito de placer. Ella se agarró fuertemente a sus hombros para poder cabalgar más fuerte.

Subía y bajaba sobre su pene, ayudada por él. La cogía de las caderas para clavarla más fuerte. Sentía los músculos de la vagina contrayéndose sobre su pene. Cada vez eran más rápidos, más fuertes. Estaba seguro de que no tardaría mucho en venir el orgasmo.

Aceleró sus embestidas para correrse al mismo tiempo que ella. Ya no podía aguantar mucho más. Entonces lo notó. Ella se convulsionó arqueando su cuerpo hacia atrás. Él explotó de placer, moviendo las caderas de Dana fuertemente y apretando los dedos sobre su carne.

Se quedaron en silencio, tan solo se escuchaban sus respiraciones aceleradas. Él cogió su boca y la besó tiernamente. Pasó su lengua por los labios de ella.

—El mejor polvo de mi vida. Ha sido maravilloso.

—No va a ser el mejor. Espera a que estemos solos…

—Estoy deseando que llegue el momento. Madre mía… solamente de pensarlo estoy mojando las bragas de nuevo.

Mario le propinó una palmada en el culo. Se arreglaron la ropa y bajaron de nuevo a la pista. Geli bailaba desenfrenadamente junto con Loli. Luis se apartó de ellas para charlar con unos amigos. Cuando vio a Dana bajar las escaleras junto a Mario, comprendió lo que había pasado. Se acercó a ellos.

—Vaya, ¿por qué no me has invitado a la fiesta? —preguntó con

una sonrisa burlona.

—Lo siento Luis, esto es solo entre Mario y yo. Además, no creo que a Mario le guste…

—Luis, no me van esas cosas. Quiero a mi chica solo para mí.

—Egoísta —respondió Luis poniendo cara de pícaro.

Se giró y volvió donde se encontraban sus amigos.

—¿Nos vamos a tu casa? —preguntó Mario restregando la nariz contra su cuello.

—Espera, vamos a despedirnos de Geli y de Loli. No quiero marcharme así, sin más. He venido con ellas.

—De acuerdo.

Se acercaron donde estaban las chicas. Dana habló algo al oído de Geli y ella asintió con la cabeza. Se acercó a Mario y le dijo.

—Lo dicho, si se te ocurre hacerle daño a mi amiga, ¡te mato!

Mario se rio y le dio dos besos de despedida, al igual que a Loli. Antes de marcharse se giró.

—Mañana os invito a comer. Estaré en casa de Dana y de allí vamos al sitio que queráis.

Loli y Geli miraron con entusiasmo a Mario y le dijeron si con la cabeza.

—Vamos primero al coche. Tengo una pequeña maleta con ropa para poder cambiarme.

—Claro, vamos.

Capítulo 15

Cuando llegaron a la casa, Dana se quitó los zapatos y se tumbó en el sofá haciendo un gesto exagerado de cansancio.

—¿Estás cansada?

—Estoy exhausta. Ha sido un día maravilloso. Ven aquí conmigo. ¿Estás cansado?

—Estoy rendido. He tenido que madrugar mucho para dejar las cosas listas y poder venir a verte. Luego el viaje por la carretera y ese polvo maravilloso me han dejado KO. —dijo Mario sentado al lado de

Dana y pasándose la mano por la cabeza.

—¿Quieres un vaso de leche u otra cosa?

—No, gracias, cariño. Bonita tu casa. Está en pleno centro de Madrid. Seguro que la echarás de menos cuando te vayas.

—¿Quéee? No me voy a ningún lado.

—Claro que sí. Cuando te vengas a vivir conmigo.

Dana emitió una exclamación de sorpresa. Estaba con la boca abierta cuando Mario la besó.

—Claro que te vas a venir conmigo. ¿Crees que después de esperarte toda una vida te voy a dejar escapar? Ni lo sueñes, mi amor.

A Dana le dio un brinco el corazón. Mario enamorado de ella y la quería para siempre. En el fondo, eso es lo que más deseaba, pero apenas se conocían.

—Mario, me encanta esa idea, pero ¿no crees que vas muy rápido? Apenas nos conocemos.

—¿Nunca has conocido a alguien y has tenido la sensación de que la conoces de toda la vida? Pues eso me pasa contigo. Desde el momento que te vi, lo supe. Eres la mujer destinada para mí.

—Vale. No te digo ni que sí, ni que no. Déjame un poco más de tiempo. Yo tengo mi vida en Madrid, mi trabajo, mi casa, mis amigas…

—Un trabajo que no te llena para nada, eso me lo dijiste tú. Una casa que la puedes alquilar, vender o dejarla para cuando vengamos algún fin de semana. Y unas amigas donde las puertas de nuestra casa siempre estarán abiertas. También podemos venir a visitarlas. No me pongas más excusas. Pero está bien, te daré tu espacio para que te lo pienses.

—Gracias, es una decisión muy importante. Vamos a dormir un poco, necesitamos descansar.

Sin darse una ducha y sin desmaquillarse, Dana cayó en la cama junto a Mario, tan solo se quitaron la ropa.

Al día siguiente fue Dana la que se despertó primero. Miró a Mario mientras dormía.

Es perfecto para mí —pensó Dana.

Tratando de no hacer ruido entró en el baño. Se soltó las horquillas

que aún llevaba en el pelo. De pronto Mario la sorprendió por detrás. La abrazó y la besó salvajemente mientras giraba el grifo de la ducha.

El agua comenzó a caer sobre ellos.

—¡Qué fría! —exclamó Dana riéndose.

Siguieron besándose con pasión mientras el agua empezaba a salir más caliente.

—Deja que te quite esto — Mario bajó lentamente hacia su tanga.

De rodillas, en el suelo de la ducha, pasó su lengua por la rodilla y los muslos. Dana se apoyó contra la pared para poder disfrutar. Él le separó los muslos para tener mejor acceso a su clítoris. Con la lengua lo acarició sin piedad y saboreó toda su esencia.

Dana contoneaba sus caderas a consecuencia del placer que le estaba dando. Alargó su mano hacia la cesta que estaba colgada y cogió el consolador.

—Toma, en más de una ocasión me he masturbado en esta ducha pensando en ti.

Mario levantó la vista y vio el consolador que le estaba ofreciendo. Con una sonrisa en la comisura de los labios, lo accionó y comenzó a pasarlo lentamente por los muslos mientras sus dedos no dejaban de acariciar el clítoris.

—No seas malo, por favor, no me tortures así.

—Espera, no corras tanto, déjame disfrutar un rato más. Me encanta ver cómo te excitas con lo que te hago.

Dana se mordió los labios moviendo la cabeza de un lado a otro. Él introdujo el consolador sin previo aviso y de un empujón. Dana dio un brinco de placer. El consolador en su vagina y los dedos de él frotando el clítoris.

—¡Oh! Dios, que placer, sigue por favor, no pares.

Y de golpe Mario sacó el consolador y dejó de tocarla.

—Nooo, no pares.

—No quiero que te corras aún.

Mario se quitó el bóxer, tomó un bote de gel, se puso un poco en la palma de la mano y comenzó a frotar los pechos de ella. Dana gemía con cada caricia. Sus pezones estaban erguidos de placer.

Lentamente, Mario pasaba sus manos recorriendo todo su cuerpo centímetro a centímetro.

La giró para que le diera la espalda. La agarró de la cintura y la atrajo hacia él. Pasó una mano por delante de ella e introdujo sus dedos en la vagina. Ella se frotaba de placer contra su pene.

Él sacó los dedos y presionando su espalda, la empujó hacia abajo. Cogiéndola de las caderas miró su culo. E introdujo su pene hasta el fondo. Dana gritó de placer.

—¡Qué caliente estás! —rugió.

Le dio una palmada en el culo. Dana no lo esperaba, pero le gustó.

—Voy a follarte cómo nunca nadie lo ha hecho.

Su pene entraba y salía lentamente, fuerte.

—Más, más rápido —rogó ella

Mario aceleró el ritmo. Chocaba con ella aplastando sus testículos contra el culo.

Se agachó para pellizcar sus pezones y frotar sus pechos. Deslizó una mano para masajear el clítoris mientras la embestía.

—Siiii, no pares, no pares.

Mario notó cómo se contraía. Estaba a punto. Agarró con las dos manos de nuevo su cadera.

—Voy a correrme nena, no puedo más.

Y les llegó el orgasmo. Ambos se movían, jadeaban, gritaban…

Salieron de la ducha y se secaron mutuamente con las toallas que ella tenía en el armario.

—Eres preciosa, ¿lo sabes? —masculló pasando por sus pechos la toalla.

—Tú eres perfecto para mí, ¿Te has visto? —y le giró para ponerle frente al espejo. —! Mira qué brazos, que bíceps, qué pectorales…! —Bajó la mano por su espalda —¡Qué culo! Me encanta.

—Soy todo tuyo, solo para ti.

Se giró y la besó.

—¿Te apetece que vayamos a comer unos churros a San Ginés?

—Una idea estupenda. Me muero de hambre.

Salieron y caminaron juntos de la mano hacia la cafetería. Después de desayunar, recorrieron la calle Arenal hasta llegar al Palacio de la Ópera. Siguieron caminando y llegaron al Palacio Real.

Dana quiso ir con él a los jardines del Campo Moro. Pasearon entre las calles disfrutando el sol de la mañana.

—Son unos jardines de estilo francés. La reina Mª Cristina impulsó su construcción en el siglo XIX. Podemos ir a ver las dos fuentes neoclásicas: la de los Tritones y la de las Conchas.

—¿Por qué se llama los Campos del Moro? —preguntó Mario intrigado.

— Por el caudillo musulmán Alí Ben Yusuf, que intentó reconquistar Madrid tras la muerte del rey Alfonso VI.

—Son preciosos, igual que tú —dijo acariciando la mejilla de Dana.

Siguieron paseando durante un rato cuando Dana miró el reloj del móvil.

—Tenemos que ir a casa. Geli y Loli estarán a punto de llegar. ¿Recuerdas? Nos invitaste a comer.

—Claro que lo recuerdo. Dime, ¿Dónde te apetece que vayamos?

—A Casa Lucio. Vas a probar la típica cocina madrileña.

—Pues a Casa Lucio. Me da igual donde vayamos, contigo todo será perfecto.

Sonriendo bajó la cabeza y la besó.

Capítulo 16

—¿Dónde nos vas a llevar Mario? —preguntó Geli agarrándose a su brazo.

—Dana quiere que os lleve a Casa Lucio para probar la cocina madrileña.

—Buena elección. Tengo hambre. ¿Nos vamos ya?

Dana y Mario rieron. Loli no había llegado aún. En ese momento sonó el teléfono de Dana.

—Loli, ¿Dónde te has metido? Estamos a punto de salir.

—He ido al Rastro a dar una vuelta. Voy un poco retrasada, ¿dónde quedamos?

—Vamos a Casa Lucio. Te esperamos allí.

—Voy en un plis-plas.

Dana colgó el teléfono.

—Loli se retrasa. Ha ido al Rastro. Nos alcanzará allí.

Llegaron al restaurante. Este se encontraba en una calle estrecha típica del Madrid de los Austrias. La fachada era de madera tallada. Entraron.

—Hola, venimos sin reserva, ¿tendrían mesa para cuatro? —preguntó Dana a un camarero que pasaba por su lado.

—Déjeme ver —el camarero echó una ojeada a su alrededor. —La mesa del fondo acabará en unos 10 minutos. Pueden esperar en la barra mientras se toman algo.

Se sentaron en los taburetes. La pared del fondo estaba llena de botellas en vitrinas y el centro lleno de jamones colgando. Pidieron un vermut rojo. Mientras tanto llegó Loli.

—Aquí estoy —llegó casi sin aliento.

—¿Te apetece un vermut? Aún falta un poco para que nos den la mesa—preguntó Mario.

—Si gracias, pero el mío blanco, por favor —respondió Loli.

Al cabo de unos minutos, el camarero se acercó a ellos para indicarles que la mesa estaba lista. Se sentaron y miraron la carta.

—Vosotras sois las entendidas. ¿Qué me recomendáis?

—Los huevos con pisto están deliciosos —comentó Loli

—También puedes comer unos callos a la madrileña, un solomillo ibérico con un lecho de cebolla y crema de manzana … —añadió Geli.

—Yo pediría una tabla de jamón ibérico para repartir y luego cada uno un plato —puntualizó Dana

—Perfecto. Yo pediré unos huevos estrellados —Loli cerró su carta.

—Para mí un entrecot al punto. —Dana también cerró su carta.

—Yo quiero esos huevos con pisto. —Geli miró a Mario —¿Te has decidido ya?

—Pues voy a probar esos famosos callos madrileños.

Pasaron un buen rato entre charlas y risas contando anécdotas de sus salidas y aventuras. Mario se sentía muy a gusto y relajado con ellas. Cuando terminaron el postre, pagó la cuenta y salieron.

—Me ha encantado comer con vosotras. Yo me tengo que marchar, me queda un buen camino a casa y mañana tengo que madrugar. Geli, Loli, espero veros pronto. Ahora si no os importa, me llevo a Dana para despedirme de ella.

Las chicas le dieron dos besos y le agradecieron la invitación. Se despidieron de Dana.

Una vez llegaron al piso, Mario se sentó en el sofá dando unos golpecitos para que Dana se sentara a su lado. Ella se sentó y puso la cabeza en su hombro. Él la rodeó con su brazo. Comenzó a darle besos en su cabeza.

—No tengo ganas de marcharme. Me quiero quedar aquí contigo, pero tengo que ir a ver cómo ha ido la venta de la ganadería. Dana, piensa en lo que te he dicho. No quiero separarme de ti.

—¿A qué le tienes miedo? Yo te quiero, quiero estar contigo…

—Lo sé, pero…

—Yo no soy Lidia, Mario. Si decido estar contigo es porque realmente lo quiero. No voy a irme con otro hombre. Si quisiera hacerlo primero cortaría contigo.

—No lo hagas, por favor. Cada día tengo más necesidad de ti. Te llevo en mi alma, en mi corazón. No soportaría que te alejaras.

—Y no lo voy a hacer. Solamente dame un poco de tiempo.

Ambos estuvieron un rato más en el sofá, acurrucados y besándose con pasión.

—Tengo que irme, mi amor. Prométeme que me llamarás durante la semana. Prométeme que vendrás a Casillas el viernes.

—Te lo prometo.

Se despidieron. Dana se sintió vacía cuando Mario salió por la puerta. No tenía apetito para cenar. Estaba demasiado triste.

Cuando se levantó el lunes para ir a trabajar, su cabeza no dejaba de dar vueltas. Añoraba a Mario, más de lo que ella se había imaginado. El trabajo no la llenaba, coger el transporte público cada vez se le hacía más pesado.

Estaba en casa sola. Veía películas románticas y no podía evitar ponerse a llorar. Geli y Loli la visitaban por las tardes, pero eso ya no era ningún consuelo. Agradecía mucho su compañía y cariño, pero seguía faltando Mario.

Se llamaban todos los días, se hablaban de amor y de cuánto se echaban de menos. Cada día que pasaba se convencía más en tomar la decisión correcta. ¿Qué podía perder? Esa es la pregunta que se hacía.

El viernes por la mañana se levantó con una decisión ya tomada. Sonó su móvil.

—Hola, mi amor, ¿tienes preparada la maleta?

Era Mario.

—Si mi vida. Ya la tengo lista.

—Te mando por mensaje la ubicación para llegar a mi casa. Te espero. Tengo una sorpresa para ti.

—¿En serio? Dime que es…

—Nooo, dejaría de ser una sorpresa. —Mario, rio divertido.

—Vale, tendré que esperar. Me encantan las sorpresas.

—Te quiero. Nos vemos en unas horas. Conduce con cuidado.

—Te quiero.

Colgó y se marchó a trabajar. El día se le hizo pesado. No pasaban las horas. Llamó a Geli.

—Hola.

—Hola, Dana. Menos mal que llamas. ¿Qué decides al final? ¿Vienes con nosotros?

—No, voy con mi coche. Mario me ha invitado a pasar el fin de semana en su casa, pero nos veremos por el pueblo.

—Vale. Cuídate amiga. Nos vemos allí.

Colgó el teléfono y miró la hora. Solamente faltan 30 minutos para salir.

Capítulo 17

Faltaban pocas horas para anochecer. No le gustaba conducir de noche. Estaba deseosa por llegar. Conducía a una velocidad de crucero, entre los 90 y 110 kilómetros hora. No quería ir rápido, ya que su mente no estaba en la carretera, sino en Mario, imaginando todas las cosas que podrían hacer en el fin de semana.

Cuando se estaba acercando a Casillas, sonó su móvil. Puso el manos libres.

—Amor, estás muy lejos —escuchó la voz de Mario.

—No cariño, solo me faltan 20 kilómetros. Estoy muy cerquita de ti.

—Ni te imaginas las ganas que tengo de abrazarte, de besarte, de follarte…

—Falta poco… te dejo que no me gusta hablar mientras conduzco.

—Ok, cuelgo entonces. Besos con mucha lengua.

Colgó. Ya podía ver a lo lejos el pueblo. Un nudo en el estómago se apoderó de ella. La carretera se adentró en un bosque de olmos antes de entrar en el pueblo. Consultó el GPS para que la llevara hasta la casa de Mario.

Saliendo del pueblo pudo vislumbrarla, la recordaba. Entró por el camino y aparcó el coche cerca de la entrada. En ese momento se abrió la puerta y apareció Mario.

—Mi amor, ya llegaste… —se acercó a ella para abrazarla.

—Sí, llegué —sonrió.

—Cojo tu maleta y vamos dentro. ¿Estás cansada?

—Un poco.

—No te preocupes, te trataré cómo a una reina.

Cogiéndola por la cintura se acercaron a la casa y entraron. Dana se percató de la cantidad de velas que había encendidas por toda la estancia. El olor a cera derretida inundaba el ambiente.

—Que bonito con tantas velas. ¿Lo has preparado tú?

—Sí, y otras cosas más —la miró con un brillo en los ojos.

—Estoy deseosa de comprobarlo.

Mario la cogió de la mano y se dirigió a la puerta que daba al jardín, por donde ella salió cuando apareció de improviso su ex.

El jardín estaba adornado con una guirnalda de farolillos creando una luz muy íntima. Había colocado una mesa debajo de un cenador.

Puso unas velas, unas copas y una rosa roja. Al lado, una cubitera con una botella de champán enfriándose.

—Ven, siéntate.

Dana se dejó llevar. Cuando Mario apartó la silla se sentó. Él se puso a su espalda, apoyó las manos en los hombros y le dio un beso en el cuello. Se sentó en la otra silla. Le entregó la rosa. Dana acercó la nariz y aspiró profundamente su aroma.

—¿Te apetece una copa de champán?

—Sí, gracias.

Mario descorchó la botella. Después de salir la espuma, sirvió las dos copas. Alzó la suya y ella también.

—Brindemos por los dos. Brindo porque decidas venir aquí conmigo.

—Brindo por los dos. Brindo porque me tengas un poco de paciencia.

—¿Qué es lo que te detiene?

—Varias cosas, Mario. La primera es que apenas nos conocemos. Me gustas mucho. Sé que me he enamorado de ti. Me encanta cómo follas, pero apenas te conozco. No sé si realmente tu ex ha desaparecido de tu vida.

—Entiendo tus temores. Tienes que abandonar todo lo que conoces para embarcarte en una nueva aventura, que es la de vivir conmigo. Yo te amo, estoy muy seguro de lo que quiero y te quiero a ti conmigo. En lo que se refiere a Lidia, te juro que ha salido completamente de mi vida.

—¿Estás seguro de eso?

—Seguro. El otro día volvió para hablar conmigo. Lo único que quería era volver para que la mantuviera. Así que la di una cantidad de dinero para que se marchara del pueblo y me dejara en paz.

—¿Pero por qué hiciste eso?

—En el fondo sentí pena por ella. Muy desesperada, tenía que estar para venir arrastrándose a mí. Así que la ayudé. ¿Te molesta?

—No, eso me demuestra que eres buena persona. No todo el mundo lo habría hecho.

—Solamente quiero que tengas la certeza de que no existe nadie más que tú.

—Me dijiste que tenías una sorpresa para mí —dijo Dana emocionada y dando pequeñas palmadas.

—Sí que la tengo, pero más tarde te la enseñaré. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí. No he comido nada desde el almuerzo en el trabajo y fue un sándwich de pavo y un yogur.

—No te muevas, voy a por algo de comer.

Dana se quedó sola en el jardín. Al final del camino pudo ver la piscina. Estaba rodeada de una tarima de madera y tumbonas. El interior estaba iluminado. Se levantó para acercarse. En ese momento llegó Mario.

—Siéntate. Aquí traigo algo para comer.

Mario dejó un cesto con trozos de pan. Colocó una bandeja con diferentes embutidos: jamón serrano, chorizo y salchichón ibérico. También había una tabla con diferentes patés. La boca se le hizo agua.

—Qué hambre…

—Pues vamos a comer, no quiero que te desmayes por apetencia —Mario la acercó a la silla.

Los dos compartieron la comida y bebieron champán. Dana se sentía en la gloria. No podía dejar de mirar a Mario. Cuando terminaron de cenar, él se acercó para ayudarla a levantarse. Estaba un poco mareada por la bebida.

—Vamos a llevar tu maleta a la habitación —dijo él agarrándola por los hombros.

Entraron en la casa y Mario cogió la maleta que había dejado en el salón. Atrapó la mano de Dana y la apretó. Los dos se miraron con amor. Él la guio por el pasillo hasta que llegaron a una puerta de madera color blanco. La abrió y pasaron al cuarto.

Este era grande, con las paredes de piedra del mismo color que el salón. Pegada a la pared había una cama enorme con un dintel

rodeado de tul. Los dinteles de madera estaban tallados con unos dibujos de hojas.

El suelo conservaba las baldosas antiguas de color arcilla. Se notaba que las habían restaurado para su conservación. Frente a la cama habían dispuesto un banco. Se sentó para admirar la habitación. La cama tenía una mesilla a cada lado con pequeñas lámparas de cristal en mate.

Una cómoda antigua era el único mueble que se veía para poder guardar ropa. Divisó dos puertas.

—Te gusta tu habitación —preguntó.

—Mario… aún no es mi habitación. Tengo una pregunta. ¿Para qué son esas dos puertas?

—Una es el armario y la otra guarda la sorpresa.

—¡Qué emoción! La sorpresa. Eso lo dejo para el final, ahora tengo curiosidad por el armario.

Mario se acercó a la puerta y la abrió. Dana miró asombrada. Daba a un cuarto, lleno de estantes dispuestos para poner camisetas o jerséis. Otros para colocar los zapatos. También existían cajones bajos y barras para colgar las camisas, vestidos, pantalones, abrigos…

Se adentró en el armario y giró sobre sí misma admirando todo. Pasó la mano por las chaquetas y las camisas. Acercó la nariz para aspirar el aroma. Olía a Mario.

—Es impresionante, desde luego el sueño de cualquier chica. Un armario enorme.

Mario sonrió ante su comentario típico de las mujeres.

—Lo tendremos que compartir, pero creo que hay espacio para los dos.

—No te cansas de insistir, ehhh.

—Nunca. Ahora ven, luego colocamos la ropa. Quiero enseñarte la sorpresa.

Dana salió dando saltitos del armario. Siguió a Mario emocionada por su sorpresa. En eso, él abrió la otra puerta. Ante ella apareció un baño de esos que aparecen en las revistas. Una bañera jacuzzi enorme cerca de un ventanal. A un lado, una ducha con una mampara. El mueble tenía dos lavabos de mármol. Mario también había llenado el baño con velas. A Dana se le abrió la boca.

—¿Te gusta tu sorpresa? Cuando hablé en la hospedería de la habitación del jacuzzi vi que te hacía ilusión. No te dije nada para sorprenderte. ¿Lo llenamos?

—Siiii.

Capítulo 18

—Quédate aquí, voy a poner un poco de música. Quítate la ropa, amor.

Mario salió del baño y abrió un mueble que había en la pared de la habitación. Apareció un equipo de música. En la parte inferior había una hilera de Cds. Eligió uno, abrió la caja y puso el disco.

Empezó a sonar la música en el baño. Dana miró de donde provenía y descubrió unos pequeños altavoces anclados al techo.

—¿Te gusta esta música? —preguntó Mario besando sus hombros.

—Camila, me encanta. Y esta canción…

Bésame, a destiempo, sin piedad y en silencio. Bésame, frena el tiempo, haz crecer lo que siento…

Dana canturreaba la canción mirando a Mario. Este comenzó a desvestirla mientras la besaba por donde le quitaba la ropa. Pequeños estremecimientos recorrían su cuerpo cuando él posaba sus labios en la piel.

Cuando la desnudó entera, le puso un albornoz que estaba colgado detrás de la puerta. La alzó en brazos y la depositó en la repisa de mármol. Luego se alejó un poco y empezó a desnudarse poco a poco. Primero se quitó las zapatillas deportivas, luego los calcetines. Siguió con la camiseta que pasó por encima de la cabeza.

Dana se mordía los labios viendo el espectáculo. Pensó que era una tentación muy fuerte ese hombre. Mario desabrochó el botón del vaquero y bajó la cremallera.

Abrió un poco el pantalón y Dana pudo observar que no llevaba nada debajo. Se fue bajando poco a poco los pantalones hasta que al final se los quitó. Se quedó desnudo delante de ella.

Su pene estaba erguido y una gota salía de su capullo. Dana de nuevo se relamió los labios.

Él se acercó a la bañera y cerró los grifos. Al agacharse, Dana pudo ver el culo que tanto le gustaba. Entonces, bajó de la repisa y puso sus manos sobre los cachetes.

—¿Te he dicho ya, que me encanta tu culo? —preguntó Dana mientras lo masajeaba.

Mario giró la cabeza y dijo.

—Es todo tuyo, puedes hacer lo que quieras.

Dana se agachó y empezó a darle pequeños mordiscos. Mario se puso tenso. La lengua de Dana empezó a explorar el perineo con la lengua mientras sus manos acariciaban sus testículos.

Mario abrió un poco más las piernas. Hacía movimientos adelante y atrás mientras emitía pequeños gemidos. Se dio la vuelta y agarró la cabeza de Dana. Ahora tenía su pene delante de la boca. La abrió y se la metió hasta el fondo mirando a Mario a los ojos. Le encantaba ver la cara de excitación que ponía. La excitación que ella le producía.

Empezó a lamer el pene sin dejar de acariciar los testículos, dando pequeños tirones. Mario le volvió a meter el pene en la boca y la ayudó moviendo su cabeza para que entrara en lo profundo de su garganta.

Dana estaba disfrutando. Mario lo percibía y eso le excitaba más todavía. Sacó el pene de la boca, la levantó y la besó con una pasión desesperada, con hambre de ella.

Le quitó el albornoz y admiró sus pechos.

—Te voy a comer entera —masculló Mario agarrando sus pechos. —Ven, vamos dentro.

Se introdujeron en el jacuzzi. La música seguía sonando. Ahora se escuchaba la canción “Solo para ti”. Dana estaba en el paraíso. Mario apretó el botón que había al lado de los grifos y el jacuzzi se encendió. Comenzaron a salir chorros por todos los lados de la bañera. El cuerpo de Dana empezó a relajarse. El calor del agua y los chorros estaban haciendo su efecto. Mario se puso detrás de ella y la acercó acoplando el cuerpo al suyo.

Ella se recostó sobre su pecho. Él puso las manos en sus hombros y empezó a bajarlas por su pecho. La abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó Mario besando su cuello.

—Mejor que nunca.

Ella se giró y le miró a los ojos.

—Mario, te quiero. No puedo negar que me he enamorado de ti cómo una tonta.

—Dana, yo te amo. Me enamoré de ti desde que entraste por la puerta de la bodega. No he hecho otra cosa que pensar en ti. Te llevo aquí dentro —se dio un golpecito en el pecho, en la zona del corazón, con el puño.

La besó, un beso largo e intenso, abrazándola como si fuera a escaparse.

Se puso en pie y le tendió una mano. Ella la agarró y se levantó. Ambos salieron de la bañera y Mario la cogió en sus brazos. La llevó hasta el dormitorio y la tendió con mucho cuidado sobre la cama.

Frente a ella, se puso de rodillas. Comenzó a bañarla de besos a lo largo de las piernas y los muslos, sin llegar al clítoris. Abrió un poco sus rodillas y se quedó observando.

—Preciosa, ahora te voy a comer —dijo Mario en un susurro.

Puso sus manos en los muslos ejerciendo una leve presión. Metió la cabeza entre sus piernas. Pasó la lengua por su clítoris, enviando una descarga de deseo a Dana. Mario empezó a chupar y absorber su clítoris mientras introducía sus dedos por su vagina y moviéndolos dentro. Dana se retorcía por la ola de deseo que recorrió su cuerpo. Enganchó la cabeza de Mario para ejercer más presión a su boca.

—Ohhh, siiii, me encanta, no pares.

Mario sacó los dedos y los sustituyó por la lengua. La introdujo en su vagina y los dedos presionaron su clítoris.

—Siii, Síiiii. Ohhhh me voy a correr.

Mario levantó la cabeza para verla.

—Sí, mi amor, córrete, córrete para mí.

En el momento que vio cómo Dana empezaba a convulsionar debido al orgasmo, volvió a meter la cabeza para lamer. A pesar de haberse corrido, la lengua de Mario empezó a excitarla de nuevo.

—Qué bien sabes mi amor, me encanta. Ahora te voy a follar duro, muy duro.

Dana abrió más las piernas para recibirlo. Él cogió sus manos y las levantó por encima de la cabeza. Con las rodillas separó sus piernas y se introdujo en ella de una embestida. Dana soltó un grito desgarrado.

Él se movía más fuerte, más rápido con cada embestida. No dejaba de mirarla. Cuando Mario llegó al orgasmo, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, soltando un gruñido.

—¡Qué bueno, mi amor!

Se tumbó a su lado y la arrimó a su cuerpo. La abrazó con fuerza enredando sus piernas con las de Dana. Acercó su boca a la suya

dándole un beso suave, lento, acariciando los labios con los suyos.

—Te quiero.

—Te quiero.

No hicieron falta más palabras.

Capítulo 19

El sábado amanecieron los dos abrazados. Cuando los rayos del sol bañaron la estancia, comenzaron a despertarse.

—Buenos días —susurró Mario acariciando su pelo.

—Buenos días, que bien he dormido.

Mario emitió una sonrisa. Estaba feliz. Tenía a la mujer de sus sueños entre sus brazos. No podía esperar más de la vida.

Dana pensó que no podía ser más feliz. Sus miedos se disiparon. Él era el hombre de su vida.

—¿Tienes hambre? —preguntó Dana.

—Mucha, tengo mucha hambre de ti.

Se tumbó encima de ella, apoyando los brazos a los lados para no aplastarla.

—No sabes todo lo que provocas en mí. Nos conocemos desde hace solamente un mes, y yo también podría pensar que es muy pronto para pedirle a alguien que se venga a vivir conmigo. Pero contigo es especial. Si no estás a mi lado, me siento vacío. Te pienso a cada momento. ¿Y sabes una cosa? La vida es muy corta y hay que saborear cada momento.

—Tienes razón, la vida es corta y para qué desaprovechar las oportunidades que te da.

Mario se abrazó a ella. Se incorporó de la cama y se puso un albornoz.

—Aunque me encantaría volver a hacer el amor contigo, ahora no es el momento. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no tenerte todo el fin de semana amarrada a la cama, pero…

—¿Pero? ...

—Tengo que llevarte a un sitio, así que levanta. Nos ducharemos y después de desayunar, iremos.

Dana se incorporó de la cama y cogió una sábana para taparse. Mario rio por el gesto. Entraron en la ducha y se enjabonaron en un juego sensual.

Cuando se secaron, ella salió a la habitación, abrió la maleta y se

puso una camiseta y unos vaqueros.

Él se puso una camiseta de Superman y unos vaqueros viejos.

Superman, nunca una camiseta había sido tan apropiada —pensó ella.

—Hoy hago yo el desayuno —sonrió Dana.

—¿Estás segura? No me importa prepararlo.

—No, lo único que necesito saber es lo que te gusta desayunar.

—A ver, hazme unos huevos revueltos con un poco de queso y un café bien cargado.

—A sus órdenes, capitán. —Dana rio llevándose la mano a la frente y cuadrando los talones cómo hacen los militares.

Mario se abalanzó sobre ella para hacerle cosquillas. Dana se retorció en sus brazos, muerta de risa.

—¡Para! ¡Para! Tengo muchas cosquillas —gritó ella sin poder hablar a causa de la risa.

—Vale, si a cambio me das un beso.

Dana giró la cabeza y se lo dio. Cuando Mario la soltó se dirigió a la cocina.

—Tendrás que ayudarme diciéndome donde están las cosas para cocinar: el aceite, la sartén, la sal… El café ya lo veo. Tienes una cafetera igual a la mía.

—Pues vamos a tener que descubrirlo los dos. Cómo te dije, yo no uso la cocina. Es María, la señora que viene a limpiar y a veces me deja algún plato cocinado.

Dana empezó a abrir todos los armarios para ver lo que contenían. Él se sentó al otro lado de la barra observándola. Estaba feliz de que ella estuviera allí.

Se imaginaba cómo sería viviendo juntos. Este fin de semana sería solo una pequeña muestra.

—¡Encontré los platos! —exclamó levantando las manos.

—Sigue buscando, seguro que encuentras el resto.

Dana al final encontró una sartén, cubiertos, unos vasos y el aceite.

—Lo que no encuentro es la sal, por un casual, ¿sabes dónde puede

estar?

—Sí, María la pone en ese recipiente de porcelana blanco. Ese que pone SAL —río Mario señalando el tarro.

—Vale, qué gracioso. ¿Te echo azúcar?

—Ya he probado la tortilla con azúcar, no está nada mal…

Dana le tiró el trapo de la cocina a la cara. Mario lo cazó al vuelo y lo volvió a poner sobre la barra.

Conectó la cafetera para que se calentara mientras cascaba los huevos y los batía. Hizo el revuelto y preparó dos tazas de café.

—Este es el mejor desayuno que he probado en mi vida —dijo mirándola a los ojos y cogiéndola de las manos.

—Pues entonces no has probado muchos desayunos… —comentó sarcástica.

Recogieron los platos y los dejaron en el fregadero. Mario cogió las llaves de la casa y agarró la cintura de Dana.

—Vámonos, no quiero que se nos haga muy tarde.

—Llamaré a Geli desde el coche. Seguro que ya está aquí. Además, quiero ir a ver a Angelines para darle el pésame por la abuela.

Se montaron en el coche y Dana cogió su teléfono. Marcó el número de Geli. Después de tres tonos descolgaron.

—Hola amigochi. Estás aquí, en Casillas, ¿verdad?

—Sí. Ahora estoy con Mario que me lleva a un lugar y no sé cuál es.

—Seguro que es una sorpresa. Luego me cuentas que tal ha ido la noche.

—Te hago un adelanto. ¡Fantástica!

—¡Qué envidia me das! ¿Cómo quedamos?

—Esta tarde me paso por la casa, quiero saludar a tus padres y darle el pésame a tu madre.

—Ok, yo te espero. Ahora voy a salir. He quedado con Sebas.

—Uy, romance también a la vista ¿ehhh? —y mientras decía esto miraba con ojitos a Mario y le apretaba la mano que tenía en la palanca de cambios.

—Estamos en ello.

—Nos vemos luego. Un besazo.

Colgó el teléfono y recostó la cabeza en el hombro de Mario.

—¿Dónde vamos? Ya nos estamos alejando bastante del pueblo. Este lugar es hermoso. Se respira tanta paz…

—Me alegro de que te guste. No se parece para nada a la ciudad.

—No, ese es el encanto que tiene el lugar.

Se estaban acercando a un edificio grande. Estaba rodeado por construcciones básicas de bloques con techos de uralita. Se podía escuchar el sonido de unas vacas.

—¿Estamos llegando a tu ganadería? —preguntó.

—Sí, quiero enseñarte algo y hacerte una propuesta.

—¿Una propuesta? ¿De qué se trata?

—Ya lo sabrás cuando entremos.

En el edificio había un cartel en la parte superior que ponía "Ganaderías Familia Sánchez".

—¿Tu apellido es Sánchez? —preguntó Dana.

—Sí. Es el negocio familiar. Ha pasado de generación en generación. Ahora yo soy el propietario, pero más adelante lo serán nuestros hijos.

—¿Hijos?

—Sí , nuestros hijos, porque ten por seguro que no pararé hasta que te cases conmigo y tengamos muchos hijos.

—¿Alguna vez has sido piloto de Fórmula 1? Porque corres muy deprisa.

Mario soltó una carcajada ante el comentario de Dana.

—¿Apostamos?

—No.

Capítulo 20

Entraron por una puerta metálica. Había un pequeño hall con fotos de vacas en ferias de ganadería. Las vacas tenían colgadas medallas. Junto a las fotos estaba suspendida la que llevaba puesta. Pertenecían a los concursos que ganaron.

Mario la cogió de la mano y abrió una de las puertas que ponía "Dirección". Una vez dentro, cerró.

—Este es mi despacho. Verás que es bastante amplio. Y esa mesa que hay detrás de la mampara es la mesa de mi secretaria. Hace unos meses tuvo que dejar el trabajo. Se quedó embarazada y su marido no quiso que trabajase más. El cargo está libre. ¿Te interesa?

—! ¿Cómo?! ¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Sí, si lo quieres. Aunque conmigo no necesitas trabajar, entendería que quisieras hacer algo. Si eres mi secretaria, recibirás un sueldo como tal.

—Vaya, si acepto… ¿Cuáles son las condiciones?

—Contrato indefinido. Jornada completa y el salario de 1.500 € al mes, incluidas las pagas extraordinarias. Las vacaciones las programa el director.

—No está mal. ¿Y cuáles serían mis tareas?

—Atender el teléfono, llevar mi agenda, organizar los archivos, coordinar las ferias con los trabajadores y los organizadores. También debes llevar la contabilidad básica. Tengo una gestoría que se encarga de lo más pesado.

—¿Y también le tengo que servir el café al jefe?

Mario sonrió.

—Eso lo dejo a la voluntad de la trabajadora.

Ella se rio. La verdad es que le atraía bastante la oferta. Ya había decidido mantener una relación seria con él, pero había varios puntos que tenía que solucionar y uno de ellos era el trabajo.

—Déjame pensarlo. Te prometo darte una respuesta pronto. Ahora me gustaría conocer el lugar para saber cómo funciona el trabajo que a lo mejor acepto.

Él la abrazó y la besó. Salieron del edificio, se montaron en un

coche Mihari descapotado y se dirigieron dónde estaba el ganado.

Dana se divirtió con la visita. Aprendió mucho sobre el mundo de la ganadería que desconocía. Volvieron al edificio principal y se montaron en el coche de Mario.

—¿Dónde te apetece ir a comer? —preguntó él.

—Vamos a La Rana. Me gustó mucho y además me trae recuerdos.

—Genial, vamos para allá.

Después de comer se dirigieron a casa de Angelines y José. Aparcaron y subieron las escaleras. Llamaron a la puerta y abrió Geli.

—Hola, qué bien que ya estás aquí. —Geli la abrazó. —Hola, Mario.

—Hola, Geli, ¿cómo estás? —preguntó.

—Muy bien, pasa. Dana, mi madre te está esperando, está en la cocina.

Dana pasó a la cocina. Allí estaba Angelines fregando los platos.

—Hola, Angelines —ella se dio la vuelta y al verla se secó las manos.

—Hola, hija, me alegro mucho de que al final hayas decidido venir —saludó acercándose y dándole un abrazo.

—Siento mucho lo de la abuela. ¿Cómo estás?

—Pues bien, hija, ya era muy mayor y algún día tenía que dejarnos. Lo que me consuela es que se fue sin sufrir. Se quedó dormida y ya no se despertó.

—Nos ha dejado buenos recuerdos.

—Sí, pero cuéntame. Ya me ha dicho Geli que te has echado como novio a Mario. ¿No corres mucho? A penas lo conoces. Admito que me gustó el día que nos lo presentaste, pero…

—Ya sé, Angelines, pero lo amo. Fue amor a primera vista. Ya no estamos en los tiempos donde los noviazgos duraban varios años. Hay que aprovechar la vida todo lo que podamos. Nunca sabemos cuándo nos iremos al otro mundo.

—¿Y cómo lo vais a hacer? Tú vives en Madrid y él aquí.

—Pues ya me ha ofrecido un trabajo en su ganadería y quiere que

me vaya a vivir a su casa. Puedo alquilar la mía o dejarla libre por si me arrepiento—rio al decir esto.

—Entonces ya lo tienes decidido. Te vas a venir a vivir aquí con él.

—Sí, él aún no lo sabe, pero sí.

—¿Por qué no haces una cosa? Alquila una casita para ti, y así vas conociendo a Mario poco a poco y dentro de un tiempo, si todo marcha cómo hasta ahora, te vas a vivir con él. Sobre tu trabajo, no presentes la renuncia, llevas muchos años trabajando allí. Pide una excedencia por dos años, por si acaso…

—Es una buena idea, Angelines, no había caído en eso.

—Por lo menos te seguiremos viendo y seremos vecinas.

Dana rio con ganas. Cada vez le iba gustando más la idea de venirse a vivir a Casillas.

—Ven a saludar a Mario, está en el salón.

Pasaron un rato charlando. Se despidieron de Angelines y José. Salieron al exterior y Geli vino con ellos. Irían a la taberna y allí harían los planes para pasar la tarde y la noche.

Llegaron a casa muy tarde y achispados debido a las copas que habían tomado. Se fueron a la cama. Esa noche tan solo durmieron abrazados.

A la mañana siguiente Dana se levantó temprano. No pudo dormir durante la noche pensando lo que haría con su vida de hoy en adelante. Ya casi al amanecer, había tomado una decisión.

Se levantó, se duchó, se puso la ropa que le quedaba limpia y se metió en la cocina para preparar un buen desayuno. En la nevera vio unas naranjas. Prepararía unos zumos.

Cuando tenía todo listo, fue a la habitación y comenzó a darle besos a Mario para despertarlo. Él se hizo el remolón y estirando los brazos atrapó a Dana haciéndola rodar por la cama. Percibió el olor a gel de baño.

—Te has despertado muy temprano.

—Sí, he estado toda la noche pensando que voy a hacer.

—¿Y has tomado una decisión?

—Sí, levántate y te la cuento, tengo el desayuno preparado, no te demores —dijo dándole un beso.

Él se levantó rápido, nervioso por conocer la decisión que había tomado Dana. Rogó para que se quedara con él y no le abandonara. Sin pasar por la ducha fue directamente al salón. Le llegaron los olores a café, pan tostado y zumo de naranja. El estómago empezó a rugir.

—¡Qué hambre! Todo tiene muy buena pinta, gracias, amor por preparar el desayuno.

—Siéntate, vamos a hablar.

—¿Me tengo que preocupar?

—Depende de cómo te tomes lo que te voy a decir.

Mario puso un gesto de preocupación. Tomó la taza de café y le puso azúcar.

—Habla, me tienes en ascuas —dijo Mario con la voz un poco angustiada.

—Le he dado muchas vueltas, esto no es fácil para mí. Jamás pensé que me enamoraría de un hombre de una forma tan rápida y además tan intensa. Lo que más deseo es pasar el resto de mi vida contigo…

—¿Pero?

—Pero tienes que comprender que yo tengo una vida, una vida estable que me ha llevado años conseguir, por lo que me ha costado decidir.

Se calló y miró la taza de café. Comenzó a darle vueltas con la cucharilla, pero sin hablar. Mario puso la mano sobre la de ella para que parara.

—Lo que tengas que decir, dilo ya.

—Pues ahí te va. He pensado pedir una excedencia en mi trabajo por dos años, venir a vivir a Casillas, pero no contigo, alquilar una casa. Trabajar para ti. Mi casa de Madrid, se la dejaré a Geli para que vaya a vivir y así me la cuida. De esta manera nos iremos conociendo poco a poco. Si todo va bien y nuestra relación se consolida, renuncio a mi trabajo y me vengo a vivir contigo.

—No es lo que había pensado, pero me conformo. Lo único que quiero es poder verte todos los días, hacer el amor contigo y compartir todos los momentos hermosos de ahora en adelante.

Dana se levantó de la silla y se sentó en sus rodillas, rodeándolo con sus brazos y llenándolo de besos.

—Gracias, mi amor. Me hace muy feliz esta decisión. Mañana haré todas las gestiones.

Mario la cogió en brazos y se dirigió con ella a la ducha. La desvistió y la metió bajo el chorro de agua. Hicieron el amor como si no hubiera un mañana.

Fueron a la plaza y entraron en la taberna. Allí se encontraba Geli muy acaramelada con Sebas. Cuando los vieron entrar, Geli fue directa a su amiga y percibió la felicidad en su rostro.

Después de saludar a Mario, cogió la mano de Dana y la retiró a un rincón. Mario saludaba efusivamente a Sebas. Mientras hablaban los dos, miraban fijamente a Dana y sonreían. Sebas agarró a su amigo y le dio un fuerte abrazo propinándole varias palmadas en la espalda.

—Más vale que me cuentes. Traes una cara de tonta…

—No te voy a contar ahora. He tomado una decisión y en ella entras tú.

—¿Yo? Cuenta, cuenta.

—Nooo, te espero mañana por la tarde en casa. Te va a gustar lo que te voy a decir —y diciendo esto le dio un beso en la mejilla y volvió donde estaban Mario y Sebas.

—Enhorabuena, Dana, has tomado una buena decisión. No vas a encontrar a un hombre como este en ninguna parte. Pero si te advierto: si le haces daño te las vas a ver conmigo —dijo Sebas dándole golpecitos con el dedo índice en el hombro.—Te voy a estar vigilando…

—Tranquilo Sebas, mi amiga también es de ley. Si ha tomado la decisión de quedarse con él, le va a hacer muy feliz. Yo también le he dicho lo mismo a Mario: si se le ocurre hacerle daño a mi amiga, ¡lo mato!

Todos rieron. Mario y Dana se sentían muy conmocionados al ver la clase de amigos que tenían. Amigos de verdad.

—Tranquilos, con el amor que nos tenemos, nada puede salir mal —dijo mientras la miraba los ojos.

La cogió por los hombros y la atrajo hacia sí. Ella se aferró a su cintura.

—Esto hay que celebrarlo. Venga, os invito a unos vinos en la taberna.

Capítulo 21

Dana se levantó el lunes con una perspectiva diferente. Miró su cuarto pensando que en unos días ya no se levantaría allí. Pero había tomado una decisión y se sentía feliz.

Encendió el ordenador y escribió la carta para solicitar la excedencia con fecha inmediata. Se le estaba haciendo tarde para ir a trabajar.

Cuando se montó en el vagón del metro, aprisionada cómo una sardina en lata, emitió una sonrisa. Pensó que le quedaban pocos días para soportar aquel suplicio.

Salió de la estación y cuando llegó al edificio se paró. Miró hacia arriba para ver con detalle la construcción. Si era franca, nunca se había fijado en él. Era como un robot, mirando siempre al frente cómo los burros. Casa-metro-oficina.

El elemento que predominaba en la fachada era el ladrillo rojo. El vidrio de las ventanas de un color oscuro para evitar que entrara el sol a las oficinas. Tenía seis plantas, eso lo sabía por los botones del ascensor. Ella trabajaba en la planta tercera.

Entró cómo todas las mañanas y se paró a hablar con Joaquín.

—Buenos días, ¿Cómo estás hoy? —preguntó con un tono de tristeza en la voz.

—Estoy bien, pero te noto un poco triste. ¿Qué te ocurre?

—Oh, nada malo, es un poco de morriña. Hoy voy a presentar una carta para solicitar una excedencia. Joaquín, me he enamorado de un hombre que vive en un pueblo de la montaña y me voy a ir a vivir allí.

—¿Pero qué me estás contado Dana? ¿En serio?

—Sí. Ya sé que me vas a decir que estoy loca, que hace poco tiempo… Pero qué quieres que te diga. Me he enamorado cómo una loca y quiero intentar una relación con él.

—Pues te deseo lo mejor. Has hecho bien en pedir una excedencia en lugar de renunciar. Nunca se sabe lo que puede pasar. ¿Y cuándo te vas?

—Voy a dar unos días. El viernes será el último. Voy a recursos humanos, ya llego tarde y no quiero que me echen al final.

Los dos sonrieron y ella subió al quinto, donde se encontraba el

departamento de recursos humanos. A penas había estado en esa planta. El primer día, para firmar el contrato, otro en el que se habían equivocado con su nómina y hoy, para presentar la carta.

Saludó a sus compañeros, entregó la carta y un duplicado para que se la sellaran.

Bajó a la tercera planta, donde estaba su mesa. No le apetecía trabajar. Era curioso, pero cuando sabes que te vas a marchar, no le encuentras sentido a nada de lo que estás haciendo.

Llegó la hora de marcharse a casa. Tenía que encontrar cajas para guardar todo lo que quería llevarse a su nuevo hogar. Se acercó al supermercado de su barrio y se las pidió al encargado. Ella cargó con las que pudo y quedó en regresar para recoger más.

Una vez en casa no sabía por donde empezar. Se encontraba en mitad del salón, con las manos en la cadera, mirando todo lo que tenía a su alrededor. En eso, sonó su teléfono móvil. Era Mario, su amor.

—Hola, cariño, qué alegría me da escuchar tu voz.

—Mi amor, quería saber cómo te ha ido hoy, si has presentado la carta en tu trabajo.

—Sí, ya está hecho. El viernes será el último día que voy. Después de tantos años me parece mentira que ya no vaya a coger el metro y pasar 8 horas diarias, encerrada en esa oficina.

—Ya verás que estarás muy bien aquí. ¿Qué haces ahora?

—He pedido unas cajas en el supermercado y me has pillado en la decisión de por donde empiezo.

—Te llamaba, aparte de escuchar tu voz, para decirte que ya tienes casa.

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—Sí —río Mario. —No quise decirte nada para darte una sorpresa. Cuando me dijiste de alquilar una casa, yo sabía en cuál te quedarías. La casa que era de mis padres está vacía. Se encuentra cerca de la hospedería. No es muy grande, pero está en buenas condiciones y tiene un pequeño jardín en la parte trasera.

—No me lo puedo creer, estás en todo.

—Para ti, te bajo la luna si la quieres.

—Te amo Mario y no te imaginas cuánto.

—Espero que me ames toda la vida. Estoy terminando de arreglar la casa para cuando llegues. Hay de todo, tan solo trae tus cosas personales.

—Me llevaré mis libros, el ordenador, la ropa y algunos recuerdos.

—¿Necesitas que vaya para ayudarte?

—No. No te molestes. Lo haré en estos días y Geli me ayudará. Contrataré una furgoneta para cargar todo. En mi coche no caben.

—De acuerdo, se hará como tú quieras.

—Mi vida, te voy a dejar. Geli está a punto de llegar. Un beso, te quiero.

—Te quiero mi vida. Mañana te llamo.

A los pocos minutos de colgar, sonó el telefonillo.

—¿Quién es?

—Yoooo, el lobo ferooooozzz.

—Sube, anda que no eres boba.

Abrió la puerta y Geli entró

—Veo que empiezas con la mudanza. Me da mucha tristeza, amiga. Siempre hemos estado juntas y ahora…

Geli se abrazó a ella y comenzó a llorar.

—Geli, no me voy a la Cochinchina. Estoy a dos horas de aquí. Además, nos veremos cada vez que vayas a Casillas, cosa que va a ser habitual… te veo muy bien con Sebas.

—La verdad es que sí. Los dos nos compenetramos bastante bien. Y haciendo el amor, es un toro.

—Eso no me lo habías contado, ladina. Ya decía yo que tenías un brillo especial en la piel, que estabas más guapa…

—Vale, no me ha dado tiempo a contarte nada. Ha sido este fin de semana. Amiga, me he enamorado de él, pero no es cómo Mario. De momento seguimos cómo hasta ahora. Nos veremos los fines de semana que vaya y si puede, vendrá algún día entre semana.

—Reconozco que lo nuestro ha sido muy rápido y Mario es especial. Pero no sé qué me da a mí que al final seremos vecinas y estaremos juntas allí.

—Quien sabe…

—Tengo algo que proponerte. Quiero que te quedes en mi casa a vivir, así me la cuidas. No quiero alquilarla, ni venderla. No sé cómo saldrán las cosas y por si sale mal, aún tengo mi casa para regresar.

—¿De veras? ¿No me estás tomando el pelo?

—No —río Dana al ver la reacción de su amiga. —Te la ofrezco de todo corazón. Eres mi "hermana" y no hay nadie en quien confíe más. Además, será el momento de que te puedas independizar. No te preocupes por los gastos. Si te quedas sin trabajo, yo los pago.

—Eres la mejor amiga del mundo, Dana. Bueno, es que no eres solamente mi amiga, eres mi hermana.

—Puedes empezar a traer tus cosas cuando quieras. Por mí, te puedes venir hoy mismo.

—Yuju, esto hay que celebrarlo. —Geli se levantó y empezó a saltar encima del sofá. —Saca un vinito, pediré unas pizzas.

—¡Estás loca! Pero por eso te quiero.

—Por cierto, ¿ya sabes dónde vas a vivir?

—Sí, no te lo vas a creer. Antes de que llegaras, Mario me ha llamado para decirme que ya tengo casa. Es la de sus padres, no hay nadie viviendo allí. La está arreglando para mi llegada.

—Flipas, te ha tocado la lotería con ese hombre. Cuídalo Dana, hombres así son difíciles de encontrar.

—Lo haré amiga, lo haré. Pero hay una cosa que te quiero pedir. Me gustaría que dejaras mi habitación cómo está. Cuando vengamos a Madrid por un fin de semana, quiero venir a casa.

—No hay problema, esta es tu casa. Estoy tan feliz que me dejes vivir en ella…

—Entonces, trato echo. Vente para acá lo antes posible.

Capítulo 22

La semana pasó muy deprisa. Geli empezó a hacer el traslado y se quedaba todas las noches a dormir en su nueva habitación. Dana iba metiendo sus cosas en cajas. No pensaba que pudiera tener tanto.

Contrató una furgoneta para el viernes por la tarde. Estaba muy nerviosa por el cambio radical y el giro que tomaba su vida. Pero a la vez estaba feliz.

Mario la llamaba todos los días, también nervioso. Se aproximaba el día en el que su vida también iba a cambiar.

Y por fin llegó el viernes.

—Te deseamos todo lo mejor en esta aventura que vas a emprender. Brindemos por Dana.

Los compañeros de trabajo organizaron una fiesta sorpresa de despedida. A Dana se le llenaron los ojos de lágrimas. Tantos años saludándose en el ascensor y por los pasillos, pero sin llegar a tener un contacto personal, salvo las cenas y comidas que organizaba la empresa.

—Gracias, de verdad que muchas gracias, esto es una sorpresa, de verdad que no tengo palabras…

—Nos alegramos mucho por ti, compañera. Nunca te hemos visto tan feliz como en estas últimas semanas. Disfruta de tu nueva vida y si no va bien, nosotros te recibiremos de nuevo con los brazos abiertos —comentó Pablo abrazándola.

—De verdad, de nuevo muchas gracias a todos, sois un amor.

Después de la fiesta, Dana se acercó a su escritorio. Ya había metido en una caja todas sus pertenencias. Pasó la mano por la mesa y por el teclado del ordenador. Fueron muchos años y muchas horas, sentada en esa mesa.

Con la caja debajo del brazo, salía por la puerta. Se despidió por última vez de Joaquín y se dirigió a la boca del metro.

Antes de subir a casa, se sentó en un banco que estaba en la calle. Disfrutó de la gente que estaba paseando. Se fijó en las tiendas que había alrededor. Conocía a todas las personas, muchos años comprando. Durante la semana se había estado despidiendo de todos.

Se levantó del banco y subió a casa. Geli estaba allí.

—Han llamado los chicos de la furgoneta. Llegan en media hora. Tenemos que darnos prisa para preparar todas las cajas en la entrada.

—Sí, me he demorado un poco. Los compañeros de trabajo me han preparado una fiesta sorpresa de despedida.

—Qué majos… Yo no te hago fiesta de despedida porque me voy con mis padres más tarde y nos veremos allí. Además, no nos despedimos, siempre estaremos juntas.

Las dos se abrazaron y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Pero vamos a dejarnos de tanto drama —dijo Geli separándose de Dana.

Sonó el teléfono.

—Dana, amor, ¿ya han llegado los de la mudanza?

—Cariño, aún no, pero estarán aquí de un momento a otro.

—Fantástico. Estoy contando las horas que faltan para que por fin estés aquí definitivamente.

—Falta poco, cuando menos te lo esperes, me tendrás allí.

—No te entretengo para que prepares todo. Hasta luego, mi vida.

—Hasta luego, amor.

Justo cuando colgó sonó el telefonillo. Eran los de la mudanza. Abrió la puerta y los chicos comenzaron a bajar las cajas. Cada vez se iba quedando el salón más vacío.

Dana anotó en un papel la dirección donde tenían que entregar las cajas y el teléfono de Mario por si tenían que contactar.

Revisó su bolso para ver que llevaba todo. Documentos, teléfono, llaves… estaba todo. Cuando se llevaron la última caja, Dana se acercó a Geli y le cogió las manos.

—Hermana, nos vemos mañana en la taberna.

—Nos vemos mañana, conduce con cuidado.

Y salió de la casa cerrando la puerta despacio. Se despidió mentalmente de su casa.

Llegó al coche, abrió la puerta, se sentó y metió las llaves para arrancar. El coche hizo un intento, pero nada.

No me hagas esto ahora. Ahora no —suplicó Dana dando pequeños golpes en el volante.

Volvió a girar la llave. De nuevo varios intentos, pero no quería arrancar. Uno de los vecinos que pasaba por allí se acercó y dio unos golpecitos en la ventanilla.

—¿Tienes problemas con el coche, Dana?

—No quiere arrancar y me tengo que marchar —dijo con la cara angustiada —No sé qué le pasa, la semana pasada funcionaba bien.

—Igual se ha descargado la batería. Espera, voy a por mi coche y le ponemos las pinzas.

Su vecino se dirigió a su coche y dispuso la parte delantera con el coche de Dana. Abrió el capó de ambos coches y colocó las pinzas, de la batería del suyo a la batería de Dana.

—Cuando yo te diga le das al contacto e insiste hasta que por fin arranque.

—Vale.

El hombre entró en su coche, le dio al contacto y arrancó. Dio un par de acelerones.

—Ahora, Dana.

Dana giró la llave y al primer intento el coche no quiso arrancar. Pero en el segundo, el motor rugió. Dio unos cuantos acelerones para que la batería se cargara un poco y no se parara.

—Muchísimas gracias. No sé cómo agradecerte el favor que me has hecho.

—No es nada mujer, hoy por ti, mañana por mí.

Quitaron las pinzas y recogieron los cables. Dana se metió en el coche y por fin se puso en marcha.

En esta ocasión conducía un poco más rápido. Quería llegar lo antes posible.

Capítulo 23

Dana activó el “manos libres” de su teléfono y marcó el número de Mario. Él contestó inmediatamente.

—Dime que ya estás aquí, mi vida —fue lo primero que dijo Mario al descolgar.

—Casi, estoy llegando a Navahondilla. Supongo que en menos de media hora estaré allí. ¿Han llegado los de la mudanza? Les di tu número de teléfono para que te llamaran por si surgía algún problema.

—Sí, llegaron. Me llamaron porque no había nadie en la casa. Ya están todas las cajas dentro esperándote. Bueno, no solo te esperan ellas, yo también. Esta noche duermes en mi casa y mañana acomodamos la tuya.

—Me parece perfecto. Lo primero que haré cuando llegue es ir a cenar, cariño, tengo mucha hambre.

—Ya di instrucciones en el restaurante para que nos preparen la cena.

—Estás en todo. No sé lo que he hecho en esta vida para merecer un hombre como tú.

—Lo que has hecho es quererme. Pero eso lo pienso yo también, que algo bueno he tenido que hacer para que la vida me regale a una mujer como tú.

En ese momento el coche comenzó a dar tirones, cómo queriendo parar.

—Mario, el coche me está haciendo cosas raras. Se está parando. He tenido problemas antes de salir con la batería. Ahora parece que sigue la marcha, pero no me fio de él

—Dana, mándame tu localización por el GPS, para en la cuneta e iré a buscarte.

—Espera, que te la envío.

Dana apartó un momento los ojos de la carretera para enviar la ubicación. En ese momento dio un pequeño volantazo.

—Dana, ¿Qué ha sido eso?

—Nada, cariño, no te preocupes. Espera, que le doy a enviar.

Justo cuando estaba pulsando “enviar”, Dana vio que un animal se atravesó en la carretera. Dio de nuevo otro volantazo y el coche se fue a la cuneta chocando contra el guardarraíl.

—Dana. Dana, ¿estás ahí? —preguntó Mario angustiado.

Pero Dana no podía contestar. Debido al impacto, su cabeza chocó contra el volante y había perdido el conocimiento.

—Dana, Dana, ¡Dios mío!

Mario colgó el teléfono y salió a toda prisa. Tenía la ubicación. Conducía a toda velocidad. Cuando se estaba acercando, vio una ambulancia junto al coche de Dana.

Paró en seco donde su coche no molestara y salió corriendo. Al llegar a la ambulancia, la vio dentro, sentada y consciente.

Los médicos la estaban atendiendo. Pasaban una linterna por sus ojos para comprobar que todo estaba bien.

Se acercó angustiado, con el corazón en un puño.

—Dana, mi amor, ¿estás bien?

Los médicos se dirigieron a él.

—Su mujer ha sufrido un impacto fuerte en la cabeza. Se la ha golpeado con el volante. No vemos ningún síntoma alarmante. De todas formas, le recomiendo que asistan al médico para que le realicen todas las pruebas pertinentes. Este tipo de traumatismos son muy delicados. Vigile que no pierde la consciencia de repente y además que no vomite, si eso llegara a ocurrir, vayan de urgencia al hospital.

Una vez los paramédicos se alejaron de ellos, Mario la abrazó fuertemente.

—Mi amor, no sabes el susto que me he llevado. Solo pensar que te había ocurrido algo…

Mario estaba llorando. Dana le acarició la cara y le secó las lágrimas.

—Tranquilo, solamente ha sido un pequeño golpe. Me encuentro bien. Gracias por venir.—lo abrazó fuertemente.

—Voy a sacar todo lo que llevas en el coche y llevarlo al mío. Mañana llamaré una grúa para que vengan a buscarlo. No te preocupes por nada. Yo me encargo de todo.

Los paramédicos terminaron de revisarla y rellenaron todo el

papeleo necesario. Acompañaron a Dana para que se sentara en el vehículo de Mario.

Una vez que estuvo todo cargado, Mario subió al coche y la llenó de besos.

—Vamos al hospital. Quiero que te hagan ahora todas las pruebas y así estaré tranquilo. Si te pasara algo…

—Cómo quieras, yo me encuentro bien, pero si así te vas a sentir mejor, vamos al hospital.

Cuando llegaron con el parte que les habían entregado los paramédicos, inmediatamente pusieron a Dana en una camilla y la metieron por urgencias. Mario tenía que esperar fuera.

Pasó una hora aproximadamente cuando la sacaban en una silla de ruedas.

—Familiares de Dana Martínez.

Martínez, ni siquiera sabía el apellido de la mujer a la que amaba.

—Sí, soy yo. ¿Cómo está?

—No se preocupe. Le hemos realizado un escáner para comprobar que no exista ningún derramamiento interno y que no se haya producido coagulaciones. Está todo bien. Lo único que tendrá es un chichón. Le recetaremos paracetamol para los dolores de cabeza. En una semana estará como nueva.

Dana se levantó de la silla y perdió el equilibrio. Mario la agarró enseguida para evitar que se cayera.

—Estoy un poco mareada —dijo llevándose la mano al chichón.

—Es normal que sienta unos pequeños mareos. Procure descansar y no moverse mucho. Tengo que dejarles, hay otros pacientes a los que debo atender.

Dana se sentó de nuevo en la silla de ruedas. Mario la llevó hasta el coche y la ayudó a subir.

—Tú descansa, mi vida. No te muevas mucho. Vamos a casa.

Condujo durante 15 minutos. El accidente fue cerca de Casillas, por lo que no tardó en llegar. Fue directo a la casa. Paró el coche y ayudó a Dana.

—Por fin, por fin estamos en casa. Dame un pellizco para que sepa que esto no es un sueño.

Y Mario le dio un pequeño pellizco en el brazo. Ella rio de alegría.

—! Ayyy! Verificado, esto no es un sueño.

—¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

—Eso es buena señal. Ahora llamaré a la hospedería para que alguien nos traiga la cena que tenían preparada para nosotros.

—Esa idea me parece genial. Vamos dentro, necesito sentarme.

Cuando entraron, Mario la llevó al sofá para que estuviera cómoda. Luego bajó todo lo que había en el coche y lo colocó en la habitación. Llamarón al timbre. Mario abrió y era el personal de la hospedería.

—Ya está aquí la cena. Deja que prepare la mesa y cenamos.

Mario colocó todo en la cocina y preparó los platos.

—De primero una deliciosa ensalada de frutos secos. De segundo, carne a la brasa y de postre unos huesitos.

—Qué buena pinta tiene todo.

—A comer, no quiero que dejes nada.

—Tengo muchas ganas de ver la casa donde voy a vivir durante un tiempo —comentó Dana acariciando la mejilla de Mario.

—De acuerdo. Iremos mañana si te encuentras bien.

Dana le dio un beso en los labios. Él recogió cuando terminaron de cenar y acompaño a Dana a la habitación. Se quedó allí mientras se desvestía.

—No sé dónde tengo el pijama. Me tendrás que prestar uno.

—Siento decirte que yo no uso pijama. Suelo dormir desnudo o cómo mucho, con una camiseta.

—Vaya, es bueno saberlo —sonrió.

—Te dejaré una camiseta. No creo que tengas frío conmigo al lado.

Entró en el armario y sacó una. Se la tendió a Dana. Comenzó a desvestirse y Mario no podía alejar la vista de ella.

—Porque estás aún convaleciente, si no te tiraría encima de la cama y te haría mía una y otra vez.

Dana comenzó a reír. Pensaba que era una lástima haber tenido el accidente y comenzar esta nueva etapa de vida así. Desde luego lo que más le hubiese gustado era comenzarla en brazos de Mario.

Se metió en la cama y él no tardo en estar a su lado. Desnudo. Dana pudo sentir la calidez de su cuerpo. Se acercó y puso la cabeza en su pecho. Él la rodeó con sus brazos y así se quedaron dormidos.

Capítulo 24

A la mañana siguiente, Mario fue el primero en despertar. Se había pasado toda la noche vigilando el sueño de Dana, que nada le ocurriera. Se quedó dormido un momento, pero al cabo de un rato se volvió a despertar.

Dana dormía profundamente. Su respiración era normal. Mario dio gracias al cielo porque no había pasado nada y la tenía a su lado.

Fue a la cocina y limpió los restos de la cena. Preparó café y unas tostadas.

Dana se despertó con el ruido de la cafetera y el aroma a café. Se puso el albornoz y salió de la habitación.

—Hola, mi vida ¿Cómo estás? —preguntó Mario acercándose a ella.

—Bien, fantástica. Únicamente me duele un poco la cabeza, pero con un paracetamol se me pasará. Que bien huele. ¿Me sirves un café, por favor?

—Marchando un café para la reina de la casa.

Desayunaron y Mario quiso ayudar a Dana para que pudiera darse un baño.

—¿Quieres que te llene la bañera?

—No mi amor. Quiero una ducha rápida. Me gustaría ir a ver la casa.

—No hay problema, iremos hoy dando un paseo si te encuentras bien.

—Me encuentro fenomenal. Me gusta que te preocupes tanto por mí.

—Eres mi vida. Si tú me faltas, entonces dime ¿Cómo puedo seguir?

Dana le dio un beso suave y lleno de amor. Aunque decía que se encontraba bien para no preocuparlo, la cabeza le dolía mucho. Terminaron de arreglarse y salieron a la calle.

Dana tuvo que ponerse unas gafas de sol. La luz le molestaba. Mario insistió en ir con el coche hasta la casa. No quería que empeorara. A pesar de que el médico le indicó reposo, ella se empeñó

en ir.

Mario se paró ante una casa. La fachada era de piedra y la puerta de madera, pero muy bien conservada y se notaba que la acababan de restaurar. No era muy alta, una sola planta. A los lados de la puerta había unos farolillos antiguos. Una aldaba de bronce con la forma de flor de lis terminaba de adornarla. Brillaba, también la habían restaurado.

Dana estaba emocionada y apretaba la mano de Mario. Mientras introducía la llave en la cerradura, no podía evitar sonreír. Esperó unos segundos antes de abrirla, para darle más emoción al momento. Empujó la puerta y le dio al interruptor de la luz.

La estancia se iluminó dejando a la vista una sala pequeña pero reconfortante. Aunque sus cajas estaban apiladas repartidas por la casa, pudo apreciar cómo era. Al fondo había una chimenea en medio de la pared y a los lados dos puertas que daban a los dormitorios.

En el lado derecho de la pared una entrada a la cocina y en el lado izquierdo la que entraba al baño.

Un sofá en el centro, justo frente a la chimenea. Sobre ella habían puesto una televisión plana y estantes a los lados para poder poner libros. Delante del sofá una mesa baja de madera de pino claro.

Una pequeña mesa camilla se hallaba en un lado con dos sillas, justo debajo de una ventana que daba al jardín. En el otro, lado un aparador antiguo, restaurado con mucho mimo haciendo juego con la mesa de pino.

El techo estaba formado por vigas de madera, en muy buenas condiciones. Colgaba una lámpara araña moderna, pero con aire antiguo. Era de color cobre, con 8 luces que se distribuían en 8 brazos con forma espiral.

Las paredes habían sido forradas por planchas de pladur pintadas en color blanco.

—Ven, pasa. Espero que te guste. No he tenido mucho tiempo para arreglarla. Si no te gusta, la iremos reformando poco a poco, aunque ya sabes lo que quiero…

—Me encanta. Sabes que la quiero para pasar un tiempo mientras vemos cómo va nuestra relación.

—Vamos a ver el resto.

Abrió la puerta del baño. Era sencillo. Las paredes tenían unas

baldosas de color blanco. Salteadas, algunas de ellas tenían adornos suaves de diferentes flores.

Una bañera antigua de 4 patas se encontraba pegada a la pared. Una gran ventana en el techo iluminaba el baño.

El lavabo estaba formado por una balda de madera antigua y como lavabo, una piedra de río.

Encima del lavabo un espejo que estaba incrustado en la pared. Alrededor de él habían pegado piedras pequeñas de río planas. Dos apliques darían luz por las noches. También habían puesto una vitrina alta de madera con una puerta dividida con cristales. Para no ver su interior, una cortina de encaje color blanco los tapaba.

A continuación, pasaron a la cocina. No era muy grande, pero tenía lo necesario. La habían reformado entera. Estaba provista de nevera, microondas, cafetera de cápsulas y el termo para proporcionar agua caliente a la cocina y al baño.

Se colocó una cocina con fogones y horno moderno, pero de estilo antiguo. De color negro y con los botones color cobre. Una puerta, también de madera, con una ventana daba al jardín.

—Vamos ahora a tu habitación —Mario cogió su mano y tiró de ella.

Cuando abrió la puerta se quedó parada. Al frente la pared era de ladrillos pintados de blanco. Una cama grande con un cabecero de hierro forjado haciendo unas filigranas de flores. Una mosquitera colgaba del techo. Le habían puesto un cobertor con diferentes dibujos formados por letras con mensajes de amor y corazones en diferentes formas. Imitaba a las colchas de patchwork en tonos blancos y grises. Unos cojines de diferentes tonos blancos y grises estaban puestos sobre la almohada.

Había colocado una cómoda en color blanco con tiradores en negro. El armario estaba empotrado y sus puertas también estaban pintadas en color blanco.

Como lámpara pusieron una moderna a base de diferentes cuerdas negras donde acababan bombillas de filamento vintage.

La ventana era de dos hojas divididas cada una por barrotillos. Las cortinas de encaje blanco hechas a mano.

—¿Cómo la ves?

—Increíble. Es perfecta, Mario. Tienes buen gusto —dijo

besándolo.

—Pues tiene que ser verdad, te elegí a ti.

Dana ya no cabía en sí misma. Todo era perfecto. Sus temores se iban disipando poco a poco. Aquella casa se adaptaba a ella y no tendría problemas para vivir allí.

—La otra habitación no está terminada. Con el tiempo veremos si la arreglamos o bien la dejamos para guardar trastos.

—Está bien. Iré metiendo allí las cosas hasta que las coloque. Mario, de verdad, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho.

—Yo conozco una manera… —dijo cogiéndola de las manos — Lástima que estés malita. Pero sé esperar.

—Lo que más deseo es que no tengas que esperar mucho.

—Ven, falta solo por ver una cosa.

Volvieron a la cocina para abrir la puerta y acceder al jardín. No era muy grande, pero sí perfecto. Un camino de piedras de río llevaba a una pérgola de madera cubierta por una lona blanca.

Bajo ella una mesa de madera de iroko con dos sillas. Habían puesto un cubo pequeño de hojalata lleno de flores.

Unas jardineras con diferentes flores: Alhelí, azalea, begonias, camelias y dimorfotecas en color morado.

—Mario… esto es…

—Esto es tu pequeño rincón para descansar y pensar en mí — susurró abrazándola.

Volvieron al coche y se fueron de nuevo a casa. Dana tenía que descansar. Se lo había recomendado el médico.

Encargó de nuevo una comida en la hospedería para que se la llevaran a casa. Después de comer, se tumbaron los dos en el sofá para ver una película. Luego dieron un paseo por el jardín.

—Me encanta la piscina. Tengo muchas ganas de poder darme un chapuzón —señaló Dana.

—Cuando empiece a hacer un poco más de calor, la disfrutaremos los dos. Se me está ocurriendo un par de cosas que podemos hacer como…

—Para. Ya me lo contarás cuando esté bien y podamos disfrutar de

todo eso que tienes en la cabeza —Dana tocó su frente con el dedo.

Decidieron ver otra película mientras cenaban. Cómo había sobras de la cena anterior y de la comida, no hizo falta que pidieran nada más.

A mitad de la película, Dana se tumbó poniendo la cabeza en las piernas de Mario. Este le acariciaba el pelo cuando se dio cuenta de que se había quedado dormida.

Con mucha ternura, la cogió entre sus brazos, la llevó a la cama y la desnudó.

Amanecieron los dos abrazados. Mario disfrutaba mirándola. La llenó de besos. Dana estaba pegada a él. Quería disfrutar del calor y la suavidad del cuerpo de Mario.

—Buenos días mi amor, ¿has dormido bien?

— ¿Tú qué crees?

—Pues si has dormido como yo, de maravilla. ¿Sabes una cosa?

—Qué.

—Nunca imaginé que pudiera sentir por una mujer amor, pasión y esta lujuria que siento cada vez que te miro y te tengo cerca.

—De locos ¿verdad? Ya estoy totalmente convencida de que eres mi media naranja. ¿Sabes una cosa? —preguntó mientras metía la mano por debajo de la sábana y acariciaba el pene de Mario.

—Lo único que sé es que estoy disfrutando y que me estás poniendo a 100. Si me dices que estás bien, ahora mismo te agarro y te follo.

—Estoy bien —aseguró Dana poniéndose encima de él.

Cogió el pene y se lo introdujo en la vagina. Mario se agarró a sus pechos. Dana cabalgaba encima de él agarrándose a sus hombros. Mario la ayudaba cogiéndola por la cintura, empujándola hacia abajo y levantando las caderas. Después de un momento de frenesí en el que solo se escuchaba la pasión, Dana cayó sobre su pecho. Podía escuchar la respiración acelerada de Mario. Sin sacar su pene de la vagina, acarició sus pezones con la lengua.

—Cariño, ha sido espectacular.

EPÍLOGO

Los meses fueron pasando. Dana se amoldó perfectamente a su nuevo trabajo. Incluso consiguió nuevos contratos para la venta de las reses. Geli venía todos los fines de semana. Su relación con Sebas se afianzó y anunciaron su compromiso.

Dana estaba llena de felicidad. Geli también vendría a vivir a Casillas. Decidió dejar la casa cerrada para que la pudieran disfrutar los 4, Geli, Sebas y ellos dos cuando fueran a Madrid.

La relación entre ellos cada vez era más apasionada. Lo que iban descubriendo el uno del otro hacía que se unieran más. La vida le sonreía.

—Dana, necesito que vengas a casa esta noche. Ponte muy guapa, aunque eso es imposible, eres la mujer más bella en la faz de la tierra.

—Y tú el hombre más guapo, más sexi, más…

—Vale, para, que me estoy poniendo cardiaco.

Dana soltó una carcajada.

—¿Y a qué se debe tanta etiqueta?

—Ya lo sabrás, curiosilla. No te lo voy a decir y arruinar el momento.

—Nos vemos entonces en unas horas. Adiós mi vida.

Dana se presentó en la casa con un vestido ajustado de color granate.

Mario estaba guapísimo con unos pantalones chinos en color marengo y una camisa blanca con los primeros botones desabrochados. A Dana se le hizo la boca agua, pero no era momento para pensar en sexo.

—Bellísima cómo siempre —Él cogió la mano y se la llevó a la boca.

—Y tú no pierdes tu galantería, amor.

Fueron a la mesa que había dispuesto en el jardín. Velas, flores, bandejas con canapés y dos copas. El champán estaba enfriándose en la cubitera.

—Me contarás por fin a que se debe esto. Estoy intrigada.

—Espera, no comas ansias…—respondió Mario con una sonrisa.

Los dos se sentaron y Mario sirvió el champán. Estaba nervioso y le sudaban las manos.

—Dana, estos meses han sido maravillosos a tu lado. Hemos compartido muchas cosas. Hemos sabido estar en las buenas y en las malas. Hemos solventado todos los problemas con amor y con ternura. Eres la mujer de mi vida y no quiero que me dejes nunca.

—Mario, tú también eres el amor de mi vida y no te voy a dejar.

—Silencio, déjame acabar. No quiero que te vengas a vivir conmigo. Quiero que te cases conmigo.

Y después de decir eso, sacó un anillo de una caja que tenía escondida entre la servilleta y el plato.

—Mario… yo… ¡Por supuesto que me quiero casar contigo!

Mario se levantó, agarró a Dana por la cintura, la atrapó entre sus brazos y la besó con pasión y frenesí.

Era el día 13 de agosto y la Parroquia de San Antonio de Padua estaba repleta de gente. Todo el mundo en el pueblo quería compartir el gran día de Dana y Mario. Vinieron todos los familiares y amigos de ella.

Dana llevaba un vestido de Pronovias. Era de corte en A. Color marfil de estilo contemporáneo. La falda de talle bajo estilo princesa en mikado brillante. La falda larga con una pequeña cola. En el pelo llevaba adornos de pequeñas flores con brillantes.

—Hija, estás preciosa, yo… —la madre de Dana no pudo continuar. No podía dejar de llorar.

—Mamá, no me hagas llorar, voy a estropear el maquillaje.

—Vale, vale, lo voy a intentar. No sabes lo orgullosa que estoy de ti. Tuviste las agallas de luchar por el amor y has encontrado a un hombre fantástico.

—Lo sé mamá. Él te quiere mucho. Sabes que puedes venir cuando quieras. Incluso la casa donde he estado viviendo la puedes habitar tú. Piénsalo. Aquí vivirías muy bien. Además, necesito alguien que me cuide a los niños…

—¿Estás embarazada?

—Sí, de 3 semanas, pero no se lo digas a nadie. Mario aún no lo

sabe. Se lo diré esta noche.

—Pues no me lo pienso mucho. Acepto venir a vivir aquí contigo, hija.

Se abrazaron. Dana eligió como padrino a José. Al fin y al cabo, había sido cómo un padre para ella. Entró en la iglesia de su brazo que la llevó junto a Mario. A Dana le pareció que estaba más guapo que nunca.

Llevaba puesto un traje de 3 piezas en color gris pata de gallo de tweed. Una camisa en color blanco y la corbata en azul marino.

La ceremonia fue corta pero muy significativa. Después de dar el "sí, quiero", salieron por el pasillo y todos los amigos estaban esperándolos en la puerta para lanzarles arroz, símbolo de la fertilidad y la abundancia.

Mario había organizado un banquete en el jardín de la casa. Todos disfrutaron del evento. Bebieron, comieron, bailaron… Una vez que terminó todo, se marcharon dejando a Mario y a Dana solos. Mario la agarró y se puso a bailar. En ese momento sacó de su chaqueta un sobre.

—Mira, nuestros billetes de avión para ir de luna de miel.

—¿En serio? ¿Dónde? Creí que ahora no podríamos por la feria del ganado.

—Bueno, son solo unos días. La verdadera luna de miel la dejaremos para más adelante. Ahora, nos vamos a Venecia.

—No sé si podré… tendré que consultarlo con el médico.

—¿Con el médico? ¿Estás enferma? —preguntó Mario con cara de preocupación.

—Si a estar embarazada lo consideras estar enferma…

—¿Embarazada? ¿En serio?

—Sí, futuro papá.

Mario la alzó en el aire agarrándola de la cintura y comenzó a dar vueltas. Gritaba de la felicidad.

—¡Un hijo! ¡Un hijo! Soy el hombre más feliz del mundo. Tengo a la mujer de mis sueños que además me va a dar un hijo.

—O una hija —replicó Dana riéndose.

—O una hija, me da igual lo que venga. Te quiero mi amor, te amo.

—Y yo a ti. Quién me iba a decir que encontraría el amor en las montañas.

FIN

APÉNDICE